
CLARA ANN
SIMONS
SOY YO, PERO
DIFERENTE
SERIE HERMANAS MERRIWEATHER LIBRO 3

Soy yo, pero diferente

Serie Hermanas Merriweather Libro 3

Clara Ann Simons

Soy yo, pero diferente
Clara Ann Simons

Copyright © 2025 por Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 16/06/2025

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
La portada aparece a afectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.
Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 1

Sloane

—No te lo pediría si no fuese absolutamente necesario —insiste Anika, encogiéndose de hombros.

—¿De verdad quieres hacerme creer que no hay ningún monitor de esquí disponible para dar esa clase? —protesto, meneando la cabeza antes de beber un nuevo sorbo de café.

—Nadie, todos ocupados o enfermos —se apresura a responder mi hermana River, quizá con demasiada rapidez—. Además, ¿tienes algo importante que hacer para no poder dar la clase?

—Dirijo la escuela de esquí y solo doy las clases avanzadas. No me dedico a enseñar a niños pequeños —le recuerdo.

Por un instante, estoy convencida de que me dejarán en paz. Se quedan en silencio, pero hay una complicidad tan evidente entre ellas que me hace sonreír. Hace unos meses, las dos pasaban por una crisis en su vida. Anika se acababa de separar de su ex, vendió su empresa y estaba inmersa en un divorcio muy complicado.

Y River… River comenzó a darse cuenta de que quería algo más en su vida. En cambio, ahora, prácticamente brillan de felicidad cada vez que están juntas.

—Vale, ¿me podéis explicar lo que estáis tramando? —me quejo al ver que empiezan a hablar entre susurros.

—¿Tramando? ¿Nosotras? —River trata de hacerse la inocente, pero esto ya empieza a ser demasiado evidente.

—De verdad, Sloane, tienes que dar clase a los niños de esa nueva huésped. Es muy importante —insiste Anika.

Arqueo una ceja.

—¿Una huésped? Estáis actuando de forma muy sospechosa.

River mira de reojo, como buscando apoyo en Anika.

—Es que le ofrecimos un paquete con una promoción especial y…

—Un paquete promocional que no creo que incluya clases de esquí conmigo, ¿verdad? Además, solemos hacer esas ofertas para grandes clientes corporativos o parejas de recién casados. Una mujer con dos hijos no parece lo habitual. ¿Y, por qué os encargáis vosotras dos? ¿No debería ser cosa de Penny de la oficina de ventas?

—Vamos, Sloane, después de todo lo que nos costó encontrarla —indica River, recibiendo de inmediato un codazo en las costillas por parte de su novia.

—Vale, ya está bien, joder. Quiero que me contéis lo que ocurre de una vez o que os larguéis de aquí y me dejéis tomar el café con tranquilidad —exijo, pegando un pequeño manotazo en la mesa.

—Muy bien, muy bien, vaya genio... —asiente Anika—. ¿Recuerdas todas esas noches que hablamos sobre arrepentimientos? Siempre me dices que hay alguien a quien no consigues olvidar y que te arrepientes de haberla dejado marchar.

Dejo escapar un largo soplido. Eso pasó hace mucho tiempo, pero sigue doliendo cada día.

—Sí, lo recuerdo bien.

Mi hermana River parece a la vez emocionada y arrepentida.

—Puede que haya preguntado en algunos grupos de Facebook de antiguos alumnos de tu universidad, tratando de localizarla —admite con un suspiro.

—¿Encontrarla? ¿Encontrar a quién?

—A ver, no te enfades, porque lo hicimos por tu bien. Sé que puede sonar un poco como una locura, pero localizamos su información de contacto. Le presentamos Silver Peaks como el lugar de vacaciones perfecto. Le enviamos fotos, reseñas y un precio ridículamente bueno.

—Absolutamente, ridículamente bueno —confirma Anika.

Me quedo callada durante unos instantes, tratando de procesar lo que estas dos están intentando explicarme.

—¿Me quieres decir que habéis encontrado a Esme Torres y la habéis invitado a venir aquí? No me lo creo. Ella no aceptaría jamás una invitación firmada por una Merriweather. Y a ti te conoce bien, Anika, fuiste tú quien me la presentó en la universidad.

Mi hermana simplemente se encoge de hombros.

—La oferta la firmó Julie. No te pongas así, pensamos que tal vez le vendría bien un descanso. Esa chica ha pasado por mucho, Sloane. Hace dos años, perdió a su marido en un accidente de escalada.

Casi se me cae la taza de café al escuchar sus palabras.

—¿Perdió a su marido?

—Sí. Tiene gemelos de ocho años, un niño y una niña. Estas vacaciones podrían ser perfectas para esos críos. Ella no sabe que estarás aquí, ni que el resort es de nuestra familia.

—Por eso la oferta la firmó Julie —aclara Anika—. Pero, mira, si no te apetece verla, está bien, lo entendemos. Este lugar es muy grande, puede que no os encontréis en ningún momento. Claro que luego no quiero que vengas como un alma en pena, quejándote de que la dejaste escapar hace once años. Si ahora no estás dispuesta a hacer nada para recuperarla, no quiero escucharlo —añade con un bufido.

Parpadeo rápidamente, tratando de asimilar toda la situación. Esme, ahora viuda con dos hijos pequeños, aceptando una oferta especial para venir a Silver Peaks, sin saber que yo soy parte del paquete.

—Habéis perdido la cabeza. Y además, sois imbéciles —protesto, llevándome las manos a la cabeza.

Antes de que puedan defenderse, desvío la mirada hacia la zona donde alquilamos las equipaciones y veo a una mujer de cabello oscuro arrodillada en la nieve. Intenta enderezar a dos niños pequeños que se tambalean sobre los esquís. La niña a su lado ríe. Se parece mucho a Esme. Los mismos ojos marrones y grandes, los mismos pómulos altos.

El niño se parece a otra persona. A una vida que construyó sin mí.

Lucho por evitar que los ojos se me llenen de lágrimas al recordar a aquella estudiante de segundo año que me presentó Anika en la universidad.

Yo era la estrella del equipo de esquí, con las estanterías de mi dormitorio más llenas de trofeos que de libros y un sueño olímpico ardiendo con fuerza en mi corazón. Pasamos dos años maravillosos hasta que una noche, bajo las estrellas, admitió que quería pasar el resto de su vida conmigo y yo me puse demasiado nerviosa.

Además, tenía una medalla olímpica que ganar.

Me arrepiento tanto de aquella decisión…

Sin decir ni una sola palabra, me levanto y camino hacia ellos. El niño se inclina hacia un lado y cae al suelo con un grito agudo. Antes de que me quiera dar cuenta, estoy de rodillas a su lado.

—Tranquilo, campeón, ya verás cómo pronto te estarás deslizando por las pistas sin esfuerzo —le aseguro.

Me mira con los ojos muy abiertos, sus mejillas rojas por el frío.

—He... he perdido el equilibrio —confiesa, casi avergonzado.

—Eso les pasa a los mejores. Por cierto, seré tu monitora de esquí a partir de ahora.

Entonces escucho su voz.

—Theo, ¿estás bien? —pregunta con preocupación.

Sigue manteniendo ese suave acento de Texas que me volvía loca cuando estábamos en la universidad. Se arrodilla junto a su hijo sin darse cuenta de mi presencia hasta que se asegura de que el pequeño no se ha hecho daño.

—¿Sloane? —suspira de pronto.

—Hola, Esme —saludo sin saber muy bien qué decir, y mi corazón late tan fuerte que estoy casi segura de que puede escucharlo.

Se levanta con lentitud, colocando un mechón de pelo detrás de la oreja. Es igual de hermosa de cómo la recordaba. Más madura, claro, las tenues líneas cerca de sus ojos hablan de risas y de lágrimas, pero es la Esme que recuerdo. De la que sigo enamorada.

—¿Qué coño haces aquí? —gruñe, poniendo los brazos en jarra.

El niño se pone de pie, sacudiéndose la nieve de los pantalones, y me mira con curiosidad.

—¿Mamá?

Esme aparta su mirada de mí, centrándose en su hijo.

—Esta es la señorita Merriweather. Ella... Nos conocimos en la universidad.

Me duelen las palabras que ha elegido.

—¿Me vas a contar qué coño haces aquí? —insiste, dirigiéndose de nuevo a mí.

—Es uno de los hoteles de mi familia —admito con un susurro.

—Ya, claro. Debí suponerlo. Una oferta demasiado buena para rechazarla. Has caído demasiado bajo esta vez, Sloane. Estarás muy orgullosa de aprovecharte de mis necesidades económicas para traerme hasta aquí con una oferta especial. Lo de insistir en las actividades para los niños fue un golpe demasiado cruel. Sabías que después de todo lo que han pasado con su padre no les podía negar unos días de vacaciones, ¿verdad? Esperaba cualquier cosa de ti, pero nunca creí que pudieses llegar a tanto —espeta, dedicándome una mirada llena de odio.

—Te juro que yo no tuve nada que ver con eso —confieso, bajando el tono de voz al ver su enfado.

—¿Ahora también eres una mentirosa? Nos vamos de aquí, niños. Volvemos a casa —ordena y se me rompe el corazón al ver la carita de los peques cuando escuchan sus palabras.

Capítulo 2

Sloane

—Por favor, Esme. Te prometo que no te cruzarás conmigo mientras estés aquí. No les hagas esto a los críos —suplico, haciendo una sutil seña hacia los pequeños.

Por suerte, la niña insiste en que les prometió que serían unas vacaciones inolvidables. Aun así, permanece junto a su madre y me mira amenazante con los brazos cruzados, como si ella también me odiase.

Esme parece reconsiderarlo durante unos instantes y ante la insistencia de sus hijos, se lo piensa mejor.

—Les das la clase de hoy y no quiero volver a verte en estas dos semanas, ¿entendido? Lo hago por ellos, lo han pasado muy mal y necesitan estas vacaciones. Si por mi fuese, me marcharía ahora mismo de aquí —aclara, alzando las cejas.

—¿Eres buena enseñando? No quiero caerme —interrumpe su hija, que parece tener una personalidad muy marcada a pesar de la edad.

Se me escapa una sonrisa.

—He enseñado a mucha gente e intentaré que no te caigas, pero caerse es parte del proceso de aprender —le explico.

—Mamá dijo que no me caería —se queja, frunciendo el ceño.

Esme se lleva una mano a la frente.

—Puede que haya exagerado un poco para que no se negasen a intentarlo —reconoce.

—¿Tú estás bien, campeón? —le pregunto al niño, que sigue un poco asustado—. ¿Por qué no empezamos por conocernos?

La niña, que parece mucho más extrovertida, da un paso adelante.

—Yo soy Ana Sofía y él es Theo. Tenemos ocho años.

—Encantada de conoceros. Yo soy Sloane —saludo, notando cómo las manos de Esme tiemblan ligeramente cuando endereza el gorro de Theo—. Bienvenidos a Silver Peaks, peques.

Les enseño los fundamentos básicos del esquí, y cuando estamos llegando a la primera hora de clase, noto que están ya muy cansados, sobre todo, Theo, así que decido dejarlo.

Esme se ha pasado toda la clase apoyada contra un árbol, como temiendo que a sus hijos pudiese pasarles algo grave en cualquier instante. Al acercarme con los niños, repaso mentalmente las palabras que quiero decirle para despedirme de ella para siempre, pero antes de que pueda hacerlo, River y Anika aparecen de pronto y se dirigen hacia donde estamos, todas sonrisas.

—Hola —saluda mi hermana —. ¿Cómo os va, peques? ¿Habéis disfrutado del primer día esquiando?

Ana Sofía mira hacia arriba con una expresión seria.

—Bien —admite mirando con desconfianza.

—Yo me caí de lado, y la señorita Merriweather me ayudó a levantarme —anuncia Theo mientras Esme rodea sus hombros con el brazo y lo aprieta contra su cuerpo.

Puedo observar que el trato con Anika es frío, a pesar de que eran muy buenas amigas en la universidad. Se ve que también la culpa de lo ocurrido.

—¿Qué tal si invito a los niños a un chocolate caliente mientras tú y Sloane habláis sobre los horarios de clases y ese tipo de cosas? —propone River.

Esme comienza a decir algo sobre que esta será la última clase que darán conmigo, pero se interrumpe ante la insistencia de sus hijos, que deben tener hambre tras la clase de esquí. Antes de marcharse, mi hermana me dedica una mirada que dice "no la cagues de nuevo" sin necesidad de palabras.

Por nuestra parte, Esme y yo nos quedamos un buen rato en silencio, ambas sin saber muy bien qué decir mientras se frota con nerviosismo las manos enguantadas.

—Te juro que yo no tuve nada que ver en esto, aunque me alegro mucho de volver a verte —admito con un suspiro.

—No tenía ni idea de que estarías aquí. Si lo hubiera sabido…

—No habrías venido, lo sé —murmuro, terminando la frase por ella.

—Probablemente no —reconoce, frotando de nuevo nerviosa las manos—. Ha pasado mucho tiempo, y los niños necesitan unas vacaciones donde puedan simplemente... respirar y olvidarse de lo ocurrido con su padre. No quería irrumpir en tu mundo.

—No estás irrumpiendo en nada. Si te soy sincera, me alegro mucho de que hayas venido. No es el momento, pero sé que me porté muy mal contigo y…

—No, Sloane, no es el momento de recordar esas cosas. Me hiciste muchísimo daño, pero es mejor dejarlo en el pasado —me corta, levantando una mano.

—Escucha, si quieres una monitora para enseñar a los niños, definitivamente soy tu chica. Si prefieres a otra persona, lo entiendo, de verdad.

—Gracias. Podemos probar, parece que los peques se lo han pasado muy bien contigo —confiesa mientras juega de manera distraída con su pelo.

—Esto es incómodo, ¿verdad?

—Sí, un poco —admite, dejando escapar una risita nerviosa—. Ahora debería…

—Sí, perdón, los niños. Seguramente, River les estará haciendo probar todos los dulces del hotel.

Mientras la veo alejarse de camino a la cafetería, recibo un mensaje de mi hermana mayor.

Harper: Anika y River me han contado lo de Esme. Julie también está participando, así que por mi parte no puedo protestar por lo del tratamiento de cliente VIP que les han dado por un precio casi regalado.

No puedo evitar sonreír. Harper siempre pensando en el dinero. Aunque en el fondo, me está dando vía libre para

desplegar la alfombra roja. Lecciones de esquí, sesiones en el spa, todo lo que tenemos.

Al regresar al hotel, Ivy me hace una seña para que me acerque.

—Parece que has visto un fantasma —bromea mi hermana gemela.

—Esme está aquí —confieso, dejándome caer sobre un sillón junto a ella.

—Me lo contó River. ¿Cómo lo llevas?

Estiro los brazos por encima de la cabeza mientras ordeno mis ideas.

—Estoy bien, supongo. Algo confusa, sin saber qué hacer. Once años, y... ¡pum!, está justo frente a mí con dos hijos.

—Escuché que River y Anika pasaron mucho tiempo planeando esto. Querían devolverte el favor de emparejarlas.

—Más bien, intenté por todos los medios que Anika no se acercase a River —admito, encogiéndome de hombros.

—Y más tarde te fuiste a San Francisco a intentar que aclarasen las cosas, así que eso cuenta. Lo que no esperaba es que Julie también participase, incluso que firmase ella la oferta. Con lo seria que parece, ya se está dejando influenciar por esas dos. Bueno, cuéntame, ¿cuál es tu plan?

—¿Mi plan? Enseñar a los gemelos a esquiar. Ser educada. Ver si Esme quiere hablar del pasado en algún momento para poder disculparme, o si prefiere fingir que nunca sucedió.

—¿Quizá deberías decirle cómo te sientes? —propone, alzando las cejas.

Se me escapa una risa nerviosa.

—¿Y qué siento exactamente? No la he visto en más de una década. Se casó, tuvo hijos y perdió a su marido hace dos años. Ha pasado por toda una vida. Mientras tanto, yo sigo aquí, con mi medalla escondida tras una vitrina, con una rodilla jodida y un montón de "qué hubiese pasado si…". Básicamente, sigo anclada en el pasado mientras ella ha seguido adelante.

Ivy coloca una mano en mi hombro y lo aprieta.

—No te menosprecies. Ayudas a dirigir este lugar y el resto de las escuelas de esquí de la familia y has madurado mucho desde entonces. Ya no eres aquella deportista egoísta y un poco creída que ponía su sueño olímpico por encima de todo lo demás. Tal vez eres exactamente lo que Esme necesita en estos momentos.

—¿Un poco creída?

—Muy creída —corrige—. A veces eras insoportable, te lo juro. ¿Por qué piensas que no fui contigo a la universidad a pesar de ser tu gemela?

—No lo sé, Ivy. Supongo que veremos. Ahora mismo estoy totalmente perdida.

De camino a la suite que ocupo en el resort, escucho el murmullo de las conversaciones en el comedor o las risas de los niños en la zona infantil. Quizá los hijos de Esme estén allí. La rodilla me duele, recordándome que, a pesar de que todavía soy joven, estoy muy lejos de ser la esquiadora invencible que un día fui.

Tras una rápida ducha con agua muy caliente, me pongo el pijama y me dejo caer sobre el colchón para ver una película, aunque un mensaje en mi teléfono móvil me devuelve a la realidad.

River: hemos programado una lección de esquí a las 10 de la mañana. Los niños están emocionados. Ella continúa algo... digamos…conmocionada. Lo siento si todo esto está siendo un poco intenso.

Por supuesto que Esme está conmocionada. Vino aquí esperando un resort de esquí en Montana, no a mí, la exnovia que la dejó tirada para perseguir la gloria olímpica.

Un nuevo mensaje llega casi de inmediato.

River: Espero que esto pueda ser una segunda oportunidad. Te mereces ser feliz.

No respondo a esa frase. Felicidad. No es que me pueda quejar de mi vida, todo lo contrario. Tengo a mis hermanas, mucho más dinero del que puedo gastar y disfruto de la tranquilidad de las montañas. Aun así, ver a Esme de nuevo me

ha sacudido tanto que prácticamente estoy en shock. Me recuerda a lo que dejé escapar.

Deambulo hasta la repisa y saco algunos álbumes de fotos familiares. En muchas, aparezco en lo más alto del podio, sosteniendo algún trofeo. En otras estoy con Ivy. En alguna más con mis hermanas mayores. No hay fotos de Esme. Nunca me permití guardarlas. Era demasiado doloroso.

Cierro los ojos y dejo que el calor del fuego en la chimenea me adormezca. Mañana, la veré de nuevo. Guiaré a Theo y Ana Sofía por las laderas, les enseñaré a confiar en la nieve bajo sus esquís. Pero no puedo ignorar el remolino de sentimientos a medio enterrar: arrepentimiento, curiosidad y una frágil esperanza. Tal vez solo nos cruzaremos en Silver Peaks unos días y no volveré a verla. Ella volverá a su vida y yo me arrepentiré cada día de haberla dejado escapar.

O, tal vez, el loco plan de River y Anika funcione.

Mi teléfono vibra una última vez con otro mensaje.

Anika: ¿Estás bien?

Todas están preocupadas de que me explote la cabeza o algo parecido. Envío de vuelta un simple "Estoy bien" y tiro el teléfono a un lado, tapándome con el edredón.

Hace once años, pensé que debía elegir entre el amor y la gloria, y elegí la gloria. Esa elección terminó con una grave lesión de rodilla y una vida vacía. Esme siguió adelante sin mí, con un marido, con dos hijos y un futuro. Incluso si ese futuro terminó en dolor, siguió avanzando. Yo no lo hice. Si hay una mínima posibilidad de que al menos me perdone, estoy dispuesta a intentarlo.

Capítulo 3

Esme

Mi hijo Theo no para de hablar mientras su hermana salta nerviosa de un pie a otro, ambos tan hiperactivos por el chocolate caliente y la adrenalina que esta noche sé que será misión imposible que se vayan a dormir.

—Mamá, ¿has visto el tamaño de estas camas? —chilla Ana Sofía al entrar en la habitación que compartirá con su hermano gemelo en la suite que nos han asignado.

Simplemente, me encojo de hombros y sonrío. Me encanta verles así de felices. Han sido dos años muy duros. Perder a su padre a una edad tan temprana tiene que ser muy difícil y cada vez que veía la tristeza en sus ojos, se me partía el corazón.

Para ellos, las dos semanas que pasaremos en Silver Peaks son una gran aventura. Para mí, ha sido una trampa. No sé si Sloane está involucrada o no. Me aseguró que no lo estaba, y quiero pensar que no miente. Pero sigue siendo una trampa, lo mire como lo mire. Si no fuese por los niños, ya me habría marchado.

La oferta promocional llegó a mi bandeja de entrada por sorpresa, acompañada de una llamada telefónica de una tal Julie. Me habló en un tono muy cordial y me prometió unos días inolvidables en la nieve. Cuando le pregunté si el precio era correcto, me explicó que el resort buscaba ampliar su alcance a familias con niños pequeños. Recuerdo haber parpadeado varias veces al ver la oferta; demasiado buena para ser verdad.

Y, claro, ahora sé que no lo era.

Sin embargo, encajaba a la perfección con la fecha de las vacaciones de invierno de los gemelos, así que le dije que sí antes de pensarlo más.

Estaba tan centrada en mis hijos que no lo investigué. Si lo hubiese hecho, me habría dado cuenta de que este lugar es propiedad de la familia Merriweather, que, obviamente, la incluye también a ella.

Theo da un salto y rebota fuera de la cama, aunque no parece hacerse daño porque corre hasta el pequeño salón de la suite donde se detiene en seco frente a la cesta de bienvenida.

—¡Mamá, hay caramelos! —chilla, llamando la atención de su hermana.

Una parte de mí quiere hacer las maletas ahora mismo y buscar otro hotel. Otra voz en mi cabeza me recuerda la alegría de los gemelos. No puedo sacarles de aquí tan solo porque yo no me siento cómoda cada vez que me cruzo con Sloane Merriweather.

Muerdo el labio inferior con dolor al recordar cómo terminó todo entre nosotras. Pensé que teníamos la relación perfecta. Era tremendamente feliz a su lado. Y un día, de la nada, simplemente me dijo que no podía permitirse distracciones mientras perseguía su sueño de ganar una medalla olímpica.

¿Distracciones?

¿Eso era yo para ella? ¿Tan solo una distracción?

Ser abandonada de ese modo por la mujer que amaba con poco más de veinte años, fue devastador. Para mí, fue casi como si todo mi mundo se acabase. No sé si alguna vez ha sido consciente del daño que me hizo. Prefiero que no sepa todo lo que sufrí. Consiguió su medalla olímpica, sí, pero, como por obra del karma, se lesionó de gravedad la rodilla antes del campeonato del mundo dos años más tarde y nunca más volvió a competir.

Fue una época durísima, aunque el dolor, poco a poco, se fue pasando y la vida siguió su camino. Al terminar la universidad, encontré un amor diferente con Luis. Menos intenso, sin duda, pero también más sereno. Ahora que he visto a Sloane de nuevo, ni siquiera sé qué pensar. Todavía duele, pensé que lo había superado del todo, pero no es así. Y lo peor

de todo es ese sentimiento de curiosidad, esa sensación de preguntarse qué habría pasado si no se hubiese comportado como una egoísta. Tal vez ambas hemos cambiado durante estos once años.

—¿Puedo comerme esto, mamá? —pregunta mi hijo, señalando unos dulces de la cesta.

—Solo un poco, tenemos que ir a cenar.

Algo en este lugar, quizá la decoración o las montañas cubiertas de nieve, les llena de energía.

La antigua Esme estaría realmente furiosa por el engaño que me trajo aquí, creo que hasta le habría dado un tortazo a Sloane sin ni siquiera saber si tuvo algo que ver o no. En cambio, se nota que he madurado. Ahora decido esperar y ver. Si River y Anika organizaron esto, deben pensar que Sloane necesita cerrar esa etapa.

No soy lo suficientemente ingenua como para asumir que podemos retomar las cosas donde lo dejamos. Tampoco lo quiero, Sloane es parte de mi pasado. Una parte muy bonita hasta que me dejó, lo reconozco, pero se ha acabado para siempre.

Y, aun así, sería estúpido negar que esta mañana, cuando la vi en las pistas de esquí, no sentí nada por ella.

Un golpe en la puerta de mi dormitorio me saca de mis pensamientos. Ana Sofía asoma la cabeza, con su cabello oscuro tapándole los ojos.

—Mamá, aquí dice que tienen una sala de juegos en el segundo piso con máquinas recreativas. ¿Podemos ir a verla? —inquiere, agitando en el aire un folleto del hotel—. Hay cuidadoras para los niños menores de doce años —agrega, como anticipando mi posible resistencia.

Prácticamente, dejo escapar un suspiro de alivio. No me vendrá mal algo de tiempo para mí sola mientras los niños están entretenidos y seguros. Desde que murió Luis, toda mi vida ha girado en torno a ellos.

En cuanto les dejo en la sala de juegos, deambulo sin rumbo por el hotel hasta que llego a una terraza desde la que

se puede observar una excelente vista de las montañas. Al menos, eso anuncia un letrero tallado en madera.

Al salir, el frío aire de Montana me golpea como una bofetada. El sol comienza a descender y el letrero de madera no mentía en cuanto a las vistas. Las montañas nevadas comienzan a pintarse en tonos naranjas o rosados, creando un espectáculo de un colorido maravilloso.

Aquí fuera, todo parece estar en silencio y, por algún motivo, me trae recuerdos de mis años de universidad, cuando pensaba que Sloane era el amor de mi vida. En un atardecer similar a este, señaló con el dedo hacia los picos nevados y me habló de sus sueños olímpicos. Su ambición era contagiosa, aunque claro, por aquel entonces no sabía que esa ambición sería justamente lo que destruiría nuestra relación. Sacudo la cabeza para sacar de mi mente esos pensamientos y me recuerdo que sigo aquí, no perdida en el pasado.

Escucho unos pasos detrás de mí y me giro. Una pareja sale de la mano a la terraza para observar las vistas y hacerse unas fotos. Se susurran palabras bonitas al oído mientras se besan y no puedo evitar sentir un poco de envidia mientras regreso al interior dejándoles intimidad.

Frente a la sala de juegos, observo a los gemelos jugando y sonrío. Theo lloraba durante horas cuando murió su padre, estaba desesperado por encontrar respuestas que yo no podía ofrecerle. Ana Sofía trataba de ser valiente, decía que ella cuidaría de mí. Verles reír es maravilloso.

—Mamá, la señorita Merriweather nos dijo esta mañana que esquiabas muy bien en la universidad —murmura Theo cuando regresamos a la suite, lleno de dudas sobre su lección de esquí del día siguiente.

—Bueno, no sé si muy bien, pero desde luego, ella era mucho mejor que yo. ¿Sabes que ganó una medalla olímpica? No todo el mundo puede decir que le está enseñando a esquiar alguien de ese nivel.

—Parece muy simpática. Y es súper guapa —añade Ana Sofía, consiguiendo que mi corazón se salte varios latidos.

A veces, me pregunto si Sloane se arrepiente de su decisión o si cree que mereció la pena. Creo que me gustaría preguntárselo, aunque no me siento con derecho a hurgar en lo más profundo de su corazón. Y no estoy segura de que la respuesta no fuese a hacerme demasiado daño, abriendo heridas que ya están cerradas desde hace años.

Me acerco a la ventana y el cielo nocturno de Silver Peaks es espectacular. Casi parece que puedes tocar las estrellas con la mano. A Luis le encantaba observarlas. Señalaba las constelaciones, inventando historias para los niños. Suspiro y en la oscuridad de la noche, le susurro una promesa. Si me puede escuchar desde algún lugar, le aseguro que trataré de dar a nuestros hijos la vida que él habría querido.

Capítulo 4

Sloane

—Buenos días. ¿Arrepentida de la borrachera de anoche o simplemente aterrada por ver a tu ex de nuevo? —ironiza River, sentándose a mi lado.

—No sé de qué coño hablas. Solo bebí un vaso de whisky… dos —gruño, forzando una expresión de indiferencia.

—Por favor, menuda gilipollez. Llevas once años que apenas puedes pronunciar su nombre sin suspirar.

—Sigo sin tener nada claro que esto sea buena idea —protesto.

—Escúchame bien. Hace once años dejaste ir a esa mujer por perseguir una medalla olímpica. Quizá en ese momento pensabas que era la decisión correcta, quizá no. Pero ahora está aquí, con sus hijos. No puedes simplemente huir. Cierra de una vez esa fase de tu vida o te acabarás volviendo loca. Mira, sé que para ti es complicado, Sloane. Pero son solo unos niños que quieren aprender a esquiar, y su madre... bueno, ella solo quiere lo mejor para esos críos.

El sonido de unas risas infantiles interrumpe nuestra conversación. A través de la ventana, puedo ver a Esme y los gemelos acercándose a la pista de principiantes. Ana Sofía da saltitos de emoción mientras su hermano se aferra con fuerza a la mano de la madre.

—Mierda —murmuro, sintiendo cómo se me acelera el pulso—. Ya están aquí.

—Pues espabila —bromea River, empujándome hacia la puerta.

—Te odio —gruño antes de salir.

—Lo sé. Yo también te quiero —responde con una sonrisa, levantando el pulgar para darme ánimos.

—¡Sloane! —chilla Ana Sofía al verme—. ¿Crees que podré bajar hoy la pista verde?

Lleva el mismo traje fucsia que se había puesto ayer, y es de un color tan fuerte que si se pierde se la podría ver a kilómetros de distancia. Se balancea sobre los esquís con una naturalidad que me resulta dolorosamente familiar. Junto a ella, su hermano Theo sujeta los bastones como si fuesen un escudo, sin tratar de disimular el miedo en sus ojos.

—La pista verde, ¿eh? —repito, tratando de forzar un tono profesional—. Primero vamos a ver qué tal te defiendes en la zona de principiantes. No queremos ir demasiado rápido. Si lo haces bien, luego bajaré la pista verde contigo. O también puede hacerlo mamá —añado, desviando la mirada hacia Esme.

—Yo ya estoy lista —insiste la cría, ejecutando un pequeño giro algo torpe—. He practicado en la habitación. Sin esquís, claro, pero es casi lo mismo.

No puedo evitar sonreír. La confianza de la niña me recuerda tanto a Esme en nuestros primeros días juntas que casi duele físicamente.

—Ana, no todos tienen tu ánimo —interviene Esme, colocando una mano sobre el hombro de Theo—. Tu hermano necesita ir a su ritmo.

—Yo solo quiero no caerme —murmura el niño, apretando con más fuerza la mano de su madre.

—¿Sabes un secreto? —le digo en voz baja, poniéndome en cuclillas para estar a su altura—. Todos nos caemos al principio. Yo me caí muchas veces cuando aprendía. Mis hermanas mayores siempre se reían de mí.

—¿Tú? Pero mamá dice que eras la mejor.

Siento que se me pone roja hasta la punta de las orejas al escuchar esas palabras y busco la mirada de Esme, quien, de pronto, parece muy interesada en ajustar la cremallera de su chaqueta.

—Tu mamá es muy amable —le aseguro—. Pero te prometo que me caí tantas veces que mis hermanas mayores me llamaban “Sloane, la bola de nieve”.

Mi confesión consigue arrancar una pequeña sonrisa en el niño, disipando por un momento el miedo en sus ojos.

—¿En serio? —pregunta Ana Sofía, que se ha unido a la conversación—. ¿Y cómo aprendiste a no caerte?

—Practicando —respondo—. Y confiando en mi monitora de esquí. Pero, sobre todo, entrenando mucho. Cuando aplaudimos a los campeones, no vemos todas las horas de entrenamiento que hay detrás. Nadie gana competiciones solo porque se le dé muy bien. Y eso es así con todo en la vida, no solo en el deporte —le explico.

—Bueno, ¿empezamos? Si seguimos hablando, nunca bajaré la pista verde —protesta Ana Sofía.

Esme trata de disculparse, pero esa niña me recuerda tanto a mí cuando era pequeña que no puedo evitar poner los ojos en blanco.

—Estarán bien. No hace falta que te quedes toda la hora apoyada en un árbol como ayer. Puedes irte a la cafetería, si quieres. Te los devolveré sanos y salvos, te lo prometo.

Una sonrisa tímida se dibuja en sus labios mientras se encoge de hombros.

—Son lo único que me queda —suspira como si pretendiese disculparse.

—¿Vivías aquí cuando eras pequeña? —pregunta Ana Sofía mientras subimos de nuevo en el telesquí para principiantes.

—Vivíamos en Aspen, aunque pasábamos aquí las vacaciones.

—¿Y esquiabas todos los días? —insiste la niña.

—Sí. Mis hermanas y yo hacíamos los deberes lo más rápido posible para poder salir a las pistas antes del anochecer. Incluso nos llevaban a esquiar por el verano al glaciar de Allalin en Suiza.

—¿Cuántas hermanas tienes? —interrumpe Theo, que parece más interesado en cualquier cosa que no sea el esquí.

—Tres. Harper es la mayor, luego está River, que os llevó ayer a tomar chocolate caliente, y finalmente Ivy, que es mi

hermana gemela.

—¿Tienes una gemela? ¡Como nosotros!

—Exacto —asiento—. Aunque Ivy y yo no nos parecemos tanto físicamente como vosotros dos.

—¿Y todas saben esquiar?

—Todas. Aunque yo siempre fui la mejor —añado con un guiño—. Pero no le digáis a mis hermanas que os lo he dicho. También tengo una sobrina un poco mayor que vosotros.

—Mamá nos dijo que fuiste a los Juegos Olímpicos y que ganaste una medalla —comenta Ana Sofía una vez que descendemos de nuevo.

—¿La tienes aquí? —pregunta Theo—. ¿Podemos verla?

—Claro, os la enseñaré —prometo, sintiendo una punzada de dolor al recordar que esa misma medalla fue lo que me costó perder a su madre—. Está guardada en el despacho de mi hermana Harper.

—Y fuiste la monitora de mamá en la universidad —continúa la niña, realizando un giro casi perfecto mientras habla —. Nos dijo que eras la mejor esquiadora que ha conocido.

—¿Eso dijo?

—Sí —asiente Ana Sofía—. Dijo que nunca ha visto a nadie moverse en la nieve como tú. Como si fueses una sombra en la montaña.

A pesar de las gafas de esquí, debo desviar la mirada para que no se note que mis ojos se han humedecido. Esme pronunció esa misma frase la noche en que hicimos el amor por primera vez, mientras trazaba círculos alrededor de mis pezones con la punta de los dedos.

Capítulo 5

Sloane

—¿Podríamos hablar de otra cosa que no sea Esme Torres? —gruño, pegando un manotazo sobre la mesa.

La lasaña de River, normalmente mi perdición, se me atasca en la garganta desde que empezaron a hablar de ella. Hasta se me ha quitado el hambre.

Las cenas familiares de los jueves son una tradición que ni siquiera los peores temporales de nieve han conseguido interrumpir. Pero esta noche, parece más una tortura.

—Solo digo —continúa Ivy— que es curioso cómo funciona el universo. Once años más tarde, tu gran amor de la universidad aparece en Silver Peaks, viuda y con dos niños adorables.

—El universo no tuvo nada que ver, fueron esas dos —protesto, señalando hacia River y Anika, que tienen que dejar de beber para no atragantarse con las risas.

—Según recuerdo, fue la única persona a la que trajiste a casa durante tus años de universidad —añade Harper.

—¿Por qué estáis todas de repente tan interesadas en ella?

—Cariño, solo hay que ver cómo la miras —interrumpe River—. Pareces un cachorrito abandonado cada vez que la ves, aunque sea de lejos. Tan solo nos preocupamos por nuestra hermana.

—Sois idiotas —gruño.

—Han pasado once años y sigues babeando por ella —insiste.

—¿Cómo van las clases con sus niños? —pregunta Julie, ofreciéndome una salida digna a la conversación anterior.

Como es lógico, me aferro a la oportunidad como un náufrago a un salvavidas.

—Muy bien. Ana Sofía tiene un talento natural para el esquí, casi instintivo. Me recuerda a... —me detengo, consciente de la trampa en la que estaba a punto de caer.

—¿A Esme? —completa Anika con una sonrisa mientras busca la mano de River con la suya.

Solamente suspiro, derrotada.

—Sí, a Esme. Aprendió a esquiar con una facilidad pasmosa. Y su hija es igual. Theo, en cambio, es más analítico. Tiene miedo, pero es solo porque lo piensa todo antes de actuar.

—Suena como Harper —bromea River—. Recuerdo cuando papá nos llevó a esa pista diamante negro en Suiza por primera vez. Estaba aterrorizada, pero se negaba a admitirlo. Terminó bajando con los ojos prácticamente cerrados. Nunca vi a nadie esquiar tan rígido y más tarde vivir para contarlo.

Las risas consiguen que se olviden temporalmente de Esme. El vino fluye, los recuerdos y las anécdotas se entrelazan, y por un momento, todo vuelve a la normalidad. Hasta que Ivy decide lanzar otra bomba.

—La muerte de su padre debió ser algo muy duro para los niños. Y más siendo tan pequeños.

—Tenían seis años —confirma Anika—. Estaban empezando el colegio. Y ahora Esme... tener que sacarles adelante ella sola… puf.

Por suerte, Ivy sale en mi rescate al ver que no me siento cómoda.

—Cambiando de tema —interrumpe mi gemela en un intento de darme un respiro—. ¿Os habéis enterado de que hay una mujer haciendo preguntas en el pueblo sobre nuestra familia?

—¿Qué tipo de preguntas? —inquiere Harper, frunciendo el ceño.

—Nada específico —responde Ivy, encogiéndose de hombros—. Meg, la chica nueva de la cafetería, me dijo que una tipa con acento de la costa Este ha estado preguntando sobre el resort, sobre la historia de la familia, ese tipo de cosas.

—Probablemente otra periodista buscando un artículo fácil —gruñe River con un gesto de desdén—. Desde que Harper salió en la portada de Forbes, aparecen de continuo.

—Sea quien sea, si quiere hablar con nosotras, sabe dónde encontrarnos. O también puede contactar con nuestro departamento de prensa. No necesita andar preguntando por el pueblo, salvo que busque algún tipo de escándalo o algo así —protesta mi hermana mayor.

La conversación deriva pronto hacia temas más cotidianos: la posible estrella Michelin para el restaurante de River en la cima de la montaña, los nuevos diseños de vidrio de Julie, los planes de expansión de la empresa. Poco a poco, la tensión abandona la cena. La lasaña desaparece, reemplazada por un delicioso postre de chocolate con forma de montaña nevada que hace que todos olvidemos nuestras preocupaciones.

Es más tarde, mientras las demás se trasladan al salón para jugar a un juego de mesa que se ha convertido en nuestra tradición tras las cenas, cuando mi hermana mayor aprovecha para hablar conmigo a solas.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja, cogiéndome por el codo—. De verdad.

—No lo sé —reconozco con un suspiro—. Esme es la única persona que me ha hecho cuestionarme lo que quiero en la vida. Si hubiese sido un poco más madura y no la hubiese dejado ir, quizá ahora…

—No puedes seguir viviendo de "y sis…" Las decisiones que tomamos a lo largo de la vida nos definen, para bien o para mal.

—Lo sé. Es solo que... —me detengo, buscando las palabras adecuadas—. Al final, la medalla de bronce está guardada tras una vitrina y la lesión me sacó de la competición de todas formas. Sacrifiqué lo que podría haber sido el amor de mi vida por un sueño que ni siquiera duró.

—Sloane, escúchame. No puedes cambiar el pasado. Y aunque pudieras, tienes que recordar que Esme ya no es la misma chica de veinte años que conociste en la universidad. Ha

vivido una vida entera sin ti. Se casó, tuvo hijos, perdió a su marido…

—Lo sé —la interrumpo, levantando una mano para hacerla callar. Imaginar todos esos momentos de los que no formé parte por haber sido una estúpida, sigue siendo demasiado doloroso.

—Lo que quiero decir —continúa mi hermana, alzando las cejas— es que cualquier... cualquier intento de reconexión entre vosotras sería infinitamente más complicado ahora. No es solo Esme la que está en juego. Son también sus hijos y los recuerdos que guarda de todos estos años.

Tiene razón, pero no por eso sus palabras me golpean con menos fuerza. No es solo cuestión de dos ex novias que se encuentran de nuevo. Hay dos niños de ocho años que ya han perdido a un padre.

—Yo no he hablado nada de retomar donde lo dejamos —murmuro, aunque una parte de mí se rebela contra esa idea —. Solo estoy procesando el hecho de volver a verla. Nada más.

—Lo entiendo —asegura Harper, apretando mi hombro—. Solo... ten cuidado, ¿vale? Con sus sentimientos y con los tuyos. Ahora, vamos con las demás —sugiere, señalando con la barbilla hacia donde se encuentran el resto de mis hermanas junto a Julie y Anika.

Capítulo 6

Esme

—Por favor, ¿puedes dejarlo ya? Me va a estallar la cabeza —protesto, quizá alzando la voz más de lo que sería necesario.

Los lamentos de Ana Sofía sobre sus botas de esquí me están volviendo loca. Lleva toda la mañana quejándose de que le hacen daño en los tobillos y por más que intento recolocarlas, apretar las hebillas o aflojarlas, nada parece funcionar. La veo cojear hacia mí de nuevo, con ese gesto de frustración tan característico, idéntico al que su padre hacía cuando alguna situación le sobrepasaba.

—Mamá, de verdad que no puedo —insiste, descalzándose y tirando las botas al suelo—. Me están destrozando los pies.

Theo nos observa a unos metros de distancia, cansado ya de esperar. Llevamos una hora de retraso y el día amenaza con convertirse en un auténtico desastre.

—Mira, ¡vamos a la escuela de esquí, a ver si ellos pueden hacer algo! —accedo, cogiendo las botas del suelo con un gesto quizá demasiado brusco.

Pero, al llegar, me arrepiento de inmediato.

—Vaya, no esperaba verte aquí —suspiro.

Me encuentro a Sloane sentada en un despacho con la puerta abierta y, al verme, hace un gesto para que entremos.

—Puede encargarse cualquiera, de verdad, es una tontería —me apresuro a anunciar—. Es solamente que Ana Sofía está teniendo problemas con sus botas y…

—Claro, vamos a ver qué les pasa a las botas de esa pequeña campeona —interrumpe con una sonrisa, levantándose para acercarse a nosotras.

Mi hija asiente, entregando el calzado con una mirada de esperanza que me parte el corazón y permanece sentada,

balanceando las piernas en el aire mientras Sloane las examina.

—El problema es que son demasiado rígidas para ella —explica, indicando que me acerque—. Son buenas botas, pero, ¿ves esta parte? Está diseñada para esquiadores con más experiencia. Mira, presiona aquí —insiste mientras guía mi mano hacia la parte trasera de la bota y nuestros dedos se rozan, poniéndome más nerviosa de lo que debiera.

—Son de la hija de una compañera de trabajo y me aseguró que eran muy buenas.

—Lo son —me asegura, acariciando con suavidad mi brazo izquierdo—. Simplemente, no son las adecuadas para tu hija en estos momentos.

Mierda, esa caricia me transporta de inmediato a otra época y otro lugar. A cuando mi cuerpo desnudo literalmente temblaba bajo sus manos.

Sacudo la cabeza, intentando alejar esos pensamientos de mi mente. Luis apenas lleva dos años fallecido. Sentir esto, lo que sea que esté sintiendo, me parece un poco precipitado. Y Sloane es historia. Quizá podría haber funcionado, quizá podríamos haber tenido una relación maravillosa, pero fue ella quien decidió dejarlo, no yo.

—El problema es que necesita unas botas diferentes —explica—. Estas son demasiado avanzadas para una esquiadora que empieza, incluso si progresa muy rápido como ella. Le terminarán haciendo daño o incluso causando una lesión. Tenemos algunas en la tienda que serían perfectas para ella.

—¿Botas nuevas? —pregunto, sintiendo que se me forma un nudo en el estómago al ver los ojos de mi hija.

—Sí, necesita unas con una flexión más suave —insiste Sloane—. Con ellas avanzará mucho más rápido y, sobre todo, no le dolerán los pies. A este paso, en un par de días, quizá no quiera seguir esquiando.

La niña me mira con esos ojos de cachorrito abandonado que pone cuando quiere conseguir algo y me rompo por dentro. Desde que murió Luis, cada gasto extraordinario es un pequeño terremoto que abre grietas en nuestro ajustado presupuesto.

Apenas habíamos empezado a pagar la hipoteca de nuestra primera casa y mantenernos con un solo sueldo resulta complicado.

—Ven un momento —susurro, cogiéndola por el codo para alejarnos y que Ana Sofía no nos escuche—. Verás, las cosas están… algo complicadas desde que Luis falleció. Este viaje ya supone un esfuerzo económico para mí y ni siquiera sé si los niños querrán seguir esquiando o si nos lo podremos permitir. Comprar unas botas nuevas ahora mismo…

—Espera, creo que tengo una posible solución —anuncia, abandonando el despacho antes de que pueda responder.

Respiro hondo, maldiciendo el momento en que acepté venir aquí. No es que me preocupe admitir delante de Sloane que estoy algo justa de dinero. No hay nada de qué avergonzarse. Por supuesto, ella posiblemente no lo entienda, ha nacido en una familia muy rica y nunca ha tenido que preocuparse por esas cosas. Lo que me preocupa de verdad es decepcionar a mi hija. Con ocho años comprende que no puedo comprarle todo lo que me gustaría, pero sé que es duro para ella.

—Mira, estas botas eran de mi sobrina Lumi —explica, sentándose al lado de Ana Sofía cuando regresa al despacho—. Las usó tan solo un par de veces antes de que le empezasen a quedar pequeñas. Ya sabes lo que crecen los pies a estas edades. Tienen la flexión perfecta para ti, peque —añade, dirigiéndose a mi hija, que las mira como si fuesen lo más bonito del mundo.

La niña sonríe mientras se prueba las botas, prácticamente dando saltos de alegría, pero, de pronto, descubro algo que me hace suspirar. Con las prisas, a Sloane se le ha olvidado quitar una de las etiquetas. No son de su sobrina, son nuevas… y el precio es una auténtica locura.

—¿De verdad son para mí? —pregunta mi hija.

—Claro, a Lumi ya le quedan muy pequeñas —insiste Sloane.

Solamente sonrío mientras acaricio el pelo de Ana Sofía. No menciono que he visto la etiqueta. No menciono que sé perfectamente que son unas botas nuevas y muy caras. En su lugar, le dedico una mirada que espero que transmita todo lo que no puedo expresar con palabras. Gratitud. Confusión. Y algo más que no me atrevo a nombrar.

—Muchas gracias —suspiro, colocando una mano en su cintura.

—La niña se lo merece —responde con una sonrisa y un guiño de ojo.

Y mientras salimos de su despacho en la escuela de esquí, me pregunto cuánto ha cambiado Sloane en estos últimos años. La joven impulsiva y ambiciosa que conocí, la egoísta que puso sus sueños olímpicos por encima de todo lo demás, parece haber dado paso a una mujer mucho más centrada. Y eso, por alguna razón, consigue que mi corazón se acelere de un modo que no había experimentado en mucho tiempo.

***

—¿Os apetece aprender a hacer cruasanes? —la pregunta de River nos pilla por sorpresa cuando se acerca a nosotros en la cafetería del resort.

—¿Mamá, podemos? —preguntan los gemelos casi al mismo tiempo.

—Estoy segura de que River tiene mejores cosas que hacer, además, hace una tarde muy buena para ir al pueblo y…

Me detengo, porque está claro por la cara que están poniendo y el modo en que juntan las manos, como si estuviesen rezando, que la idea de los cruasanes les apetece mucho más que dar un paseo.

—Tengo la tarde libre y voy a estar haciendo unos cruasanes y galletas con mi sobrina, así que no me estorban para nada. Será divertido y seguro que te vendrán bien unas horas de descanso. Ser madre tiene que ser agotador —agrega con un guiño de ojo.

Los gemelos me miran con los ojos muy abiertos, esperando mi aprobación y tan solo consigo encogerme de hombros y dejarles ir. Aun así, la idea de tener unas horas para mí sola me resulta casi extraña. Desde que Luis murió, apenas he tenido tiempo para respirar, siempre pendiente de ellos o trabajando. Siempre en modo supervivencia.

—No es molestia, de verdad —insiste River—. Será divertido. Además, Anika se ha llevado a Harper y a Julie a San Francisco para enseñarles no sé qué inversiones tecnológicas y me vendrá bien la compañía de los niños.

Antes de que me pueda dar cuenta, me encuentro sola, mirando por la ventana y sin saber muy bien qué hacer con las horas que acabo de conseguir.

—¿Te apetece esquiar un rato?

La voz de Sloane me sobresalta. De pronto, está de pie junto a mi mesa, con una sonrisa en los labios.

Creo que me han tendido una trampa.

—Hace muchos años que no me pongo unos esquís —confieso.

—Es como montar en bicicleta —bromea—. Nunca se olvida. Podemos empezar con una pista muy fácil para que cojas confianza —propone.

Quizá debería negarme. Puede que inventar alguna excusa. Pero hay algo en su mirada, en la forma en que el sol que entra por la ventana ilumina sus ojos, que consigue que me olvide del sentido común.

—Está bien, pero no te rías si me caigo —accedo.

Pocos minutos más tarde estamos en el telesilla que sube a la parte alta de la montaña. Nuestros cuerpos casi pegados en el reducido espacio. Cada vez que se balancea, su hombro roza el mío, enviando pequeñas descargas eléctricas por todo mi cuerpo.

—Así que... abogada medioambiental —comenta Sloane, rompiendo finalmente el silencio—. Siempre supe que harías algo importante con tu vida.

—No es tan glamuroso como parece —sonrío—. Paso más tiempo enterrada en documentos legales que salvando el planeta.

—Aun así, es admirable —insiste—. ¿Cómo acabaste en eso?

Respiro hondo, tratando de organizar una historia que no incluya la parte del año que me pasé llorando cuando me dejó.

—Tras terminar la universidad, trabajé un tiempo en una ONG —le explico con una sonrisa melancólica —. Allí fue donde conocí a Luis. Él me animó a estudiar derecho.

Noto cómo Sloane se tensa ligeramente al mencionar a mi difunto esposo, pero continúa escuchando con atención.

—Era... increíble. Tan apasionado por su trabajo.

Las palabras se atascan en mi garganta. Se siente demasiado extraño hablar de Luis con Sloane. Es como si dos universos paralelos de mi vida se estuviesen cruzando cuando nunca deberían hacerlo.

—Estoy segura de que era un hombre extraordinario —susurra, apretando mi rodilla con la mano.

—Lo era —asiento con un largo suspiro.

Por suerte, llegamos a la cima antes de poder seguir con la conversación, porque la tensión en Sloane empezaba a ser más que evidente.

Al principio, mientras descendemos colina abajo, mis movimientos son torpes. Hace tiempo que no esquío. Aun así, poco a poco, mi cuerpo recuerda las sensaciones. Es como si cada músculo, cada tendón, conservase la memoria de aquellos años en la universidad en los que deslizarme por la nieve junto a Sloane era tan natural como respirar.

Ella se mueve delante de mí con esa técnica perfecta que siempre me fascinó. Con giros precisos, elegantes, casi como si fuese poesía en movimiento. Es peligrosamente fácil caer de nuevo en esa sincronización perfecta con ella. Seguirla ladera abajo, como si una parte de mí hubiese estado esperando todos estos años para volver a esta danza. El viento silba en mis oídos, la adrenalina bombea por mis venas, y por un momento,

solo existe esto: la montaña, la nieve, y Sloane. Como hace once años.

Acelero, intentando dejar atrás no solo a Sloane sino también a los recuerdos que se cuelan en mi mente. El primer día que esquiamos juntas en la universidad. La vez que me enseñó a bajar una pista diamante negro, la sensación de sus manos en mi cintura mientras explicaba los giros. Aquella noche en la que hicimos el amor por primera vez en su habitación.

Pero los recuerdos son más rápidos que mis esquís. Me alcanzan, me envuelven, despiertan sensaciones que creía que estaban olvidadas. Y lo peor es que no se sienten como una traición a la memoria de Luis. Se sienten como una parte de mí que ha estado dormida, esperando a ser redescubierta.

—¡Esme! —chilla Sloane con preocupación, deteniéndose junto a mí—. ¿Estás bien?

Trato de levantarme, más avergonzada que dolorida.

—Estoy bien, tranquila —le aseguro, quitándome la nieve del traje—. No sé en qué estaría pensando.

Hacemos el resto del trayecto despacio y en silencio, como si ninguna de las dos quisiese romper el momento de conexión.

—Te he echado mucho de menos —admite de pronto al llegar a la base, bajando el tono de voz hasta convertirlo en un susurro casi inaudible.

No sé qué responder. No sé qué sentir al escuchar sus palabras. Prácticamente, me quedo temblando. Aquella joven que se enamoró perdidamente de Sloane Merriweather hace años que ya no existe. Se transformó en abogada, en esposa, en madre, y ahora en viuda.

Y, sin embargo, algo en lo más profundo de mi interior, responde todavía a su presencia como si no hubiese pasado ni un solo día de separación.

Y eso me aterra.

—Es mejor que volvamos al hotel —es mi única respuesta.

Capítulo 7

Sloane

El grito de Ana Sofía resuena por toda la pista como el eco de una pesadilla. Antes de que pueda procesarlo, estoy esquiando hacia ella a tanta velocidad como si estuviese en alguna de mis competiciones de hace años.

—¡Ana! —Esme viene detrás de mí, y rezo para que no se caiga también con las prisas.

La niña permanece sentada en la nieve, con una mano tapándose la parte derecha de la barbilla, mientras los ojos se le llenan de lágrimas. Pequeñas gotas de sangre caen sobre la nieve como si fuesen diminutas flores rojas.

—Déjame ver, cariño —susurra Esme, arrodillándose junto a su hija y tratando de recuperar el aliento.

—Es solo un rasguño —murmuro, aunque no tengo muy claro si quiero tranquilizar a la niña o a su madre—. Tuviste la mala suerte de aterrizar sobre una rama que se había caído de uno de los pinos. Nada grave —le aseguro.

Ana Sofía solloza con más fuerza, creo que no tanto por el dolor como por la sorpresa y el susto.

—Eh, campeona —interrumpo, quitándome los guantes para secar sus lágrimas—. ¿Sabes qué? Todas las mejores esquiadoras tienen cicatrices. Son como medallas de honor. No eres nadie sin una cicatriz o dos.

Ana Sofía me mira con los ojos muy abiertos, como si acabase de descubrir un gran secreto.

—¿Tú tienes cicatrices?

—Yo tengo un montón —admito, señalando una línea apenas visible en mi mentón—. Esta me la hice cuando tenía más o menos tu edad. Me caí en una pista en Suiza y pensé que era el fin del mundo.

—¿Y qué pasó?

—Mi hermana River me hizo un chocolate caliente con nubes de azúcar y me dijo que las mejores aventuras siempre vienen con alguna cicatriz que contar. Y tenía razón. Ya te enseñaré la que tengo en la rodilla. Esa sí que es grande.

Esme me dedica una mirada que no sé muy bien cómo interpretar, pero hay algo en ella que me hace sentir como si estuviésemos de vuelta en aquellos días de universidad cuando pensábamos que el mundo era nuestro y todo parecía posible.

—¿Quieres seguir esquiando o prefieres que lo dejemos por hoy? —le pregunto, aunque desvío la mirada hacia Esme en busca de su aprobación.

—Quiero seguir —responde de inmediato, limpiándose la nariz con la manga de su chaqueta rosa—. Pero... ¿puedes quedarte cerca, mamá?

—Claro que me quedo —le asegura Esme, poniéndose en pie y sacudiéndose la nieve de los pantalones vaqueros.

Durante la siguiente hora, esquío con Ana Sofía por la pista verde, sin separarme de ella ni un instante, lo último que necesito es que se vuelva a caer. Esme nos observa desde un lateral de la pista, hablando por teléfono de manera intermitente. Sus conversaciones me llegan en fragmentos, pero las palabras que consigo escuchar me duelen como puñaladas en el corazón.

"...la apertura de la nueva oficina…"

"...discusiones sobre la sociedad…"

"...no puedo comprometerme a tiempo completo…"

"...necesito el dinero extra, pero los niños todavía son pequeños…"

"...prefiero mantener la flexibilidad…"

Pequeños fragmentos que relatan una historia de lucha. Una madre que está rechazando la oportunidad de un futuro profesional brillante para cuidar mejor de sus hijos.

Exactamente lo que yo no fui capaz de hacer hace once años por ella.

Exactamente lo que debería haber hecho si hubiese sido la mitad de valiente que Esme.

—¡Sloane! ¡Mira! —grita Ana Sofía mientras realiza un giro perfecto. Un grito que me saca de mis pensamientos, de una mente dividida entre el presente y los fantasmas del pasado.

—¡Increíble! —chillo—. Eres una crack, en serio.

Cuando terminamos la clase, Esme guarda el teléfono en el bolsillo de su chaqueta haciendo un gesto que conozco demasiado bien. Decepción contenida. Frustración disfrazada de amabilidad.

—¿Va todo bien? —pregunto mientras ayudo a la niña a quitarse los esquís.

—Sí, solo… son cosas del trabajo, ya sabes —responde con una sonrisa que no llega reflejarse en su mirada—. Nada importante.

Pero sí es importante.

Puedo verlo en la forma en que evita mis ojos o en cómo sus hombros se han tensado ligeramente. En el modo en que suspira cuando piensa que no la estoy observando.

—¿Mamá? —Theo aparece de repente cuando llegamos al resort, corriendo hacia nosotras con las mejillas rojas por el frío —. ¡River me ha enseñado a hacer chocolate caliente francés! Dice que es una receta secreta, pero que ahora os la puedo enseñar a vosotras.

—¿En serio? ¿Y está bueno?

—Está buenísimo. Aunque creo que necesito un poco más de práctica. ¿Queréis probarlo? ¿Y Sloane también? —añade, dirigiéndose hacia mí con una timidez adorable.

Antes de que queramos responder, estamos los cuatro sentados en la cafetería del hotel frente a unas tazas de chocolate caliente. Theo nos observa nervioso, mientras su hermana bebe el primer sorbo con un dramatismo que sería propio de una crítica gastronómica profesional.

—Está... —hace una pausa casi teatral que me recuerda a River cuando presenta sus postres—. ¡Está buenísimo!

La sonrisa de orgullo de Esme podría derretir toda la nieve de Silver Peaks.

—A ver, déjame probar —indica, alzando las cejas antes de llevarse la taza a los labios.

La observo cerrar los ojos mientras saborea el chocolate, del mismo modo que hacía cuando probaba mis intentos de replicar las recetas de River los meses que compartimos apartamento en la universidad.

—Dios mío, Theo. Esto está increíble —confiesa, y el niño prácticamente se deshace de felicidad—. ¿De verdad lo has hecho tú solo?

—Bueno, River me ayudó un poco. Pero dice que tengo un talento natural para la cocina —añade.

Como si hubiese sido invocada al mencionar su nombre, mi hermana aparece junto a nosotras con esa sonrisa pícara que anuncia que está tramando algo.

—¿Alguien ha mencionado mi chocolate caliente secreto? —inquiere, guiñando un ojo a Theo antes de robar un sorbo de la taza de Ana Sofía—. Mmm, no está nada mal, pequeño aprendiz. Aunque creo que le has puesto demasiada canela.

Me dedica una mirada que dice claramente: "veo cómo la miras y necesitas relajarte", pero en lugar de responder, me limito a poner los ojos en blanco.

—Prácticamente tienes adoptado a mi hijo —bromea Esme.

—¡Qué puedo decir! Me parece que le gusta más la cocina que el esquí —bromea, sentándose en una silla vacía y robando un trozo de la galleta de Theo—. O quizá sea la profesora. Yo soy más simpática que Sloane.

Intento protestar, pero River me conoce bien y ataca primero.

—¿Sabéis que Sloane tiene muchas manías raras? —pregunta—. Una vez la vi hacer una danza de la lluvia porque pensaba que no nevaría lo suficiente para una competición de esquí.

—¡No era una danza de la lluvia, idiota! —protesto, estaba estirando los músculos.

—Ya, mientras cantabas.

Esme deja escapar una carcajada, creo que la primera desde que ha llegado, y ese simple gesto me devuelve a aquellos días en los que con tan solo verla reír, ya conseguía que me olvidase de cualquier preocupación.

—Bueno, para ser justos —interviene Esme, secándose las lágrimas de risa—, en la universidad se comía un plátano antes de cada examen porque creía que le daba suerte.

—Se suponía que ese era nuestro secreto, traidora —me quejo.

Pronto, River se dedica a contar historias disparatadas a los niños mientras nosotras la observamos con una taza de café junto a la chimenea. Permanecemos en un silencio que no es exactamente cómodo, pero tampoco es tan tenso como el de los primeros días. Es más bien... extraño. Como si ambas estuviésemos esperando a que la otra diga algo, pero ninguna se atreve a dar el primer paso.

—Adoran a tu hermana —comenta al fin Esme, señalando con la barbilla hacia sus hijos.

—Siempre se le han dado bien los niños —admito—. Cuando Lumi era un bebé, era la única que podía calmar sus rabietas.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice de repente, haciendo girar de manera distraída la taza entre sus dedos.

—Claro.

—Hace un rato, cuando estaba hablando por teléfono... ¿escuchaste algo? Vi que te detenías a veces cerca de mí y…

Mierda.

—De verdad que no intentaba enterarme de la conversación ni nada de eso —me apresuro a responder, haciendo un gesto con las manos y poniéndome muy nerviosa.

Esme suspira y se recuesta contra el respaldo del sofá, como si quisiera quitarse un peso de los hombros.

—Me han ofrecido ser socia del despacho de abogados en el que trabajo. Es... es lo que siempre quise. Lo que llevaba años esperando.

—Hay un pero, ¿verdad?

—Sí, necesitaría dedicar un tiempo del que no dispongo. Los niños han perdido ya a su padre. No puedo... no puedo desaparecer también de sus vidas, por muy bien que me venga ese dinero en estos momentos.

—Lo entiendo…

—No —me interrumpe, levantando una mano y negando con la cabeza—. Por favor, no me digas que lo entiendes. Porque tú... tú elegiste todo lo contrario. Y no te estoy juzgando por ello, en serio, Sloane. Yo no voy a fingir que entendí en aquel momento tu motivación para elegir una competición por delante de tu novia. Tampoco lo entiendo ahora, pero supongo que cada persona es diferente.

—Y mira dónde me llevó esa elección —añado con un suspiro de amargura.

—Te llevó a unos Juegos Olímpicos. A una medalla de bronce. Pocos pueden conseguir algo así.

—Me llevó a estar sola —corrijo—. Me llevó a perder a la persona más importante de mi vida por algo que, al final, no duró más que unos meses.

—¿A la persona más importante de tu vida? —pregunta casi con miedo.

—¡Mamá! ¡Sloane! ¡Venid a ver esto! —la voz de Ana Sofía interrumpe el hechizo.

Nos levantamos del sofá como si nos hubiesen pillado haciendo algo prohibido y seguimos a la niña.

—River nos llevará mañana a un restaurante que está en lo más alto de la montaña para preparar brownies y ver el atardecer —anuncia entusiasmada.

—Dice que así podéis estar a solas —agrega Theo con la inocencia propia de los ocho años, consiguiendo que tanto Esme como yo nos pongamos coloradas.

Capítulo 8

Sloane

La cena en el ático de Harper transcurre como todas las reuniones familiares de las hermanas Merriweather: con mucha comida, risas y al menos tres conversaciones que se desarrollan al mismo tiempo, pero que, de algún modo, logran entrelazarse.

Lo que no esperaba es lo fácil que Esme y los gemelos se han integrado en el caos.

Cuando River les invitó a cenar con nosotros, me pareció muy mala idea. Pensé que Esme pondría algún tipo de excusa, pero no. Tardó menos de un segundo en decir que estaría encantada de acompañarnos.

Y aquí estamos ahora. Ana Sofía, sentada entre Lumi y River, las tres enfrascadas en una conversación muy seria sobre qué animales del bosque serían los mejores esquiadores. Por su parte, Theo ha encontrado en Julie la audiencia perfecta para sus enciclopédicos conocimientos sobre rocas y minerales.

Mientras observo las conversaciones, me doy cuenta de que Esme hace lo mismo desde el otro extremo de la mesa. Hay una expresión en su rostro que me conmueve: la alegría de una madre al ver a sus hijos felices.

—¿Estás bien? Parece... no sé, como si estuvieses procesando algo —murmura Harper, inclinándose hacia mí para que nadie nos escuche.

—Estoy bien —miento, aunque sé que mi hermana no se lo cree.

—Sloane…

—En serio, estoy bien. Solo es... extraño, ¿sabes? Verla aquí, con sus hijos, siendo parte de esto —admito, haciendo un gesto vago con el dedo hacia la mesa llena de gente—. Es como estar viendo una vida alternativa de algún modo.

—Una vida que podrías haber tenido —confirma.

Simplemente, asiento lentamente con la cabeza. Imaginé mil veces una vida junto a Esme, y, aun así, no consigo sacar de la mente cómo habría sido estar ahí cuando esos niños dieron sus primeros pasos, cuando dijeron "mamá" por primera vez, cuando perdieron su primer diente.

—Sí, una vida que podría haber tenido —admito en voz baja.

En el otro extremo de la mesa, mi hermana gemela sirve una nueva copa de vino mientras discute con Esme algo sobre las regulaciones ambientales que afectan a los negocios de la zona. Debería ser una conversación aburrida, pero la intensidad con la que hablan la hace parecer fascinante.

Pronto, Harper se une a la conversación a través de la mesa, discutiendo los méritos de una instalación de paneles solares en el resort.

—A largo plazo sería más rentable y sostenible —asegura —. ¿Verdad, Sloane?

Me doy cuenta de que me ha incluido en la conversación a pesar de que no tengo ni idea de lo que están hablando. Simplemente, asiento, tratando de concentrarme en algo que no sea la sonrisa de Esme. Por un instante, es como si tuviésemos de nuevo veinte años y estuviésemos planificando cómo cambiar el mundo juntas.

—A Sloane siempre le gustaron los proyectos de energía sostenible —asegura Esme, consiguiendo que mis hermanas se queden sin palabras y River prácticamente se atragante con su copa de vino—. ¿Recuerdas cuando intentaste convencer a la universidad para instalar paneles solares en la residencia?

—¿Sloane? —pregunta mi hermana gemela con sorpresa.

—Sí, durante un tiempo era toda una activista en la universidad. Cuando estábamos… Perdón —se disculpa al darse cuenta de que ha estado a punto de meterse en un terreno demasiado incómodo.

—¿Una activista? —insiste Ivy.

—Una vez se encadenó a un árbol que iban a talar para hacer sitio a un nuevo aparcamiento —asegura Esme y yo ya no

sé dónde esconderme—. Luego no sé lo que ocurrió, porque abandonó de pronto todas esas actividades cuando nosotras dos…

La mesa entera me mira con asombro y puedo ver la diversión en los ojos de mis hermanas. Especialmente en los de River, que parece disfrutar enormemente mientras escucha las cosas que fui capaz de hacer por amor.

El resto de la cena continúa con historias bastante embarazosas sobre mi época universitaria (cortesía de Esme), anécdotas sobre las travesuras de River (cortesía de todas las hermanas) y una competición improvisada sobre quién puede contar el peor chiste (ganada por Theo con algo sobre rocas que ni siquiera entendí, pero que hizo reír a todos de lo malo que era).

Cuando terminamos los postres, Lumi se lleva a los gemelos de Esme para jugar con la consola mientras los adultos nos quedamos en la mesa para dar buena cuenta de una nueva botella de vino.

—Sloane nos ha hablado mucho de ti a lo largo de los años —confiesa Julie y siento que se me pone roja hasta la punta de las orejas.

—¿Ah, sí? —pregunta Esme, alzando las cejas y mirándome con una expresión que no consigo descifrar.

—Tengo muy buenos recuerdos de esa época —me apresuro a aclarar—. Anécdotas universitarias y esas cosas.

—Mmm —murmura Esme.

—¿Sabéis qué? —interviene Ivy, dándose cuenta de que empiezo a estar incómoda—. Creo que deberíamos organizar alguna actividad para mañana por la tarde. Así los niños tendrán todo el día ocupado. ¿Qué os parece una excursión en raquetas de nieve?

—¡Suena genial! —exclama River, alzando su copa en un brindis imaginario—. Por la mañana clase de cocina y por la tarde un picnic en el refugio de las cataratas.

—¿Hay cataratas por aquí? —inquiere Esme.

—Están congeladas en invierno, pero son espectaculares —le explico—. Es una caminata de unas dos horas, perfecta para niños de la edad de Ana Sofía y Theo.

Esme mira hacia la sala de estar, donde los tres niños están enfrascados en lo que parece ser la versión electrónica de una invasión de extraterrestres bastante violenta.

—Creo que les encantaría —admite con un suspiro—. Pero no quiero meterme en vuestros planes familiares… Bastante es que van a tener por la mañana una clase de cocina.

—¡Qué va! Será un placer llevarles —interrumpe River—. Para vosotras dos he preparado algo muy especial —añade, señalándonos con el dedo.

—River… —le advierto.

—No me pongas esa cara. Mañana es el día de descanso en The Peak, nuestro restaurante a 3000 metros de altura. Podrás disfrutar de las mejores vistas del atardecer antes de cenar. Es algo único, ya lo verás. Yo os dejo la cena preparada, pero a partir de ahí estáis solas. Recuerda que los camareros descansan.

Escondo el rostro entre las manos para que Esme no vea lo roja que me acabo de poner. Mi hermana se está pasando. Por suerte, a Esme parece hacerle mucha ilusión la propuesta. Ha leído un artículo sobre The Peak en una revista y confiesa que será una gran oportunidad poder disponer del pequeño restaurante para nosotras dos. Aun así, voy a matar a River en cuanto tenga ocasión. Juro que me pagará esta emboscada.

Capítulo 9

Esme

El teleférico se balancea con suavidad mientras ascendemos hacia The Peak y no puedo evitar sentir que esto es una emboscada perfectamente preparada por River.

El modo en que anunció junto a Ivy que se llevarían a Ana Sofía y Theo todo el día, dejándonos a Sloane y a mí "para ver sin prisas el atardecer desde el restaurante, aprovechando el día de descanso", sonó demasiado inocente como para ser casualidad.

Aun así, aquí estoy.

Y si tengo que ser completamente sincera conmigo misma, una parte de mí agradece esta oportunidad. Durante toda la semana he estado evitando quedarme a solas con Sloane, consciente de que algo empieza a cambiar entre nosotras. Algo que me aterra y me atrae a partes iguales.

—¿Nerviosa? —pregunta, apoyada contra la ventanilla del teleférico con esa sonrisa que solía derretirme cuando teníamos veinte años.

—Solo curiosa —miento, aunque el sudor de mis manos dentro de los guantes me delata—. He leído que las vistas desde aquí arriba son espectaculares.

—Lo son. No has visto nada igual, te lo aseguro —asiente —. Especialmente al atardecer.

Nuestras miradas se cruzan un instante y siento ese familiar cosquilleo en la parte baja del vientre que no había sentido desde hacía años. La forma en que me mira, como si estuviese memorizando cada detalle de mi rostro, me transporta directamente a nuestros días de universidad.

—Sloane... —susurro, pero ella desvía la mirada hacia las montañas.

—Ya casi llegamos —anuncia, aunque percibo cierta tensión en su voz.

El restaurante emerge ante nosotras como algo sacado de un sueño, colgado entre las nubes. Una estructura de cristal y acero que parece flotar sobre las montañas, desafiando la gravedad. A medida que el teleférico se acerca, puedo ver los enormes ventanales que prometen unas vistas insuperables del valle nevado que se extiende muy abajo.

—Dios mío —suspiro—. Esto es increíble.

—River ha cuidado cada pequeño detalle de este lugar —comenta Sloane mientras las puertas del teleférico se abren—. Es como su bebé, ¿sabes? ¿Qué te parece? —pregunta al tiempo que me guía hacia la entrada del restaurante.

—Que tu hermana es un genio. Esto es... es arte.

El interior de The Peak me deja sin palabras. Las ventanas panorámicas crean la ilusión de que estamos suspendidas en el aire. La decoración es elegante y al mismo tiempo cálida, con toques rústicos que recuerdan el entorno montañoso sin perder la sofisticación de un restaurante de alta cocina.

—River ha preparado nuestra mesa en el comedor privado. Desde allí se tienen las mejores vistas —indica Sloane, señalando con la barbilla hacia una puerta que permanece cerrada.

Por supuesto que lo ha hecho. Ahora ya estoy segura de que es una emboscada.

Nos sentamos frente a los enormes ventanales y por unos instantes, me olvido hasta de respirar. Las montañas se extienden hasta el infinito, bañadas por la luz dorada de la tarde. El valle se despliega muy abajo como un lienzo blanco salpicado por los tejados nevados del pueblo.

—Es... es como estar en el cielo —siseo, apoyando la palma de la mano contra el cristal.

—¿Te acuerdas de aquella vez en la universidad? —pregunta de pronto—. Cuando fuimos a esquiar a Vail y subimos desde Lionshead Village hasta la cima. Dijiste algo parecido.

El recuerdo me golpea como una bofetada. Vail. Nuestro primer viaje juntas. Pasamos unos días perfectos esquiando, riéndonos, haciendo el amor, descubriendo que lo que sentíamos la una por la otra no era tan solo amistad, sino una pasión que apenas podíamos contener.

—Me dijiste que querías vivir en las montañas para siempre —continúa, y su voz se vuelve casi un susurro—. Que las ciudades te agobiaban.

—Y tú me dijiste que construirías para mí una cabaña en la cima más alta que encontrásemos —añado, sorprendiéndome a mí misma al recordar cada detalle de esa conversación—. Que viviríamos de la nieve y del aire puro.

—Éramos muy jóvenes —sonríe, aunque puedo notar la nostalgia en sus ojos.

—Muy jóvenes y muy ingenuas. Luego, la vida interrumpió todos esos sueños.

Nos quedamos un buen rato en silencio. Ninguna de las dos seguras de querer avanzar en esa dirección, aunque una parte de mí suplica que lo haga.

—¿Cómo se lo están pasando los niños? —pregunta Sloane en un intento de regresar a un terreno más seguro que los recuerdos de aquella época.

—Lo están pasando… mucho mejor de lo que esperaba —confieso—. Este lugar les está haciendo mucho bien. Ana Sofía está obsesionada con el esquí, y Theo... Theo ahora sonríe más. Hace mucho que no le veía tan relajado.

—Silver Peaks tiene ese efecto en la gente —comenta—. Harper siempre dice que es un lugar mágico. Como si estas montañas pudiesen curar el alma.

Apenas puedo concentrarme en el sabor del primer plato. Unas vieiras sobre crema de calabaza asada, decoradas con unas hojas que parecen pequeñas obras de arte y acompañadas de un excelente vino blanco. El sabor es extraordinario, pero me llama demasiado la atención cómo se curvan los labios de Sloane sobre el tenedor o el recuerdo de sus dedos dentro de mí.

—River experimentó durante meses para conseguir esta textura —me cuenta—. Dice que cada plato debe contar una historia.

—¿Y qué historia cuenta este?

—Espera, que lo tengo apuntado —confiesa, sacando el teléfono móvil para leer el texto—. Es el primer deshielo de la primavera. La suavidad de la nieve que se derrite mezclada con la promesa de algo nuevo que está por venir.

Mierda.

Esas palabras me llegan directamente al corazón. Porque es exactamente lo que siento ahora mismo. Es como si algo en mi interior se estuviese derritiendo después de años. Como si algo nuevo estuviese a punto de emerger, aunque todavía no me atreva a ponerle nombre.

River se lo ha dejado todo demasiado bien preparado. Ahora entiendo por qué tenía esa fama de volver loca a cualquier mujer.

Y cuando llega el plato principal; cordero cocinado a baja temperatura con puré de trufa negra, Sloane se aventura a adentrarse en un territorio más personal.

—¿Eres feliz en Colorado? —pregunta de pronto, mientras me sirve una copa de vino tinto.

—No sabría decirte —reconozco—. Creo que la respuesta rápida es no. ¿Y tú? ¿Eres feliz aquí?

—Estoy empezando a serlo —susurra, cogiendo mi mano por encima de la mesa.

El sol comienza su descenso detrás de las montañas mientras terminamos el plato de cordero. Los colores del cielo cambian del azul al dorado, más tarde al naranja y finalmente a un rosa suave que se refleja en la nieve como si toda la montaña estuviese bañada en la luz de un millón de velas.

—Ven —suspira Sloane, levantándose y extendiendo su mano—. Desde la terraza se ve mucho mejor.

El contacto envía una descarga eléctrica por todo mi cuerpo, y por la forma en que sus dedos se tensan alrededor de los míos, sé que ella también lo ha sentido.

La terraza de The Peak es una maravilla de la ingeniería. Protegida del viento, pero completamente abierta a las vistas, nos permite contemplar el espectáculo del atardecer sin las barreras del cristal. El aire frío me hace tiritar, pero las caricias en la parte baja de mi espalda que recibo a continuación, consiguen que de pronto, las bajas temperaturas dejen de importarme.

—Joder —mascullo entre dientes cuando el sol comienza a desaparecer detrás de los picos más altos.

El cielo se transforma en un lienzo de colores imposibles. Rojos profundos se mezclan con naranjas brillantes y rosas suaves, mientras las primeras estrellas comienzan a titilar tímidamente en la distancia. Las montañas se recortan como siluetas oscuras contra esta sinfonía de luz, y por un momento, el mundo entero parece contener la respiración.

—Esto es… lo más bonito que he visto nunca —admito con un susurro.

—Mejora mucho estando a tu lado —agrega Sloane y cuando me giro hacia ella, descubro que no está mirando el atardecer. Me está mirando a mí.

—Sloane… por favor —siseo, pero no sé qué más decir.

—¿Alguna vez te preguntas qué habría pasado? —inquiere en voz baja—. Si yo no hubiese sido tan gilipollas... si te hubiese elegido a ti y no a los Juegos Olímpicos.

—Muchas veces —confieso antes de pensar en lo que acabo de decir.

—Yo me lo pregunto cada día —reconoce, colocando las manos en mi cintura y acercándose a mí.

Sé que debería apartarme, dar un paso atrás, mantener las distancias. Pero no puedo. Es como si estuviese hechizada por su cercanía, por la intensidad de esa mirada, por la forma en que sus manos se aferran a mi cintura.

—Esme... —susurra mi nombre como si fuese lo más hermoso del mundo.

Se acerca más y puedo sentir el calor de su cuerpo a pesar del aire helado. Suelta una mano para acariciar mi mejilla,

y cierro los ojos al sentir el contacto de su piel contra la mía.

—No hago esto desde que... —empiezo a decir, pero me detengo.

—Lo sé —responde, acercándose hasta apoyar su frente sobre la mía.

Permanecemos así durante unos instantes que parecen eternos. Mi corazón se acelera recordando su piel desnuda contra la mía, el calor de su sexo cuando estaba excitada, aquellos pequeños gemidos que me volvían absolutamente loca.

Cierra los ojos lentamente y puedo sentir su aliento contra mi piel. Mi cuerpo responde de maneras que ya casi había olvidado, cada terminación nerviosa entre mis piernas deseando mucho más.

Pero una fuerte ráfaga de viento me da la excusa perfecta para separarme. No tiene sentido recuperar por tan solo unos días algo que sé que no continuará.

—Será mejor que entremos, se está levantando mucho viento —sugiere Sloane, tratando de forzar una sonrisa, aunque puedo observar que está claramente decepcionada.

Dentro del restaurante, nos quitamos los abrigos con movimientos torpes, evitando mirarnos directamente a los ojos. Queriendo negar, sin conseguirlo, lo que acabamos de sentir en esa terraza.

—¿Qué ocurre? —pregunto, mirando hacia las enormes ventanas.

—Se ha levantado una tormenta —explica—. A veces, el tiempo cambia muy rápido en Silver Peaks.

—Los niños —suspiro, levantándome de un salto—. Tengo que volver.

—Están con mis hermanas. Ya habrán regresado al resort hace horas. Están seguros, tranquila.

Pero no puedo estar tranquila. La imagen de mis hijos perdidos en una tormenta, asustados, es mucho más de lo que puedo soportar. Por suerte, el teléfono de Sloane suena justo en ese instante.

—River, menos mal. ¿Estáis...? —hace una pausa, escuchando—. Sí, nosotras estamos bien. ¿Los niños...? Perfecto. ¿Cuánto tiempo...? Entiendo.

Cuelga y se gira hacia mí con una expresión que es mezcla de alivio y de algo más.

—Los niños están perfectamente. Pasarán la noche con Lumi en el ático de Harper. River se quedará con ellos, así que probablemente no dormirán; jugarán toda la noche a la consola y contarán historias absurdas.

—Joder —murmuro, llevándome una mano al pecho.

—Pero... —continúa Sloane—. No podemos bajar esta noche. Las ráfagas de viento son demasiado fuertes para el teleférico. No es seguro.

—¿Qué quieres decir?

—Que debemos pasar la noche aquí —responde, tratando de evitar mi mirada—. River dice que hay mantas y un colchón hinchable en la despensa para este tipo de emergencias. También linternas por si se va la luz. Mientras nos quedemos dentro, estaremos totalmente al seguro.

Mi corazón se salta varios latidos.

Solas.

Vamos a pasar la noche solas. En un restaurante en la cima de una montaña, rodeadas por una tormenta de nieve.

Después de lo que casi pasó en la terraza.

—¿Estás... estás bien con esto? —pregunta, haciendo un gesto indeterminado con el dedo a nuestro alrededor, aunque observo el nerviosismo en sus ojos.

Prefiero no responder. Una parte de mí está aterrada por lo que podría pasar. Mi cuerpo me recuerda que dormiremos juntas tras once años de separación y cierta zona entre mis piernas parece estar muy emocionada con esa oportunidad. Mi mente, en cambio, chilla que ya no soy una estudiante universitaria, sino una adulta y, para colmo, madre de dos hijos. Y algo me dice que si me acuesto con Sloane, me arrepentiré al día siguiente.

—Supongo que no tenemos elección —admito, encogiéndose de hombros.

—Supongo que no —repite, aunque no parece molestarle la situación.

Capítulo 10

Esme

El colchón hinchable hace un ruido extraño contra el suelo en el momento en que Sloane me arropa con la segunda manta.

—¿Mejor así? —susurra, ajustándola alrededor de mis hombros.

—Perfecto —le aseguro, aunque estoy convencida de que mi corazón se ha saltado varios latidos.

A pesar de la tormenta, la luz de la luna crea un ambiente quizá demasiado íntimo que consigue que todo parezca un sueño. O una pesadilla, depende de cómo se mire. Todavía no estoy muy segura de cuál de las dos opciones prefiero.

Me giro hacia el lado contrario y le doy la espalda. Es una defensa patética, lo sé, pero necesito poner algún tipo de barrera entre nosotras. Aunque sea algo tan frágil como cambiar de posición en un colchón que apenas mide un metro de ancho.

—¿Estás cómoda? —murmura mientras se tapa ella también con la manta.

—Sí —miento—. Es solo que tengo mucho sueño.

Cómoda. Joder, qué palabra más estúpida.

No hay nada de cómodo en esta situación. Estoy acostada junto a la mujer que me rompió el corazón hace once años. Estamos a solas en un restaurante en lo alto de una montaña, rodeadas de una jodida tormenta de nieve. Y lo peor de todo es que cada fibra de mi ser está gritando que me dé la vuelta y le quite la ropa a mordiscos.

Escucho cómo su respiración se vuelve poco a poco más profunda y el sonido me transporta a esas noches de universidad en las que solíamos quedarnos dormidas una al lado de la otra después de estudiar hasta tarde. Aquellos tiempos en

los que el mundo era nuestro y el futuro no era más que una promesa esperando ser cumplida.

Ahora, el futuro parece más bien una mierda. Al menos para mí. Los gemelos cada vez necesitarán más tiempo y más dinero. Sé que me esperan años muy duros.

Cierro los ojos e intento concentrarme en sonidos más neutros. En el viento que aún azota las ventanas. El leve zumbido del sistema de calefacción. Cualquier cosa que no sea la respiración de Sloane o la forma en que el colchón se hunde ligeramente hacia su lado.

Pero entonces, mi pie izquierdo roza accidentalmente su pantorrilla.

El contacto es mínimo, casi imperceptible, aunque me pone demasiado nerviosa. Me tenso de inmediato y finjo estar profundamente dormida mientras retiro la pierna como si me hubiese quemado.

Su respiración no cambia, sigue instalada en ese ritmo profundo y pausado del sueño, pero ahora soy aún más consciente de cada pequeño movimiento. Cada vez que se gira ligeramente. Cada vez que suspira en sueños. Cada vez que el colchón cruje bajo su peso.

Es una tortura.

Una tortura exquisita, porque mi nivel de excitación comienza a estar por las nubes.

Las horas pasan con lentitud. Cada vez que estoy a punto de quedarme dormida, algún sonido o movimiento me recuerda que estoy junto a Sloane, en un colchón en el que apenas cabemos las dos y vestidas tan solo con la ropa interior y una camiseta.

A las tres de la mañana, me rindo al insomnio y simplemente me quedo observando el techo. Y son esos momentos de quietud absoluta los que me aterran. Cuando mi mente comienza a divagar por territorios peligrosos.

Giro el cuello y se la ve tan tranquila a mi lado que apetece besarla. Joder, está preciosa. Los labios entreabiertos, el pelo revuelto sobre la almohada improvisada que hicimos con

nuestras chaquetas. Parece tan diferente de la mujer hiper competitiva que conocí en la universidad.

¿Habría funcionado? Si ella hubiese elegido de un modo diferente hace once años, ¿habríamos durado como pareja?

La pregunta me duele. Una parte de mí, una que he intentado silenciar durante años, sigue creyendo que sí. Que lo que teníamos era real, que valía la pena haber hecho cualquier sacrificio por intentarlo.

Pero mi vida ahora es muy diferente.

Soy madre. Soy viuda. Tengo responsabilidades que van mucho más allá de mis propios deseos. Ana Sofía y Theo han perdido ya a su padre. ¿Cómo reaccionarían si de pronto aparece una mujer en nuestras vidas? ¿Verían a Sloane como alguien que intenta ocupar el lugar de Luis? ¿O peor aún, como alguien que viene a arrebatarles la atención de su madre?

Y luego está el trabajo. La oferta de ser socia en el despacho de Denver es todo lo que he soñado durante años, la oportunidad de establecerme profesionalmente, de darles a mis hijos la estabilidad económica que se merecen.

¿Podría pedirles que se muden a Montana? ¿Que dejen atrás a sus amigos, su escuela, los pocos recuerdos físicos que conservan de su padre? ¿Todo por la posibilidad, de ningún modo la certeza, de intentar algo con Sloane?

Algo que quizá no funcione…

Es demasiado. Demasiados cambios, demasiados riesgos, demasiadas incógnitas.

Mi corazón dice una cosa. Mi cabeza dice otra completamente diferente.

Y entre medias estoy yo, paralizada por la indecisión, observando dormir a la mujer que podría haber sido el amor de mi vida si las circunstancias se hubiesen presentado de otro modo.

***

Esa mañana, me despierto con la extraña sensación de que algo ha cambiado durante la noche.

Con el sueño, tardo unos segundos en procesar qué es lo que se siente diferente, hasta que me doy cuenta de que hay un cuerpo presionando mi espalda. Un brazo que rodea mi cintura. Una mano peligrosamente cerca de mis pechos.

Sloane duerme haciendo una cucharita conmigo como cuando estábamos en la universidad.

Y lo peor es que se siente bien. Se siente natural.

Demasiado natural.

Y es en ese instante cuando me doy cuenta de que estoy excitada. Muy excitada. Que mi cuerpo está respondiendo a su cercanía de un modo que había olvidado por completo. El calor se extiende desde mi vientre hacia abajo, y tengo que morderme el labio para no gemir cuando deslizo un dedo entre mis piernas.

Esto no puede estar pasando.

Trato de alejarme con cuidado, de deslizarme fuera de su abrazo sin despertarla. Necesito ir al baño y acabar con esta sensación, pero golpeo accidentalmente su brazo.

—¿Mmm? —Sloane se despierta, abre los ojos con pereza y tarda unos segundos en procesar nuestra posición.

Cuando se da cuenta, se separa de mí tan rápido que casi cae rodando fuera del colchón.

—Joder, lo siento —se disculpa, escondiendo el rostro entre las manos—. No quería… de verdad, no me di cuenta de que mi mano…

—No pasa nada. Estabas dormida.

—Sí, pero... mierda, Esme, no quiero que te sientas incómoda. Te juro que no era consciente de que…

—Tranquila, de verdad —susurro, cogiendo su mano entre las mías para apretarla.

—¿Café? —pregunta, seguramente para intentar olvidarse de lo ocurrido.

—Estaría bien —suspiro.

Pero cuando se levanta, mi corazón se salta varios latidos y me olvido hasta de respirar. La camiseta que lleva puesta muestra demasiado los pezones y al estirar los brazos hacia

arriba para desperezarse, revela unas bragas negras de encaje que tapan menos de lo que sería conveniente. Mierda.

Aparto la mirada de inmediato, como si fuese una adolescente a la que sus padres la han pillado en algo prohibido. Y, a juzgar por su sonrisa y cómo se ha ruborizado, creo que Sloane se ha dado cuenta.

—La tormenta ha pasado —anuncio, tratando de disimular mientras desvío la vista a la ventana.

—Eso parece. Aunque probablemente tendrán que revisar el teleférico antes de que podamos bajar. Tardarán un rato, es muy temprano —explica—. ¡Mira! —susurra de pronto, acercándose con dos tazas de café recién hecho.

Me giro para ver qué ha captado su atención y me quedo sin respiración.

—River siempre dice que el amanecer desde The Peak es aún mejor que el atardecer, pero reconozco que nunca lo había visto, ya sabes que me cuesta madrugar —confiesa Sloane, colocándose detrás de mí.

Y tiene razón, porque observar el amanecer a tres mil metros de altura trasciende cualquier descripción. El sol va bañando cada una de las montañas, empezando por las más lejanas, y todo el valle se extiende bajo nosotras como un lienzo blanco e inmaculado.

—Es...

—Perfecto —susurra Sloane junto a mi oído.

—¿Te acuerdas aquella mañana en Suiza cuando me acompañaste a una competición? Dijiste que era como si el universo entero fuese nuestro.

—Éramos muy jóvenes —le recuerdo.

—Éramos felices —corrige—. Muy felices… hasta que la cagué. Y ahora me arrepiento cada día de ello.

Se pega a mi espalda y puedo sentir sus pechos presionando a través de la camiseta. Ojalá se hubiese puesto un sujetador, porque tengo que hacer un esfuerzo para no inclinarme hacia atrás y besarla.

—Sloane... —suspiro, aunque ya no sé muy bien si es una advertencia o una súplica.

No responde, pero apoya las manos en la ventana a ambos lados de mi cuerpo sin llegar a tocarme y nuestro reflejo en el cristal proyecta una imagen tan íntima que debo apartar la mirada.

Se estira como una gata, fingiendo que está desperezándose, pero ambas somos demasiado conscientes de lo que esos roces provocan en nuestros cuerpos. Su respiración se ha vuelto más errática y cada vez que siento sus pezones endurecerse contra mi espalda a través de la fina tela de la camiseta, debo luchar para que no se me escape un gemido.

Es un juego peligroso. Demasiado peligroso. Ambas lo sabemos. Cada roce, cada respiración, cada segundo que permanecemos en esta posición nos acerca más a un punto en el que no hay vuelta atrás.

—¿Crees que el teleférico estará listo? —inquiero en un desesperado intento de romper el hechizo.

—Mmm —murmura contra mi cuello y el sonido vibra como si fuese una caricia.

Se estira de nuevo, fingiendo querer alcanzar su taza de café que debe estar ya más que frío. Se arquea contra mi cuerpo, lenta y sensual, y debo hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para detenerla.

—Sloane…

—¿Qué?

—Sabes perfectamente qué —respondo, girándome para mirarla a los ojos.

Error.

Terrible error.

Porque ahora estamos cara a cara, separadas por apenas unos centímetros, y conozco demasiado bien ese deseo en su mirada.

—Esme... —susurra, desviando ligeramente los ojos hacia mis pezones.

—No. No podemos.

—¿Por qué no? —inquiere, acercándose un centímetro más y colocando las manos en mi cintura.

—Porque... porque es muy complicado.

—La vida es complicada —responde—. Pero eso no significa que no valga la pena.

Por un momento me permito disfrutar del contacto. Me atrae hacia ella con una ternura que me parte el corazón, y cuando cierro los ojos, imagino que somos aquellas chicas de veinte años que se juraron amor eterno.

Pero no lo somos.

—Tengo hijos, Sloane —susurro, abriendo los ojos de golpe—. Ellos son mi prioridad. No puedo... no puedo arriesgar su estabilidad por esto.

—¿Por esto? —repite con dolor.

—No lo sé —admito dejando escapar un largo suspiro—. No sé lo que somos. Tampoco sé lo que podríamos llegar a ser. Y precisamente por eso no me puedo arriesgar.

—Está bien, lo entiendo —expone, apartándose de mí con lentitud, aunque puedo ver que está dolida.

El sol ha salido por completo. Baña las montañas de Silver Peaks con una luz que hace que todo parezca menos real, como si fuésemos personajes en un sueño que está a punto de acabar.

Y quizá lo somos.

Porque cuando suene el teléfono, cuando anuncien que el teleférico funciona de nuevo, cuando regresemos al hotel, esto se convertirá en otro "¿qué habría pasado si…?" que añadir a nuestra lista.

Encerrada en el baño para que no me vea llorar, me rompo por dentro.

Es demasiado doloroso darse cuenta de que mis sentimientos por Sloane no han desaparecido. Es como si hubiesen estado tan solo dormidos, esperando por si un día aparecía de nuevo en mi vida.

Ese día ha llegado, y ahora no sé qué hacer.

Mi amor por Luis era muy diferente a lo que sentía por Sloane. Ni mejor ni peor, simplemente distinto. Con él se trataba de construir algo sólido, una vida predecible y estable donde criar a nuestros hijos. Era un amor maduro, tranquilo, basado en el respeto y en los objetivos que compartíamos.

Con Sloane siempre fue fuego. Pasión, intensidad, esa sensación de que juntas podríamos conquistar el mundo o hacerlo arder por completo. Era un amor casi adolescente en el mejor de los sentidos.

Pero ahora soy una mujer muy distinta. No puedo permitirme el lujo de elegir el amor. No cuando tengo dos hijos pequeños que dependen de mí para todo.

Golpeo la pared y lloro por todo lo que he perdido. Por Luis, por los sueños que compartimos y que desaparecieron tras su muerte. Por Sloane, por lo que fuimos y lo que podríamos haber sido. Por mí misma, por la mujer que solía ser antes de que la responsabilidad y el dolor me cambiasen para siempre.

Y lloro al darme cuenta de algo terrible: que no voy a aceptar ninguna de las dos oportunidades que se me presentan. Ni la oferta de trabajo en Denver, ni la posibilidad de tener algo con Sloane. Elegiré la seguridad de lo conocido, de mantener las cosas justo como están. Y lo haré solo porque es lo más fácil. Porque cambiar, hacer cualquier tipo de cambio, requiere un valor que ya no estoy segura de poseer.

Y eso es lo que me parte el corazón más que cualquier otra cosa.

Porque significa que he dejado que el miedo gane. Que he elegido la supervivencia por encima de la vida.

Y no sé si algún día podré perdonarme por ello.

Capítulo 11

Sloane

El portazo resuena en todo mi apartamento cuando regreso de The Peak. Me dejo caer en el sofá sin ni siquiera quitarme las botas, todavía procesando lo que acaba de pasar allá arriba.

—Joder —mascullo entre dientes, pasándome las manos por la melena—. He sido una imbécil.

Abro una botella de vino tinto y la bebo directamente, sin utilizar una copa o preocuparme de los modales. El Cabernet Sauvignon me quema al bajar, pero no tanto como la humillación que siento en el pecho. Por un momento, por un jodido momento, pensé que Esme estaba a punto de darme una segunda oportunidad. La forma en que me miraba durante la cena, el modo en que sus mejillas se sonrojaron cuando nuestros ojos se encontraban, la manera en que sus dedos temblaron ligeramente al coger la copa de vino.

Y luego, cuando le sugerí que podríamos intentar algo... su respuesta fue tan clara como una bofetada.

"Tengo hijos, Sloane. No puedo arriesgar su estabilidad por esto."

Cierro los ojos y dejo escapar una risa amarga. Es una ironía del destino. Hace once años fui yo quien no quiso complicarse la vida. Fui yo quien eligió mi preparación para los Juegos Olímpicos por encima de ella. Yo quien pensó que Esme siempre estaría ahí esperando por si algún día decidía volver.

Ahora es ella la que me está devolviendo la moneda y eso me duele aún más, porque entiendo cómo se sintió cuando la dejé.

El teléfono vibra sobre la mesa y el nombre en la pantalla consigue que mi corazón se acelere antes incluso de abrir el mensaje.

Esme: ¿Te apetece dar clases de esquí mañana? Los gemelos están emocionados.

Leo el mensaje tres veces. Me permite enseñar a sus hijos, pero no formar parte de su vida.

Mantengo los dedos a medio camino sobre el teclado. Sería muy fácil decirle que no. Podría mantener las distancias, asignar a otra monitora y desaparecer unos días hasta que se marche de aquí. Quizá sería mejor proteger mi corazón antes de caer más profundo en este pozo.

Yo: Por supuesto. Todas las clases que quieran. Os veo a las 10 en la base de la pista verde.

Porque soy una masoquista.

O una jodida imbécil.

O porque no puedo resistirme a estar cerca de ella, aunque sepa que no tengo ninguna oportunidad.

***

La mañana llega demasiado pronto, justo cuando había conseguido conciliar el sueño tras una noche repleta de recuerdos del pasado.

Me paso casi una hora eligiendo qué ponerme, como si el color de mi traje de esquí fuese a cambiar algo.

—Eres idiota —me digo a mí misma frente al espejo—. Son clases de esquí para niños, nada más.

Pero cuando Ana Sofía y Theo aparecen en la base de la pista, con sus caritas llenas de ilusión y Esme me saluda sonriendo desde la terraza del hotel, sé que me estoy engañando.

—¡Sloane! —chilla la niña, corriendo hacia mí como una pequeña bola de energía—. Mamá nos ha dicho que hoy aprenderemos a hacer giros más avanzados.

—Eso está por ver —sonrío, ajustando su casco y tratando de no desviar la mirada hacia el lugar desde donde su madre nos observa—. Primero tenemos que calentar esas piernas. ¿Habéis desayunado bien?

—Cruasanes y chocolate caliente —responde Theo con una sonrisa tímida—. De los que hace River.

—Perfecto. Necesitaréis mucha energía para la clase de hoy.

Durante la primera hora de clase, consigo mantener la distancia profesional. Me centro en enseñar la técnica correcta, en corregir la postura, en asegurarme de que los gemelos se sienten seguros sobre los esquís.

Ana Sofía es valiente hasta la temeridad, me recuerda a mi sobrina Lumi. Se lanza pendiente abajo sin ningún tipo de miedo. Theo es más cauteloso, lo analiza todo.

Por momentos, casi olvido la tensión del día anterior en The Peak.

Casi.

—¿Por qué tu hermana River cocina tan bien? —pregunta Ana Sofía durante un descanso, mientras beben chocolate caliente de sus termos.

—Porque le encanta cocinar y ha practicado mucho.

—¿Como tú con el esquí? —interrumpe Theo.

—Exacto.

—¿Has esquiado desde que eras pequeña? —insiste Ana Sofía.

—Sí, más o menos desde que aprendí a caminar —respondo—. Mi padre nos ponía esquís en cuanto podíamos mantenernos en pie.

—¿Eras mejor que tus hermanas?

—¿Esto es un interrogatorio o es que no tenéis ganas de seguir con la clase? —bromeo, pegando un golpe cariñoso en el casco de la niña.

—No has respondido.

—Era la más temeraria, desde luego —admito, encogiéndome de hombros con una sonrisa—. Siempre intentaba bajar pistas que estaban por encima de mi nivel. River solía decir que tenía más cicatrices que neuronas en el cerebro.

Los gemelos dejan escapar una carcajada y me doy cuenta de lo fácil que es hablar con ellos.

Es durante el siguiente descanso cuando todo cambia.

—¿Estás bien? —pregunto al darme cuenta de que Ana Sofía está más callada de lo que es habitual en ella.

La niña hace girar el chocolate en su termo, evitando mi mirada.

—Mamá lloró anoche —suspira.

Las palabras me golpean como si me atropellase un tren de mercancías.

—¿Lloró? —repito.

—La escuchamos desde nuestra habitación —añade Theo con esa voz tan seria que pone cuando habla de cosas importantes—. No lo hace muy a menudo, pero creo que esta vez era diferente.

—¿Diferente cómo?

—No es como cuando echa de menos a papá —explica Ana Sofía, que por un momento parece una adulta—. Esas lágrimas las conocemos bien. Ayer era... no sé. ¿Más complicado?

Se me cae el alma a los pies. La imagen de Esme llorando sola en su habitación me rompe por dentro, sobre todo, sabiendo que quizá yo tengo algo que ver con esas lágrimas. Que quizá, cuando le sugerí que podríamos intentar algo, removí sentimientos que ella preferiría mantener enterrados.

—¿Pasó algo cuando estuvisteis en The Peak? —pregunta Theo de pronto—. Porque mamá estaba muy contenta el día anterior. Lo más contenta que la he visto desde... bueno, desde antes de que papá muriese.

—Y luego ayer, de repente, estaba triste otra vez —continúa su hermana encogiéndose de hombros.

—Creo que vuestra mamá está pasando por muchas cosas últimamente —respondo con cuidado—. A veces los adultos... bueno, la vida es complicada, ya os daréis cuenta más adelante.

—¿Te gusta? —pregunta Ana Sofía de manera directa, dejándome sin aliento.

—¿Qué has dicho?

—Mamá. ¿Te gusta mamá?

Se me cae al suelo el termo de chocolate caliente.

—Ana Sofía… Yo…

—Porque a nosotros nos gustas tú —interrumpe de nuevo—. Eres divertida. Y haces reír a mamá. Y mamá te mira del mismo modo en que miraba a papá.

La mención de su padre me deja temblando. Estoy segura de que fue un buen hombre. Alguien que quería lo mejor para su familia y que ha dejado un vacío imposible de llenar. Y aquí estoy yo, complicando la vida de su viuda cuando ella tan solo quiere seguir adelante y educar a sus hijos lo mejor posible.

—Si mamá fuese feliz de nuevo …eso estaría bien —agrega Theo, bajando la voz.

—Sí, claro, por supuesto que estaría bien —respondo con cuidado—. Todos queremos que sea feliz, ¿verdad? Y vuestro papá, si puede verla, también querría que fuese feliz.

—Entonces, ¿por qué todo es tan complicado con los adultos? —insiste Ana Sofía.

No tengo respuesta para eso. Al menos, no una que pueda compartir con dos niños de ocho años que han perdido a su padre y que ven cómo su madre lucha por encontrar un equilibrio en su vida.

Un equilibrio que yo amenazo tan solo con estar aquí.

El descanso se hace mucho más largo de lo normal. Comparto con ellos historias sobre Silver Peaks, sobre las tradiciones familiares, sobre las carreras que solía hacer con mis hermanas cuando éramos pequeñas. Los gemelos escuchan con atención, haciendo preguntas y riéndose con mis anécdotas.

Y con cada una de esas historias, con cada sonrisa de los niños, me doy cuenta de que me estoy adentrando en un territorio muy peligroso. Me estoy encariñando. No solo de Esme, sino también de los peques. Y sé que cuando se marchen lo voy a pasar muy mal.

—No quiero volver a Colorado. Estoy mejor aquí —suelta Ana Sofía.

—Esto es muy bonito, pero vuestra mamá tiene allí su trabajo —le explico.

—¿Y no puede trabajar aquí? —insiste Theo—. En Silver Peaks también hay abogados, ¿verdad?

—Bueno… hay muchos menos abogados que en Denver, de eso estoy segura. Este sitio es muy pequeño y vive del turismo. Es…

—Ya… complicado —suspira Ana Sofía, poniendo los ojos en blanco de manera dramática.

Y tiene razón. Todo es jodidamente complicado. Sobre todo, cuando le he hecho tanto daño a Esme que jamás me abrirá su corazón de nuevo.

***

Esa noche, decido pasar por el bar del hotel con la esperanza de encontrarme con ella. Para disculparme, para aclarar las cosas, para... algo.

Y allí está.

Sentada sola en una mesa junto a la chimenea, con una copa de vino blanco que apenas ha tocado, observando las llamas con una expresión mitad pensativa, mitad melancólica.

—¿Te importa si me siento? —susurro.

—Adelante —responde, señalando la silla vacía a su lado —. ¿Cómo han estado los gemelos hoy?

—Increíbles.

—Les encantas, ¿sabes? No han parado de hablar de ti en toda la tarde.

—Son unos niños especiales.

—Sloane, sobre lo de ayer... —empieza, pero la interrumpo, levantando una mano.

—Espera, déjame hablar primero. Lo siento mucho, de verdad. Apenas he podido dormir. No debería haber... no debería haber intentado nada. Tienes razón, bastante tienes ya con sacar adelante a tus hijos tú sola.

Me clava la mirada y, de pronto, no tengo muy claro si acabo de meter la pata, porque juraría que en sus ojos hay decepción.

—Es irónico, ¿verdad? —añado con una sonrisa amarga —. Hace once años fui yo quien no quiso complicaciones. La que puso su carrera deportiva por encima de... de nosotras.

—Sloane…

—No, es cierto. Y ahora eres tú quien no quiere complicarse la vida. Y tienes todo el derecho del mundo, de verdad. Lo entiendo.

Se queda callada durante demasiado tiempo. Haciendo girar la copa entre las manos, observando cómo el vino refleja la luz del fuego.

—Tengo que tomar una decisión —dice de pronto—. Sobre la oferta de trabajo en Denver.

—¿Cuándo?

—Esta semana. Como muy tarde.

—Es una gran oportunidad. Si consigues que los niños se adapten a tener un poco menos de tiempo contigo, me parece muy bueno para vuestro futuro.

—Lo es —suspira—. Ser socia en un bufete prestigioso, establecerme profesionalmente, darles a los niños una estabilidad económica…

—Suena perfecto.

De nuevo, esa mirada que no logro identificar, pero que cada vez se parece más a la decepción.

—¿Por qué tienes que hacer esto tan fácil? —suelta de repente, tras dejar escapar un largo suspiro.

—¿Hacer fácil qué?

—Dejarme ir. Otra vez —añade con un bufido mientras se muerde el labio inferior con un gesto de dolor.

—¿Y qué quieres que haga, Esme? —pregunto confusa—. Ayer me dejaste muy claro que no querías complicaciones. ¿Quieres que luche por algo que tú misma has dicho que no quieres?

—No lo sé —admite, y sus ojos se llenan de lágrimas—. No sé lo que quiero.

—No entiendo nada.

—Ya, ese es el problema, Sloane, que no entiendes nada —espeta, levantándose de la mesa y dejándome junto a su copa de vino a medio beber.

Capítulo 12

Esme

—Vete a la mierda, Sloane Merriweather —mascullo entre dientes, tirando el móvil sobre la cama con tanta fuerza que rebota contra la pared.

El impacto no consigue calmar mi rabia. Me paso las manos por la melena, caminando de un lado a otro de la suite como una leona enjaulada. El mensaje de Sloane sigue resonando en mi cabeza como una bofetada: *"clases suspendidas por el mal clima. Así, tendrás más tiempo para pensar sobre la oferta que te han hecho en ese despacho de abogados."*

Así tendrás más tiempo… Será gilipollas, joder.

Anoche, cuando nos encontramos en el bar, tenía la esperanza de que luchase por mí. Que me dijese que no me fuera a Denver. Pensé que diría que encontraríamos algún modo de hacer que lo nuestro funcionase… aunque ni siquiera sé qué es "lo nuestro".

Por algún extraño motivo, imaginé que me prometería que construiríamos algo juntas en Silver Peaks si le daba una segunda oportunidad. Creí que me aseguraría que mis hijos serían felices aquí.

Como en los putos cuentos de hadas.

Pero la vida no es un cuento de hadas.

Al menos no para gente como yo.

Quizá sí lo sea para las hermanas Merriweather. Ellas pueden hacer lo que quieran con sus vidas. No se tienen que preocupar por el dinero, o por encontrar trabajo, o por sacar adelante a dos niños sin la ayuda de nadie. Sloane y sus hermanas nacieron con una fortuna que les permite el lujo de hacer lo que les dé la gana. Yo tengo que volver a Colorado y elegir entre darles a mis hijos una mejor oportunidad económica

sacrificando el tiempo que estaré con ellos, o pasar más tiempo juntos con menos dinero.

Todo es una gran mierda.

Y aunque no tenga mucho sentido, vuelvo a culpar a Sloane por ello.

—¿Mamá? —la voz de Ana Sofía me sobresalta desde la puerta de mi habitación y me devuelve a la realidad—. ¿Estás bien? Pareces enfadada por algo.

—Estoy bien, cariño —miento, tratando de forzar una sonrisa que no se refleja en mis ojos—. Solo estoy... organizando algunas cosas.

—¿Tenemos que irnos ya? —pregunta Theo, que aparece detrás de su hermana con una carita de preocupación que me parte el alma.

No puedo mentirles más. Han sido dos semanas maravillosas para ellos. Les he visto reír, correr, esquiar, ser niños sin la sombra constante de la pérdida de su padre. Y ahora debo arrancarles de lo que ellos consideran un paraíso y llevarles de vuelta a una realidad a la que ninguno de nosotros se quiere enfrentar.

—Dentro de dos días —suspiro, sentándome en la cama y abriendo los brazos para darles un abrazo—. Pero todavía nos queda mucha diversión, ¿no os parece?

—¿Por qué no podemos quedarnos más tiempo? —insiste Ana Sofía—. Aquí lo pasamos genial. Y Sloane es súper guay. Y River nos enseña a hacer galletas.

—Porque tengo trabajo en Colorado, peque. Y vosotros tenéis colegio.

—Aquí también hay colegios —protesta Theo—. Iríamos a la misma escuela que Lumi y nos presentaría a todos los niños. Dice que todo el pueblo la conoce.

Por supuesto que todo el pueblo la conoce. Lumi es la hija de Harper, y las Merriweather son prácticamente las dueñas de este pueblo tan perfecto donde todo es fácil y bonito y donde pueden pasarse meses y meses esquiando.

Por suerte, unos suaves golpes en la puerta interrumpen mis pensamientos autodestructivos.

—¿Esme? —la voz de River suena desde el pasillo—. ¿Podemos pasar?

Abro la puerta y me encuentro cara a cara con River y Anika, ambas con esa sonrisa perfecta que me hace sentir todavía peor.

—¿Cómo estáis, chicos? —saluda River, agachándose para estar a la altura de los gemelos—. Tengo una sorpresa para compensar lo de tener que suspender la clase de esquí.

—Ivy y Lumi os llevarán a las cuadras a ver a los caballos mientras vuestra mamá viene con nosotras al spa. ¿Qué os parece? —añade Anika, captando de inmediato la atención de los niños.

—¿Caballos? —pregunta Ana Sofía alzando las cejas y empezando a saltar de un pie a otro—. ¿Podemos montarlos?

—Uno de ellos es muy tranquilo, creo que podéis dar un paseo corto aunque haya nieve —explica River con un guiño de ojo.

Como era de esperar, los niños salen corriendo de la habitación antes de que pueda decir ni una sola palabra, dejándome a solas con River y Anika.

—No tenéis que hacer esto —murmuro—. Ya habéis hecho bastante.

—¿Hacer qué? —pregunta Anika—. ¿Intentar que disfrutes de tus últimos días aquí?

—No. Tenderme una trampa y llevaros a los niños para que me quede sola con vosotras. Supongo que tramáis algo.

—Esme —interrumpe River, cogiéndome suavemente del brazo—. Ven con nosotras, por favor. Te vendrá bien relajarte un poco.

Y solo porque estoy demasiado cansada para seguir discutiendo, porque una parte de mí necesita desesperadamente un momento de relax, acepto.

***

Como esperaba, el spa del hotel es espectacular. Todo mármol blanco, luces tenues y el sonido del agua cayendo desde pequeñas fuentes. Es el tipo de lujo al que no estoy acostumbrada, el tipo de lujo que me recuerda todo lo que no puedo darles a mis hijos.

—¿Primera vez en un spa? —inquiere River mientras entramos en un jacuzzi con vistas panorámicas a las montañas.

—No exactamente la primera vez, pero... no es algo que pueda permitirme muy a menudo —admito.

—Entiendo —asiente Anika—. Cuando empecé con mi empresa, vivía a base de café instantáneo y fideos precocinados. Cualquier tipo de lujo era impensable.

La observo a través del vapor. Anika, que ahora puede comprarse lo que quiera tras vender su empresa tecnológica. Anika, que tiene la libertad de elegir dónde vivir, con quién estar, qué hacer con su vida. Eso sin contar con que pronto se casará con River Meriweather que tiene aún más dinero.

—Debe estar bien —murmuro casi sin darme cuenta—. Tener esa libertad.

—¿Qué libertad? —pregunta River.

—La de elegir. La de poder hacer lo que os dé la gana sin preocuparos por las consecuencias prácticas.

De pronto, nos quedamos en un silencio demasiado incómodo. Anika y River se miran de vez en cuando mientras el vapor sigue subiendo, creando una neblina que me hace sentir como si estuviésemos en otro mundo.

—Esme —dice River al fin—, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Qué sientes realmente por mi hermana?

La pregunta me pilla por sorpresa. Del todo.

—No lo sé —admito con un largo suspiro—. Es decir... sí lo sé. Sigo sintiendo mucho por ella. Demasiado. Mucho más de lo que debería sentir tras once años, sobre todo, después de cómo acabaron las cosas entre nosotras.

—¿Te has planteado darle una segunda oportunidad? —insiste—. ¿Intentar algo juntas?

—Por un momento, sí —confieso, y decirlo en voz alta me duele mucho más de lo que esperaba—. La cena en The Peak y más tarde, pasar la noche juntas tras la tormenta. El amanecer. Todo eso despertó en mí sensaciones que creía olvidadas. Anoche, en el bar, estuvimos hablando un rato. Esperaba que... bueno, esperaba que luchase por mí. Un poco, al menos. Que intentase convencerme de que me quedase. Pero no lo hizo. Nada. Ni un poquito.

—¿Y eso qué significa para ti? —pregunta Anika, bajando la voz hasta hacerla casi un susurro por encima del chapoteo del agua.

—Que no ha madurado lo suficiente. Que sigue siendo la misma Sloane de hace once años, la que no quiere complicarse la vida —respondo con una punzada de amargura—. Mi trabajo está en Colorado. Toda la vida de mis hijos está allí. Sí, es difícil, pero si de verdad quisiera intentarlo, habría luchado de alguna manera, ¿no crees? Se me ocurren mil cosas que podría haber hecho… y no hizo nada.

River intercambia una mirada con Anika que no pasa desapercibida.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunto enfadada—. ¿Hay algo que deba saber?

—Mi hermana es idiota —reconoce River con un suspiro —. Le cuesta mucho canalizar los sentimientos. Siempre le ha costado.

—Eso ya lo sé, no es nada nuevo. Aun así…

—Esme —interrumpe—, voy a contarte algo que no sabe casi nadie. Y te pido por favor que no lo comentes.

Me inclino hacia delante, intrigada.

—Cuando Sloane se lesionó antes de la Copa del Mundo y su carrera deportiva se fue a la mierda, entró en una depresión muy fuerte. Tan fuerte que tuvimos miedo de que hiciese alguna estupidez.

—¿Qué quieres decir? —suspiro, aunque no quiero saber la respuesta.

—Estaba tan hundida que apenas salía de su habitación. No comía, no hablaba con nadie. Joder, a veces pasaba una semana sin ducharse. Todos pensábamos que era porque su carrera como esquiadora se había terminado —River hace una breve pausa, como si decir las siguientes palabras le costase mucho esfuerzo—. Pero durante la terapia descubrimos que era otra cosa. En ese momento entendió que había dejado escapar a la persona que había querido más que a nada en el mundo. Y todo por un sueño deportivo que se había acabado.

—¿Y esa persona era...?

—Tú, Esme. Esa persona eras tú.

Me paso las manos por el pelo sin saber qué decir. De pronto, la temperatura del agua me parece agobiante.

—Desde entonces te echa de menos de un modo que ni siquiera te puedes imaginar y se arrepiente cada día de haberte dejado escapar —continúa su hermana—. Sloane nunca ha sido verdaderamente feliz. Solo sobrevive. En once años, todavía no lo ha superado.

—Es cierto —confirma Anika—. El año pasado, cuando vino a visitarme a San Francisco, se pasó toda la noche hablando de ti. De cómo había arruinado lo mejor que le había pasado en la vida. Y eso que teóricamente venía a consolarme.

—No lo entiendo —susurro—. Si se arrepiente tanto, ¿por qué anoche...?

—Porque es imbécil —responde River—. Y porque tiene miedo. Miedo de que la rechaces. Miedo de hacerte daño otra vez. Miedo de que sus sentimientos no sean correspondidos. Yo qué sé, siempre fue un poco rara, no te ofendas.

—¿Correspondidos? —no puedo evitar que se me escape una risa amarga—. ¿Cómo va a pensar que no son correspondidos? Joder, estuvimos a punto de acostarnos en The Peak.

—Ah, ¿sí? —inquiere River, arqueando una ceja—. Eso no me lo habías contado. Ni tampoco Sloane.

—River... —advierte Anika, pegándole un ligero codazo en las costillas.

—¿Qué? Es mi hermana. Ya te lo dije, ese restaurante tiene un efecto extraño en la gente. Te quedas allí a solas y de repente te entran ganas de … ya sabes… —bromea, haciendo un gesto con los dedos y no puedo evitar sonreír.

—He dicho casi —admito—. Pero me eché atrás.

—¿Por qué? Es decir, solo quiero saber el motivo, si no te importa que pregunte.

—Por los niños. Por mi trabajo. Porque no sé lo que tu hermana quiere. Por el miedo a intentarlo de nuevo y que todo vuelva a salir mal.

River asiente lentamente.

—Esme, hay algo más que debes saber —interrumpe Anika—. Algo de lo que no estamos orgullosas.

—¿Qué?

—Te tendimos una trampa para que vinieses aquí —confiesa River, tragando saliva antes de continuar—. Todo esto, la oferta especial, el precio ridículamente bueno... lo planeamos para que te encontrases de nuevo con mi hermana.

—¿Qué? —me incorporo con brusquedad, sintiendo de pronto que el mundo se tambalea a mi alrededor—. ¿Me estáis diciendo que...?

—Que no podíamos ver sufrir más a Sloane —interrumpe Anika—. Lleva once años arrastrando esa culpa. Y cuando me contó que seguía enamorada de ti…

—Pensamos que quizá, si os veíais de nuevo... —añade River.

—No me lo puedo creer, joder —murmuro, pegando un puñetazo contra el agua—. No me puedo creer que hayáis jugado así conmigo.

—Esme, espera…

—¿Esperar a qué? ¿A que me expliquéis cómo habéis manipulado mi vida? ¿Cómo habéis usado mis necesidades económicas para traerme hasta aquí con un engaño? Las Merriweather sois una familia de gilipollas. Y eso también te incluye a ti, Anika. Tenéis la vida demasiado fácil —añado antes de salir de la piscina, maldiciendo en voz baja.

Capítulo 13

Esme

Sin los niños, el silencio de mi suite me agobia.

Llevo dos horas tirada en la cama, simplemente mirando al techo. La televisión permanece encendida, pero es tan solo un ruido de fondo. Los gemelos se han quedado a dormir con Lumi tras pasar la tarde con los caballos e inventando aventuras en la nieve.

Sé que debería estar contenta. Vine aquí por ellos y Ana Sofía y Theo han sido más felices en estas dos semanas que en los dos años anteriores. Y, aun así, cada vez que cierro los ojos, no puedo sacar de mi mente la cara de River confesando que todo había sido una trampa. Que mi viaje a Silver Peaks, esta oportunidad de descanso que tanto necesitaba, fue tan solo una manipulación más de las hermanas Merriweather.

Y lo peor es que funcionó.

Porque, por mucho que me duela admitirlo, estos días con Sloane han despertado en mi interior algo que creí enterrado para siempre.

—Joder —mascullo, levantándome de la cama de un salto.

No puedo quedarme aquí toda la noche, recordando en bucle lo que ha pasado y lo que podría haber sido. Solo me quedan dos noches en Silver Peaks. No voy a desperdiciar una de ellas viendo en la tele películas románticas que me harán llorar aún más.

Me pongo unos vaqueros cómodos y una camiseta blanca y decido bajar a tomar algo al bar del hotel.

Y, cómo no, me tengo que encontrar allí justo a la persona que no quiero encontrarme.

Permanece sentada sola en una mesa, de espaldas a mí. Tres botellas vacías de cerveza forman una fila perfecta frente a

ella. Lleva puesta una sudadera gris que le queda grande y el pelo recogido en una coleta despeinada. Cuando el camarero le sirve una nueva cerveza, levanta la botella en un brindis dirigido a nadie en particular.

Por unos instantes, estoy a punto de girar sobre mis talones y refugiarme de nuevo en mi habitación. Pero hay algo en su postura, en el modo en que sus dedos tamborilean nerviosos contra la madera, que me hace avanzar hacia ella.

—¿Puedo sentarme? —pregunto, señalando la silla vacía a su lado.

Sloane se gira con brusquedad, como si mi voz la hubiese asustado. Sus ojos están ligeramente vidriosos por el alcohol, pero la sorpresa en su mirada es auténtica.

—Esme... —suspira—. Pensé que estarías cenando con los niños.

—Se han quedado a dormir con Lumi. Ivy les prometió que podrían ver todas las películas que quisieran.

Me siento en la silla y hago una seña al camarero.

—Un whisky, por favor. Con hielo.

—Vaya —murmura Sloane, alzando una ceja—. No recordaba que bebías whisky.

—Hay muchas cosas de mí que ya no sabes —respondo, quizá con más sequedad de la que pretendía.

Creo que le ha dolido, porque nos quedamos instaladas en un silencio algo incómodo, como si alguien hubiese levantado un muro invisible entre nosotras. Sloane ni siquiera me mira, parece muy concentrada en beber su cerveza a pequeños sorbos mientras yo me centro en el ardor que produce el whisky al bajar por mi garganta.

Dicen que el alcohol da valor, pero también hace que todo duela más.

—River me ha contado lo de la trampa —suelto al fin.

Sloane se tensa y su mano se detiene a medio camino hacia la botella.

—¿La trampa?

—Venga ya, Sloane. No me digas que no lo sabías. La oferta especial, el precio ridículamente bajo, el hecho de que Julie firmase todo para que yo no supiese que era un hotel de tu familia… toda esa mierda.

—No sabía nada —me interrumpe, girándose para mirarme de frente—. Al menos cuando lo hicieron. Te lo juro por lo que más quieras. Me enteré la mañana que llegaste al hotel, cuando milagrosamente nos quedamos sin monitores de esquí para tus hijos y tuve que encargarme yo de dar la clase. Me molestó tanto como a ti —agrega.

Hay algo en su voz que me impulsa a creerla. O quizá es que quiero hacerlo.

—¿En serio no sabías nada?

—Te lo juro —confirma, clavándome la mirada con una intensidad que me quita el aliento—. Si lo hubiese sabido, jamás habría permitido que te hiciesen eso. Jamás habría dejado que usaran tus... tus circunstancias para traerte hasta aquí.

La palabra "circunstancias" me duele. Haberme quedado viuda con dos niños pequeños, mis dificultades económicas, la necesidad de unas vacaciones baratas para mis hijos. Todo lo que River y Anika aprovecharon para tender su emboscada.

—Pero me alegro de que estés aquí —añade tan bajito que apenas puedo escucharla—. Por muy mal que me siente el modo en que han conseguido que vengas, me alegro muchísimo de verte.

—¿Te alegras? Ayer parecías encantada de facilitar la decisión de irme a Denver.

—¿Facilitar tu decisión? —repite, frunciendo el ceño—. ¿De qué coño hablas?

—Hablo de que me animaste a aceptarlo. Como si quisieses que me fuera lo antes posible. Casi como si estuvieses contenta de que lo hiciese.

Sloane se pasa una mano por el pelo y deja escapar un largo suspiro.

—Joder, Esme. ¿En serio piensas eso? ¿Crees que quiero que te vayas?

—¿Y qué se supone que tengo que pensar?

—Pensé que era lo que querías escuchar —explota, levantando la voz lo suficiente como para que algunas cabezas se giren hacia nosotras—. Porque el día anterior, cuando estábamos en The Peak, me dejaste muy claro que no querías complicaciones en tu vida. Que tus hijos eran la prioridad y no podías arriesgar su estabilidad por "esto" —añade, haciendo unas comillas en el aire al pronunciar esa última palabra—. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Suplicarte de rodillas que me dieses una segunda oportunidad cuando tú misma me habías dicho que no querías intentarlo?

—Yo... yo no dije que no quisiera intentarlo —suspiro.

—Esme, mírame —me interrumpe, colocando dos de sus dedos bajo mi barbilla para obligarme a levantar la vista—. Mírame a los ojos. Cometí el error más grande de mi vida hace once años y no ha pasado un solo día sin que me arrepienta de ello —confiesa.

—River me contó lo de tu depresión —admito, bajando la mirada.

Sloane se tensa de pronto y retira la mano como si mi piel quemase.

—¿Qué te contó exactamente?

—Que después de lesionarte te hundiste tanto que tenían miedo de que hicieses alguna estupidez. Que durante la terapia descubriste que no era por tu carrera deportiva, sino porque entendiste que habías perdido a la persona que querías y…

—River no debería haberte contado esas cosas. Es muy personal.

—¿Es cierto?

Sloane cierra los ojos y deja escapar un larguísimo suspiro antes de responder.

—Sí, es cierto. Estuve muy mal, Esme. Muy mal. Pero ya no quiero hablar de eso, ha pasado mucho tiempo.

—¿Por qué nunca intentaste contactar conmigo? —inquiero alzando las cejas—. Después de tu lesión, cuando te

diste cuenta de que habías cometido un error. ¿Por qué no me buscaste?

—¿Y qué iba a decirte? ¿Hola, Esme, ahora que ya no puedo competir y mi vida es una mierda, me parece un buen momento para que vuelvas conmigo? Además —añade, bajando la voz—, estabas a punto de casarte con Luis. Vi fotos tuyas en Instagram.

—¿Las viste?

—Sí —admite—. Estabas preciosa. Y él... él parecía hacerte tan feliz…

El modo en que su voz se quiebra me parte el corazón y sin ni siquiera pensarlo, cojo su mano entre las mías para acariciarla.

—Sloane…

—¿Sabes lo que más me duele? —continúa, entrelazando sus dedos con los míos—. Que tienes razón al tener miedo, porque seguramente no seré capaz de darte todo lo que mereces.

—Quizá —susurro—, quizá ambas hemos cambiado lo suficiente como para intentarlo de nuevo.

Sloane me mira confusa, como si no comprendiese lo que acabo de admitir.

—¿Podemos ir a un sitio algo más privado? Me resulta difícil hablar de estas cosas con tanta gente alrededor —confieso, haciendo un círculo en el aire con el dedo.

—¿Tu habitación? —pregunta—. Solo para hablar, claro —puntualiza.

***

—Joder, River se aseguró de que tuvieses una de las mejores suites del hotel —ironiza al entrar.

Me quedo de pie junto a la puerta, sin saber muy bien qué hacer ahora que estamos a solas.

—¿Quieres algo de beber? —pregunto—. Hay un minibar.

—Sé que hay un minibar, pero, no, ya he bebido suficiente por esta noche —admite.

—¿Es verdad lo que dijo River? Que nunca has sido verdaderamente feliz desde que me dejaste.

—Lo es —suspira—. He tenido buenos momentos, me lo he pasado bien. He viajado, he tenido algunas novias. Pero feliz... feliz de verdad, no. Nunca lo he sido. Era como si una parte de mí se hubiese quedado congelada en aquella noche de enero cuando te dije que no podía permitirme distracciones.

Sus palabras me llegan directamente al corazón. Sé bien a qué se refiere, porque durante un tiempo tuve la sensación de que una parte de mí había muerto junto con nuestra relación.

—Luis me hizo feliz —confieso—. De un modo diferente, pero me hizo feliz. Era un amor más tranquilo, de algún modo más maduro.

—Te merecías ser feliz. Y en eso tienes razón. Yo era una inmadura en esa época, pero he cambiado. O, al menos, eso me gustaría pensar.

—No quería decir eso —me apresuro a aclarar—. A lo que me refiero es que nunca dejé de preguntarme qué habría pasado de haber seguido juntas. Sobre todo, cuando me enteré de tu lesión, me preguntaba a menudo si valió la pena todo ese sacrificio. Si te arrepentías.

—Puf, que si me arrepentí… —suspira, dejándose caer sobre la cama y estirando los brazos por encima de la cabeza.

Mierda, está preciosa.

—¿Cómo crees que habría sido? —pregunto en voz baja, tumbándome en la cama junto a ella—. Si hubieses elegido quedarte conmigo.

—No lo sé. Probablemente habríamos discutido mucho. Yo era muy cabezota y tú muy independiente. Quizá habríamos roto de todas formas.

—O quizá habríamos encontrado la manera de hacer que todo funcionase. Quizá habríamos sido muy felices —corrijo, incorporándome para colocarme a horcajadas sobre sus caderas.

—Esme... —susurra, claramente excitada.

—¿Sí?

—¿Crees que esto está bien? No quiero que luego te arrepientas de…

—Shh. Somos dos mujeres adultas —interrumpo, colocando dos dedos sobre sus labios para callarla.

No necesita que se lo diga dos veces. Alza la mano para acariciar mi mejilla con una ternura que me desarma, y cuando me inclino para besar sus labios, siento que mis últimas barreras saltan por los aires.

El beso comienza suave, casi tímido, como si ambas tuviésemos miedo de romper un instante tan frágil. Pero cuando enredo los brazos alrededor de su cuello, cuando siento cómo suspira contra mis labios, toda cautela desaparece.

—Joder —jadea contra mi boca—. He soñado con esto tantas veces…

—Yo también —confieso, sin importarme lo vulnerable que suena mi voz.

Sloane baja las manos hasta mi cintura, deslizándolas bajo la camiseta para acariciar mi piel desnuda. Es un contacto que me quema y congela al mismo tiempo, despertando en mí terminaciones nerviosas que llevaban años dormidas.

—¿Estás segura de esto? —pregunta de pronto, apartándose lo suficiente para mirarme a los ojos—. Porque si no lo estás, podemos parar ahora mismo. No pasa nada. Lo entiendo, de verdad.

—¡Cállate de una vez, Sloane Merriweather! —susurro, empezando a desabrochar sus pantalones.

Sonríe y hay una sensación de urgencia en sus movimientos, como si ella también necesitase desnudarme cuanto antes. Me hace girar, colocándose sobre mí sin dejar de besarme. El peso de su cuerpo contra el mío me resulta familiar y extraño a la vez. Como una canción de amor que conoces, pero que no has escuchado desde hace muchos años. Sloane jadea mientras tira hacia arriba de mi camiseta, colando una mano por debajo de mi sujetador mientras se frota contra mi muslo.

—Tranquila, fiera, que tenemos toda la noche —le recuerdo con un guiño de ojo.

Pero no me hace ningún caso. Me quita el sujetador y se separa ligeramente para recorrer con la mirada mi torso desnudo con una intensidad que consigue que me ruborice.

—Eres incluso más hermosa de lo que recordaba —murmura, inclinándose para besar mi clavícula.

Cierro los ojos para perderme en la sensación de sus besos, desde mi cuello hasta mis pechos. Suspirando, gimiendo, necesitando sus caricias y cuando su lengua hace círculos alrededor de mi pezón, arqueo la espalda, tapándome la boca y ahogando un gemido contra la palma de mi mano.

—Me importa una mierda si alguien nos oye —susurra contra mi piel—. Quiero escuchar tus gemidos.

Esa simple frase me hace suspirar. Es como si el tiempo no hubiese pasado entre nosotras. Sloane me desnuda con la misma pasión, con la misma actitud dominante en el sexo, y mi cuerpo lo recuerda como si fuese ayer.

Pero al mismo tiempo, es diferente. Ya no somos dos chicas de veinte años que hacían el amor con la urgencia de quien piensa que debe alcanzar un orgasmo cuanto antes. Ahora cada caricia parece distinta, cada beso sabe a segunda oportunidad.

A los pantalones les sigue mi ropa interior. Me la quita lentamente, con cariño, sin prisas, como si estuviese disfrutando con cada centímetro de mi sexo que queda al descubierto. A continuación, se detiene y acaricia mi pubis con el reverso de la mano con una suavidad que casi me hace llorar de emoción.

—Joder, eres tan perfecta —susurra contra mi piel mientras besa mi vientre.

Se quita la ropa con prisa, lanzándola por todo el dormitorio. Muerde el labio inferior con deseo, clavando la mirada entre mis piernas y, a continuación, me coge por los tobillos y las abre de golpe, acomodándose sobre mí. Tira de mi pelo mientras siento sus dientes recorrer mi barbilla, se frota

contra mi sexo, mezclando su humedad con la mía en una fricción deliciosa que me hace regresar a muchos años atrás.

Durante un buen rato, todo desaparece. Tan solo estamos nosotras dos, perdidas en un mundo de sensaciones, de placer, de gemidos. Redescubriendo un lenguaje que creía haber olvidado.

Y cuando se levanta y se inclina para soplar suavemente entre mis piernas, dejo escapar un larguísimo gemido que sabe a rendición. Las abro de manera instintiva mientras Sloane besa el interior de mis muslos, provocándome mientras desliza la palma de la mano por mi sexo antes de lamerlo. Me lleva una y otra vez al borde del abismo, deteniéndose justo cuando percibe que estoy a punto de tener un orgasmo para empezar de nuevo. Continúa un rato con ese juego hasta que finalmente, me dejo caer sobre el colchón, gritando su nombre mientras las ondas de placer me recorren de pies a cabeza.

—Joder —suspiro, pasando las manos por mi pelo mientras ella besa suavemente mi pubis.

—Te he echado muchísimo de menos —susurra con un nuevo beso.

—Yo también —confieso, acariciando su melena—. Más de lo que te puedes imaginar.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta.

—Tengo un vibrador en el armario.

—Idiota. Sabes perfectamente que no me refería a eso, pero de momento puede valer, ya pensaremos más tarde —bromea, poniendo los ojos en blanco.

Capítulo 14

Sloane

El cordero que ha preparado River, prácticamente se me atasca en la garganta cuando Harper deja caer sobre la mesa una carpeta que ninguna de nosotras esperaba ver durante un almuerzo familiar.

—¿En serio? —protesto, azotando el tenedor contra el plato con más fuerza de la necesaria—. ¿Documentos de trabajo durante la comida? ¿Volvemos a los tiempos de papá o qué pasa ahora?

—Es solo una idea —se defiende mi hermana mayor, encogiéndose de hombros con esa expresión de quien tiene la situación perfectamente controlada que suele usar en las reuniones de negocios—. Esme mencionó algunas preocupaciones sobre el puesto de socia en el despacho de Denver, y pensé que quizá le interesaría echar antes un vistazo a esto. Por supuesto, no tiene por qué ser ahora mismo.

Esme alza las cejas, dejando la copa de vino tinto sobre la mesa con cautela.

—¿Qué tipo de preocupaciones? —pregunta con sorpresa.

—Las que me comentaste hace un rato —indica Harper, abriendo la carpeta—. Sobre los viajes que requeriría el nuevo trabajo, las largas jornadas que te alejarían de Ana Sofía y Theo, la presión de facturar un mínimo de horas que prácticamente te obligaría a vivir en la oficina.

Desde el otro extremo de la mesa, River me dedica un guiño de ojo mientras corta un trozo de cordero. Anika sonríe junto a ella y apenas puedo contener la rabia.

—¿Por qué no os metéis en vuestros asuntos y nos dejáis en paz de una jodida vez? —susurro, aprovechando que Esme está distraída.

—Yo no diría que son preocupaciones —corrige Esme—. Son realidades de ese trabajo. Si quiero un puesto de socia en el despacho, tengo que hacer sacrificios.

—Claro, claro —asiente Harper—. Es lo normal en los despachos de abogados. Pero ¿y si hubiera otra forma? ¿Te has planteado alguna vez trabajar para el departamento jurídico de una empresa en vez de un despacho?

—¿Qué quieres decir?

Harper despliega varios documentos sobre la mesa, gráficos y mapas que reconozco del último consejo de administración.

—Nuestra cadena de hoteles está en plena expansión —explica—. Tenemos proyectos confirmados en Colorado y Utah. Todos en zonas de montaña, y todos presentan desafíos medioambientales únicos.

—¿Y? —inquiere Esme, aunque puedo ver el interés en su mirada.

—Y necesitamos ayuda legal especializada —continúa mi hermana mayor—. No solo para cumplir con las regulaciones existentes, sino para estar por delante de ellas. Para implementar prácticas sostenibles que nos conviertan en líderes del sector.

Esme coge uno de los documentos y lo examina con atención. Es un informe lleno de términos técnicos que a mí me dan dolor de cabeza cada vez que los escucho en las pocas juntas a las que acudo, pero que a ella parece que le fascinan.

—Este proyecto está muy bien planteado —comenta—. Pero veo al menos tres áreas en las que se podría mejorar.

Harper sonríe orgullosa. Esme ha encontrado en cinco minutos pequeñas lagunas que a nuestro equipo legal se le han pasado.

—Por eso estoy pensando en incorporar a tiempo completo a una abogada medioambiental. Alguien que pueda ayudarnos a hacer las cosas bien desde el principio.

Esme levanta la vista del documento, y puedo ver las ruedas girando en su cabeza.

—¿Me estás ofreciendo un trabajo?

—Estoy planteando una posibilidad —se apresura a responder mi hermana—. La sede estaría aquí, en Silver Peaks. Lógicamente, habría que viajar de vez en cuando a los lugares en los que los nuevos hoteles estuviesen ubicados, pero la mayor parte del trabajo se haría desde aquí. Tendrías presupuesto para contratar consultores externos y total autonomía para establecer los protocolos que consideres necesarios.

Esme la mira sorprendida, sin saber muy bien qué decir.

—El sueldo sería más bajo que el que seguramente recibirás en Denver, pero la vida en Silver Peaks es mucho más barata y el alojamiento y la comida podrían salirte gratis si decides vivir en el hotel —añade Harper.

—Ese proyecto en Utah es muy ambicioso —comenta, ojeando de nuevo el documento—. ¿Realmente pensáis construir un resort completamente sostenible? Energía renovable, gestión de residuos, impacto cero en el ecosistema local…

—Ese es el plan —confirma mi hermana.

Esme deja los documentos sobre la mesa y se recuesta en la silla, procesando lo que acaba de escuchar.

—¿Puedo preguntarte algo? —pregunta al fin.

—Claro.

—¿Esto es real o es otra trampa como la de la oferta para venir al hotel?

La pregunta nos pilla a todas por sorpresa. Yo, de nuevo, no sabía nada, pero creo que ninguna de mis hermanas esperaba algo tan directo. River se lleva una mano a la frente y Anika le pega un codazo en las costillas para que disimule.

—Es real —responde Harper sin inmutarse—. Los proyectos existen, los problemas legales también, y necesitamos ayuda. Si esa ayuda viene de ti sería perfecto, pero si no estás interesada, buscaremos a otra persona.

—No es que no esté interesada —se apresura a aclarar Esme—. Es que... esto es mucho que procesar. Hace dos

semanas no sabía ni que este hotel era vuestro y ahora me ofrecéis rehacer mi carrera profesional.

—No rehacerla —corrige mi hermana gemela—. Llevarla a otro nivel. Esto es más grande que ser socia en un bufete, Esme. Tendrás la oportunidad de influir en las prácticas de toda una industria.

Lo que me faltaba. Incluso Ivy está metida en el plan.

—Buah, es que es perfecto, ¿verdad? —interrumpe River, que nunca ha sabido disimular—. Si lo pensáis, Esme necesita un trabajo que le permita estar con sus hijos. Nosotras necesitamos ayuda legal especializada. Silver Peaks es el lugar perfecto para criar niños... Todos salimos ganando.

—Ya, es todo demasiado perfecto —gruño.

—No es tan simple —protesta Esme—. Estamos hablando de cambiar toda mi vida y la de mis hijos, por una oferta que ni siquiera sabía que existía hasta hace un momento. Todo cuando me voy mañana mismo.

—Las mejores oportunidades suelen aparecer cuando menos las esperas —insiste River.

Por suerte, Harper se da cuenta de que nos estamos metiendo en un terreno peligroso y se apresura a intervenir.

—Tómate tu tiempo. Es una decisión importante. No tienes por qué responder hoy, ni mucho menos. Piénsalo en Denver si quieres y ya nos dices.

—¿Puedo llevármelos? Para estudiarlos con más calma —inquiere, señalando hacia los papeles con el dedo índice.

Harper simplemente asiente con la cabeza y el resto del almuerzo transcurre en un ambiente más relajado, aunque puedo ver que Esme está distraída, procesando mentalmente todo lo que acaba de escuchar.

***

—¿Lo de manipular la vida de los demás, es algo que las Merriweather hacéis de manera natural o cómo funciona? —protesta Esme mientras la acompaño a su suite.

—Te juro que yo no…

—Sí, ya, tú no has tenido nada que ver —completa por mí.

—Exacto. Pero, Esme, podrías mirar esos papeles con calma. River es una bocazas, lo sé, aunque si lo piensas con frialdad, lo que ha dicho es cierto. Necesitamos una abogada especialista en Medio ambiente y tú lo eres. Aquí llevarías una vida tranquila, es un buen lugar para ver crecer a tus hijos, tendrías más tiempo libre y…

—Y estarías tú —interrumpe, dejando escapar un suspiro.

—Sí, eso. Llevamos planeando la contratación de un abogado durante meses.

—¿Meses?

—Meses. Puedes preguntarle a cualquiera del consejo de administración.

Esme suspira y entra en la suite, dejando la puerta abierta para que la siga.

—No digo que sea mentira —aclara, dejando la carpeta sobre la mesa del salón—. Solo digo que el timing es muy conveniente.

—¿Y eso tiene que ser necesariamente malo?

—No lo sé —admite, dejándose caer sobre el sofá—. Es que... toda mi vida he trabajado muy duro para conseguir las cosas. Sabes que fui a la universidad con becas de estudio. He hecho las prácticas más duras, he llevado los casos que nadie quería. Me he ganado cada oportunidad que he tenido.

—¿Y crees que esto no te lo has ganado?

—Creo que esto aparece simplemente porque estoy aquí. Pienso que está planeado desde el minuto uno. Porque tú o tus hermanas quieren que me quede. No porque sea la mejor candidata para el puesto.

Me siento a su lado en el sofá, sin poder evitar coger su mano entre las mías y apretarla ligeramente.

—¿Puedo decirte algo sin que te enfades?

—Depende de lo que me digas —responde un poco cortante.

—Me parece que te estás torturando por nada —le aseguro, pinzando su barbilla entre mis dedos para que me mire a los ojos —. Lo que de verdad importa es si esa oportunidad es buena para ti, si te interesa profesionalmente y si te permitiría tener la vida que quieres. Cómo ha llegado es lo de menos.

—Es que no quiero que me den algo por lástima —protesta—. O por conveniencia. O porque soy tu…

Se detiene, como si no supiera cómo terminar la frase.

—¿Mi qué? —pregunto.

—No lo sé, Sloane. ¿Qué soy para ti? Porque anoche nos acostamos y estos días hemos hablado bastante, pero sigo sin saberlo.

—Eres... —empiezo, pero también me detengo. Porque no sé cómo terminar esa frase sin sonar como una adolescente enamorada o como una mujer que promete cosas que quizá no puede cumplir.

—Exacto —dice Esme—. No lo sabes. Y mientras no lo sepas, no puedo tomar una decisión que cambie toda mi vida basándome en la esperanza de que esto, lo nuestro, funcione. Porque de momento, no hay nada de nada, solo una atracción que no ha desaparecido y una noche de sexo.

—Pero…

—Pero nada. No voy a cambiar por completo la vida de mis hijos y abandonar mi trabajo por algo que ahora mismo se parece más a un rollo de adolescentes que a una relación seria. Ya no tengo edad para ese tipo de cosas. Al menos, no con dos hijos pequeños.

Sus palabras me duelen más de lo que quiero admitir. Porque, en el fondo, entiendo bien sus miedos. Después de lo que le hice hace once años, ¿cómo puedo pedirle que confíe en que esta vez será diferente?

—¿Sabes qué? Tienes razón —murmuro, soltando su mano y levantándome del sofá.

—¿La tengo?

—Sí, por mucho que me duela, no puedes basar una decisión tan importante en algo que todavía no sabemos si

seguirá adelante. Pero tampoco puedes rechazar una oportunidad profesional solo porque no confías en mí —agrego.

—Yo no he dicho que no confíe en ti —protesta, frunciendo el ceño.

—No hace falta que lo digas. Está claro. Y tienes buenas razones para no hacerlo.

Esme se levanta también, abre la boca un par de veces, como si quisiera decir algo y las palabras no lograsen salir de su boca.

—Por favor, estudia la propuesta desde un punto de vista puramente profesional —sugiero, acariciando su brazo izquierdo —. Olvídate de mí, olvídate de nosotras. ¿Es buena para tu carrera? ¿Te permitiría hacer el trabajo que realmente quieres hacer? ¿Sería buena para tus hijos?

—¿Y si digo que sí? ¿Y si acepto y luego las cosas entre nosotras no funcionan? ¿Tendré que irme de Silver Peaks? ¿Tendré que sacar a mis hijos de aquí cuando ya se hayan adaptado? Te das cuenta del conflicto al que me enfrento, ¿verdad?

—Solo sé una cosa. Harper no juega con el dinero. Yo no sé ni de qué trata ese trabajo, porque la mitad de las veces no acudo a las reuniones del Consejo de Administración o, si voy, me quedo medio dormida. Pero si Harper te ha ofrecido el trabajo, es porque te ha investigado. Ha pedido referencias, ha estudiado casos en los que has participado. No contrataría a nadie solo por mí. River, sin duda lo haría, Ivy, posiblemente. Pero Harper, no. Eso te lo puedo asegurar.

—Necesito tiempo para pensarlo —admite con un suspiro mientras se pasa una mano por el pelo—. Sloane.

—¿Sí?

—Anoche... lo de anoche, ¿fue…? Me gustaría saber lo que significó para ti —pregunta, deteniéndome antes de que salga.

—¿La verdad?

—Sí, incluso si me dices que solo fue sexo, quiero saber la verdad —insiste.

—Fue lo más real que he sentido en once años —confieso, asintiendo lentamente con la cabeza.

Capítulo 15

Esme

En nuestro último día completo en Silver Peaks, el grito de Ana Sofía me hiela la sangre.

Mi hija se desliza fuera de control por la pista azul, sus esquís se separan en direcciones opuestas y a continuación cae, su cuerpo girando como una muñeca de trapo hacia unos árboles. El tiempo parece ralentizarse hasta convertirse en una pesadilla en cámara lenta. A pesar de la distancia, puedo ver cada detalle con una claridad brutal: el pánico en sus ojos, la nieve que salta a su alrededor, el modo en que sus brazos se agitan buscando un equilibrio que ya no existe.

—¡Ana! —grito con el corazón a punto de salirse de mi pecho.

Antes de que consiga procesar el pensamiento, estoy esquiando hacia ella más rápido de lo que jamás he esquiado, haciendo cada giro con la desesperación de una madre que ve a su hija en peligro.

Pero Sloane llega mucho antes.

Se desliza con esa gracia natural que siempre he envidiado, frenando el cuerpo de Ana Sofía justo antes de que se estrelle contra uno de los pinos. La coge con un brazo mientras usa sus esquís para frenar a ambas, creando una nube de nieve en polvo que las envuelve como si fuese humo blanco.

—Tranquila, campeona —la escucho murmurar mientras se detienen—. Ya te tengo.

Cuando llego hasta ellas, el corazón me late con tanta fuerza que puedo escucharlo en mis oídos. Ana Sofía está sentada en la nieve, Sloane arrodillada a su lado, asegurándose de que no se ha roto nada.

—Mamá, estoy bien —protesta cuando llego a su lado, aunque las lágrimas están a punto de desbordarse—. Solo me

he asustado.

—Es normal asustarse —interviene Sloane con calma—. Has hecho muy bien frenando al darte cuenta de que ibas demasiado rápida. Eso significa que estás aprendiendo.

—Pero me he caído —se queja mi hija—. Y delante de toda esa gente.

Sigo la dirección de su mirada y veo que varios esquiadores se han detenido para observar la escena. Algunos nos miran con curiosidad, otros con esa mezcla de alivio y nerviosismo que se refleja en la cara de los padres cuando ven que no es su hijo el que ha rodado por el suelo.

—¿Sabes qué? —pregunta Sloane, ayudando a la niña a ponerse en pie—. Las mejores esquiadoras del mundo se caen constantemente. Que no te dé ninguna vergüenza. Yo me caí en dos pruebas de la Copa del Mundo, en televisión, así que imagínate. Me vio caerme mucha más gente.

—¿En serio?

—En serio. A tu edad yo me caía tantas veces que era un peligro para los demás esquiadores. Una vez me llevé a Harper por delante, pero no se lo recuerdes, porque se enfadó mucho —bromea, arrancando una sonrisa en mi hija—. ¿Quieres que sigamos bajando la pista azul o prefieres que volvamos a la zona de principiantes?

Ana Sofía mira hacia la pendiente que aún le queda por recorrer. Puedo ver el conflicto en su mirada: el miedo luchando contra la determinación.

—Quiero terminar —decide—. Pero... ¿podrías ir delante de mí? Solo para asegurarme de que no voy demasiado rápido.

—Por supuesto —le asegura Sloane con un guiño de ojo.

Y así es como acabo yo también esquiando tras ellas, observando a mi hija bajar el resto de la pista azul, con Sloane haciendo suaves giros en forma de S delante de ella, controlando la velocidad y gritando palabras de ánimo cada pocos metros.

Y una sonrisa tonta se dibuja en mis labios. Confío plenamente en Sloane para cuidar de mi hija. Cuando llegamos

al final de la pista, Ana Sofía está radiante de orgullo y adrenalina. Y supongo que yo también.

—¡Lo he conseguido! —grita, levantando los brazos al aire—. ¿Me has visto, mamá? ¡He bajado una pista azul entera! —chilla de nuevo, como si yo hubiese estado lejos en vez de esquiando tras ella.

—Has estado increíble —asegura Sloane, quitándose el casco y sacudiendo la melena—. Mañana, cuando vuelvas a casa, podrás decirles a tus amigos que has bajado una pista azul. Te haré un certificado para que se lo enseñes.

La sonrisa en el rostro de Ana Sofía desaparece de un plumazo.

—No quiero volver a casa —suspira—. Quiero quedarme aquí y seguir esquiando contigo.

Sloane me mira por encima de la cabeza de mi hija, y veo algo en sus ojos que no logro descifrar. ¿Esperanza? ¿Tristeza? ¿Las dos cosas a la vez?

—Eh, Silver Peaks siempre estará aquí. No se va a ir a ningún sitio —le dice a la niña—. Puedes venir siempre que quieras y un día te enseñaré a bajar una pista diamante negro.

—¿Una diamante negro? —pregunta Ana Sofía con los ojos muy abiertos—. ¿No son súper difíciles? Lumi la bajó por primera vez este año y esquía fenomenal.

—Son para esquiadores expertos —confirma Sloane—. Pero estoy segura de que podrías hacerlo muy pronto.

Mientras mi hija parlotea emocionada sobre pistas y descensos, observo a Sloane. Hay algo en el modo en que habla con Ana Sofía, en la manera en que se arrodilla para estar a su altura, en cómo celebra sus pequeños triunfos, que me recuerda demasiado a Luis.

Pero al mismo tiempo, es diferente.

Donde Luis era racionalidad calmada, Sloane aporta calidez. Donde Luis explicaba con paciencia científica por qué las cosas funcionan de cierto modo, Sloane usa el humor y las historias personales.

La comparación no duele como esperaba. En lugar de sentir que estoy traicionando la memoria de mi marido, siento como si mi corazón se estuviese expandiendo para acoger también a Sloane.

—¿Mamá? —Ana Sofía tira de mi manga y me devuelve a la realidad—. ¿Podemos hacer una pausa para un chocolate caliente? Tengo frío.

***

La cafetería del resort huele a canela y chocolate, una mezcla que me recuerda a las mañanas de Navidad cuando los niños eran más pequeños. Nos instalamos en una mesa junto a la ventana, desde donde podemos ver a otros esquiadores deslizándose por las pistas como puntitos de colores sobre la nieve blanca.

—¿Te gustó la pista azul? —le pregunto a Ana Sofía mientras Sloane aparece con una bandeja llena de tazas de chocolate caliente.

—Me encantó —responde sin dudar—. Al principio me asusté un poco, pero luego, cuando iba detrás de Sloane fue súper divertido. Ojalá pudiese vivir aquí todo el año.

Nos quedamos en un silencio demasiado incómodo. Sloane desvía los ojos hacia la ventana y su mirada se pierde en el horizonte mientras yo juego con mi servilleta de papel, doblando y desdoblando las esquinas.

Ana Sofía recupera la sonrisa casi de inmediato al recibir un mensaje de Lumi sobre algo de una guerra de bolas de nieve esa tarde.

Pero yo sigo pensando en las pistas que Ana Sofía nunca bajará y en todas las lecciones de esquí que Sloane nunca le dará.

Y me duele muchísimo más de lo que debería.

Capítulo 16

Esme

Las gotas de agua caliente resbalan por mi piel como pequeñas caricias mientras me aclaro el pelo.

Aquí, la ducha tiene la presión perfecta, nada que ver con la ridícula alcachofa de mi apartamento en Denver, que apenas consigue sacar un hilo de agua. En pocos minutos, el vapor envuelve el baño de mármol como si fuese una nube y puedo sentir cómo la tensión abandona mis músculos.

Casi no me lo puedo creer. Ana Sofía ha bajado su primera pista azul. Mi niña, que hace dos semanas prácticamente no se mantenía en pie sobre los esquís, ha descendido una pendiente que a mí me habría aterrorizado a su edad.

Y todo gracias a Sloane.

El jabón de lavanda se desliza entre mis dedos mientras me enjabono lentamente los brazos y no puedo evitar sonreír al pensar en el modo en que Sloane cuidó de mi hija cuando se cayó. Sin pánico, sin sobreprotección, solo con una confianza tranquila que consiguió que Ana Sofía se levantase y siguiese adelante.

Y la sonrisa de orgullo que se dibujó en sus labios cuando la niña terminó el descenso… Estaba casi tan contenta como yo misma.

Acaricio mis pechos de manera instintiva mientras me enjabono, endureciendo los pezones bajo las palmas de mis manos. Miles de gotas de agua caliente golpean mi espalda. Me encorvo y dejo que mis manos se aventuren un poco más abajo, siguiendo la curva de mi cintura. Sonrío al trazar con la punta de los dedos las pequeñas estrías que me dejó el embarazo de los gemelos.

Hace dos noches, al desnudarme frente a Sloane, me hicieron sentir un poco insegura, pero el modo en que las besó antes de continuar hacia mi pubis todavía me hace suspirar. Como ella misma dijo, es un recuerdo de la parte más bonita de mi vida.

Son multitud de pequeños detalles. Su mirada esta mañana cuando me ayudó a quitarme los guantes de esquí al entrar en la cafetería. Sus dedos rozando los míos durante apenas un segundo, pero lo suficiente como para enviar una descarga eléctrica por todo mi cuerpo. La forma en que sus labios se curvaron en una sonrisa antes de apartarse.

Casi sin ser consciente de ello, la mano derecha se desliza entre mis piernas. El agua caliente ha relajado cada músculo de mi cuerpo, pero una tensión muy diferente crece dentro de mí. Una tensión que aparece con demasiada frecuencia cada vez que Sloane está cerca.

Deslizo los dedos por mi sexo, encontrando ese ritmo justo que mi cuerpo necesita y mi respiración se vuelve errática. Llevaba once años sin masturbarme con su recuerdo, pero en la última semana es en lo único que pienso cuando lo hago.

Me apoyo contra la pared de la ducha y el frío mármol crea un delicioso contraste con el agua caliente. Gimo al acariciar mi clítoris mientras mi otra mano continúa en mis pechos, pellizcando ligeramente los pezones, imaginando que es Sloane quien lo hace. Las sensaciones se multiplican: el contraste de temperaturas, el sonido del agua al caer en el suelo, el aroma a lavanda. Los recuerdos, tan vívidos que parecen reales.

Siento sus manos en lugar de las mías. Sus dedos largos y fuertes, capaces de esa ternura infinita que consigue que todo mi cuerpo tiemble bajo su tacto.

Un suave gemido se escapa de mis labios, amortiguado por el sonido del agua. Acelero el ritmo, me pierdo en unas fantasías que no me había permitido tener en años.

Pero aquí, bajo esta cascada de agua caliente, soy simplemente Esme. Una mujer con deseos y necesidades, como

cualquier otra. Unos deseos que he mantenido dormidos demasiado tiempo.

La tensión crece en mi vientre como una espiral que se expande cada vez más. Siento más urgencia, más necesidad. El agua cae sobre mi piel, ahora tan sensible que cada gota se siente como una caricia. Y me permito recordar nuestra primera vez y todas las otras que siguieron. Esa actitud dominante cuando hacemos el amor para luego derretirse como una gatita con cada beso sobre su clítoris. Y pienso en sus gemidos cuando está a punto de tener un orgasmo, en el modo en que pronuncia mi nombre entre jadeos, en cómo su espalda se arquea para a continuación quedarse totalmente relajada.

El clímax me golpea de forma casi inesperada, intenso, liberador. Pego la espalda a la pared mientras oleadas de placer me recorren desde el centro. Y por un momento, el mundo se reduce a esta sensación pura, a este redescubrimiento de mi propia sexualidad.

A Sloane.

Cuando al fin recupero la respiración, el agua sigue cayendo sobre mí como si nada hubiese pasado. Pero algo sí ha cambiado. Me he permitido sentir el deseo por Sloane sin culpa. Sin recuerdos de mi anterior matrimonio.

Me enjuago por última vez, dejando que el agua se lleve los restos de jabón junto con las últimas inhibiciones y cuando cierro el grifo, el silencio repentino me resulta casi ensordecedor.

Envuelta en una toalla que huele a suavizante caro, deslizo la palma de la mano sobre el cristal y limpio un círculo en la superficie empañada. Observo mi rostro y es como encontrarme de nuevo. El agua aún gotea de mi pelo, mi escote y mis mejillas están sonrojados, los ojos brillantes. Y me veo… me veo viva. Más viva de lo que me he sentido en mucho tiempo.

El sonido de unos suaves golpes en la puerta me sobresalta.

—¿Esme? —la voz de Sloane suena amortiguada a través de la madera—. ¿Puedo pasar?

El corazón se me acelera de nuevo, pero esta vez no es solo por la sorpresa. Si ella supiese lo que acaba de ocurrir en esa ducha.

—¡Oh, guau! —murmura, mirándome de arriba abajo, como si me estuviese devorando con los ojos.

—Acabo de salir de la ducha —me disculpo.

—Los niños están con River —anuncia sin preámbulos—. Van a hacer galletas hasta la hora de la cena.

—Ah, vale —respondo sin saber muy bien qué decir, de pronto demasiado consciente del modo en que Sloane me está mirando—. ¿Y tú qué haces aquí?

—Quería verte —admite, acercándose un paso y colocando las manos en mi cintura—. Quería... quería asegurarme de que estás bien después de lo de esta mañana.

—¿Lo de esta mañana?

—Lo de Ana Sofía cayéndose. Te vi muy asustada. Sé que desde que perdiste a Luis, cualquier cosa que les pase a los niños debe multiplicar tu ansiedad por mil.

Sus palabras me llegan directamente al corazón. Durante dos años, casi nadie ha entendido realmente esa sobreprotección constante, esa sensación de que si bajo la guardia tan solo un segundo, podría perder a lo único que me queda.

—Un poco —admito con un susurro—. Pero confié en la persona perfecta para cuidarla.

—Estás… estás preciosa envuelta en esa toalla —sisea con la respiración ligeramente entrecortada.

—¿Sí? Pues yo diría que me la estás quitando con los ojos.

—Estoy haciendo mucho más que quitarte la toalla con los ojos —admite, alzando las cejas y dejando escapar un pequeño soplido.

—¿Mejor así? —inquiero, dejando caer la toalla a mis pies y quedando completamente desnuda frente a ella.

—Muchísimo mejor —suspira, acercándose a mí para besar mi cuello.

Respondo rozando los labios a lo largo de su mandíbula, cubriéndola de pequeños besos mientras siento cómo su pulso se acelera contra mi boca a medida que se excita cada vez más. De algún modo, hay algo especial en esta intimidad que estamos redescubriendo, como si las dos fuésemos dolorosamente conscientes de lo que perdimos una vez y estuviésemos desesperadas por no volver a perderlo.

El corazón le late de forma errática cuando desabrocho su camisa y deslizo la punta de los dedos por sus costados. Arquea la espalda al sentir mis pulgares colándose por debajo del sujetador. Cada suave roce de nuestros labios me recuerda lo mucho que quiero tener su cuerpo desnudo bajo el mío. No quiero huir más de lo que siento por ella. Quiero disfrutar.

Sloane se desabrocha el gancho del sujetador para frotar sus pechos con los míos, arañando ligeramente mis hombros, pidiendo más.

Susurro su nombre contra su garganta, saboreando su piel, perdiéndome en la calidez de su cuerpo pegado al mío. Cada beso, cada caricia, teje nuestra anterior historia en algo nuevo, quizá más fuerte y más maduro.

Se ríe mientras lucha por quitarse los pantalones y la ropa interior con urgencia, sin dejar de besarnos hasta que apenas podemos mantenernos en pie.

En la penumbra de mi dormitorio, su piel bronceada parece brillar mientras trazo las curvas de su cuerpo con la yema de los dedos.

Cierra los ojos y suspira al sentir mis labios en su garganta antes de reclamar el control.

—Tus pezones son como pepitas de chocolate —murmura de pronto.

—¿Qué has dicho?

—Bueno, son pequeños… y redondos… y marrones… y deliciosos —prosigue mientras se inclina para lamer uno de ellos.

Se me escapa una pequeña carcajada.

—No sé muy bien cómo tomarme eso, Sloane —bromeo —. Pero sigue.

Enraízo los dedos en su melena mientras ella alterna de un pezón al otro, mordiéndolos con suavidad, lamiéndolos, haciendo círculos alrededor de la areola, volviéndome loca de deseo.

Sonríe, continuando su viaje hacia abajo, cubriendo de besos mi vientre, la curva de mis caderas, mi pubis… hasta que se acomoda entre mis muslos, inhalando profundamente.

Separa mis pliegues con los dedos y se queda parada un breve instante, como admirando la humedad que ya se acumula en esa zona antes de besar mi sexo.

—Ponte a trabajar, porque no te imaginas lo excitada que estoy —ordeno sonriendo, apoyándome sobre mis codos y mirando hacia abajo.

—Te has vuelto una mandona —suspira, deslizando la lengua de abajo arriba con una lentitud que me hace temblar.

—Deja de hablar —ruego entre gemidos, dejándome caer sobre la almohada.

Jadeo, enredando los dedos en su pelo mientras me lame despacio, como si estuviese comiendo el helado más delicioso del mundo.

—Sloane —suspiro al sentir su boca en mi clítoris.

Coloca las manos en mis caderas, sujetándome fuerte mientras hace círculos con la lengua o lo succiona entre los labios, deteniéndose brevemente cada vez que observa que estoy a punto de tener un orgasmo, para continuar de nuevo hasta que me hace explotar de placer.

—Joder, Sloane —siseo, tirando de ella para que se coloque sobre mí.

—¿Bien?

Solamente puedo asentir débilmente mientras recupero la respiración.

—Increíble.

Sloane sonríe, acariciándome la melena con suavidad.

—Me alegra mucho oír eso —murmura antes de besar mis labios.

Nos quedamos tumbadas durante varios minutos, simplemente dando y recibiendo mimos y caricias. Llenándonos de pequeños besos.

—Ahora es tu turno —le recuerdo—. Bueno, solo si quieres, quizá prefieras seguir tú sola sin mí —bromeo.

—Te has vuelto una idiota, ¿lo sabes? —masculla, pegándome un azote cariñoso en el culo antes de abrir mis piernas y deslizar su sexo sobre el mío, cubriéndolo de su humedad.

Empujo hacia arriba y ambas encontramos un ritmo que nos hace gritar de placer. Sloane se mueve cada vez más fuerte y más rápido y mi clítoris está tan sensible en estos momentos, que cualquier mínimo roce me hace temblar.

Siento la tensión crecer de nuevo en mi interior, clavo las uñas en sus caderas, cerrando los ojos y perdiéndome en una sinfonía de sensaciones y gemidos hasta que ya no puedo más. Grito su nombre mientras tengo un orgasmo maravilloso que parece no tener fin, porque Sloane se aferra a mi cuerpo, frotándose contra mi sexo hasta que también ella alcanza el clímax, dejándose caer sobre mí, envuelta en sudor.

—Fue increíble —confiesa, apartando un mechón de pelo que se me ha quedado pegado a la frente.

—Mejor que increíble —asiento, inclinándome hacia la palma de su mano.

—Me vuelve loca lo sensible que eres ahí abajo —admite, mordiéndose el labio inferior.

—No te quites mérito, eso es porque sabes lo que necesito —le aseguro, incorporándome levemente para besar su frente.

Se acurruca a mi lado, colocando la cabeza en el hueco de mi cuello y durante un larguísimo rato, simplemente disfrutamos del silencio.

—Te he echado mucho de menos —reconoce, mientras deslizo las uñas por su espalda.

—Yo también a ti. Aunque me hiciste muchísimo daño hace once años. Literalmente, me rompiste el corazón. Eres consciente de eso, ¿verdad?

—Demasiado consciente —asegura con un suspiro.

—¿Crees que podría funcionar? —inquiero, apoyándome sobre el antebrazo para mirarla a los ojos—. Porque la última vez me destrozaste y ahora no soy solo yo. Son también Ana Sofía y Theo. Si esto no funciona… Si esto no funciona no quiero que sufran.

—Funcionará. Esta vez lo hará, Esme. Sigo siendo yo, pero diferente. Y si me das una segunda oportunidad, te juro que pasaré el resto de mi vida demostrándotelo.

—¿El resto de tu vida?

—El resto de mi vida —confirma—. Quiero despertar contigo cada mañana. Quiero enseñar a Ana Sofía a esquiar las pistas diamante negro de todo el mundo. Quiero ayudar a Theo con los deberes de matemáticas. Bueno, eso último quizá no, porque ya sabes que nunca fui muy buena con los estudios. Supongo que lo que pretendo decir es que quiero ser parte de vuestra familia.

—¿Y si acepto?

—¿Y si aceptas?

—La oferta de Harper. Quedarme en Silver Peaks. Intentar esto contigo.

—¿Lo harías?

—Creo que sí —respondo y al decirlo en voz alta me doy cuenta de que la decisión está ya casi tomada—. Tengo que pensarlo un poco más, hablarlo con los niños para ver qué opinan, pero yo diría que tienes muchas posibilidades de que lo haga, señorita Sloane Merriweather.

Capítulo 17

Esme

—Esme Torres al habla —respondo mientras observo a través de la ventana cómo mis hijos juegan con Lumi en el exterior.

—Soy Margaret Wilson, del despacho Henderson & Associates.

La voz cortante de la socia principal del bufete de Denver me devuelve bruscamente a la realidad. Margaret nunca llama solo para ver si te encuentras bien.

—Margaret, ¿cómo estás? —pregunto, aunque algo en su tono me pone inmediatamente en alerta.

—Voy al grano, Esme. Necesito tu respuesta sobre la oferta que te hemos hecho para ser socia del despacho. Y la necesito ahora. Tenemos otros tres candidatos esperando y el comité de socios se reúne mañana por la mañana para tomar la decisión final.

Me dejo caer sobre el sofá con el corazón palpitando tan fuerte que lo comienzo a sentir en mis sienes.

—Margaret, pensé que tenía hasta el viernes para…

—Los planes han cambiado —me interrumpe con esa frialdad que la caracteriza en todas sus negociaciones—. Necesitamos la respuesta ya o me pondré en contacto con el resto de los candidatos. Esme, eres muy buena abogada, todos lo sabemos, pero no eres la única. También queremos compromiso con el despacho y no lo estás mostrando —agrega.

El teléfono prácticamente se me resbala entre los dedos. A través de la ventana, puedo ver las montañas nevadas de Silver Peaks empezando a brillar bajo la luz del atardecer. Rodeada de esta belleza, la agresividad de Margaret me resulta aún más chocante.

—¿Habría algún tipo de flexibilidad en el horario en el caso de que mis hijos lo necesiten? —inquiero, aunque

prácticamente tengo decidido aceptar la oferta de Harper y quedarme aquí.

Margaret deja escapar una risa seca, como si le hiciese mucha gracia lo que acabo de decir.

—Olvídate de esa mierda, Esme. Si quieres ser socia, trabaja como una socia. Las horas que haga falta. Se gana mucho dinero, sí, pero también se exige mucho. A partir de ahora, tu vida es el despacho. Si te sirve de consuelo, los niños se adaptan, siempre lo hacen. Tendrás más dinero para tenerles contentos con las últimas consolas y todas esas tonterías que les gustan. No lo sé, porque yo no tengo hijos —añade, cortando la llamada antes de que pueda responder.

Me quedo mirando el teléfono que tengo en la mano como una tonta. Me queda una tarde para decidir mi vida.

Pero en realidad, la decisión ya está tomada.

Estos días en Silver Peaks, observando la felicidad en las caras de mis hijos, han sido especiales. Ver a Ana Sofía disfrutar mientras se empuja a sí misma a mejorar en las pistas de esquí o a Theo perder esa tristeza constante que arrastra desde la muerte de Luis... me ha hecho ver la realidad. El dinero no lo es todo. Quiero estar presente en sus vidas. Quiero que crezcan en un lugar donde puedan respirar aire puro y, sobre todo, en el que puedan ser niños.

La oferta de Harper es perfecta. Un trabajo que me apasiona, tranquilidad, un buen sitio para criar a mis hijos y el suficiente dinero, teniendo en cuenta lo barato que será vivir en Silver Peaks.

Y, además. Sloane.

Sloane, que parece haber madurado.

Sloane, que parece adorar a mis hijos.

Sloane, que anoche me hizo sentir viva de una manera que ya no recordaba.

Tan solo necesito hablar con Harper para aclarar un par de detalles prácticos y estoy lista para decirle al despacho de Denver que se queden con su oferta de trabajo. Porque mi corazón ya está aquí, en Silver Peaks.

Me levanto del sofá con una sonrisa de oreja a oreja y salgo de la suite prácticamente corriendo hacia el despacho de Harper.

Al llegar, escucho voces y reconozco de inmediato la risa de Sloane, esa risa que consigue hacerme sentir mariposas en el estómago cada vez que la escucho, como si fuese una adolescente. Genial, así será la primera en saber que me quedo.

—Tengo que reconocerlo, Sloane —escucho decir a Harper—, el plan funcionó a la perfección.

Me detengo en seco. ¿El plan?

—Sí, mucho mejor de lo que esperaba —responde Sloane, y escucho de nuevo su risa—. Al principio pensé que no iba a aceptar, pero desde el primer día…

—¿Estás de broma? —interrumpe su hermana mayor—. Desde el primer día, supe que sería perfecto. La forma en que se iluminaron sus ojos cuando vio la propuesta... era obvio que iba a picar.

El mundo se detiene a mi alrededor.

—Y lo mejor es que ni siquiera se ha dado cuenta de lo que está pasando —continúa Harper—. Cree que todo esto surgió de una manera natural.

Sloane se ríe. Esa risa que hace cinco minutos me llenaba de alegría y que ahora me duele como si alguien me estuviera separando la carne del hueso.

—River tenía razón. A veces, los mejores planes son los que parecen coincidencias perfectas —añade.

No puedo respirar.

Apoyo la espalda a la pared y se siente demasiado fría a través de mi camiseta, aunque no tanto como la sensación que se extiende por mi pecho. Tiemblo de la cabeza a los pies mientras los últimos fragmentos de la conversación se siguen filtrando y atraviesan la puerta.

—¿Crees que firmará el acuerdo? —pregunta Harper.

—Estoy segura. Se ve que está desesperada —Sloane deja la frase en suspenso, aunque creo que ni siquiera podría escuchar lo que sigue.

Después de lo que pasó anoche. Después de abrirle mi corazón. Cuando me dijo que me quería. Cuando creí que sus sentimientos eran reales.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas antes de que pueda detenerlas. Me tapo la boca con la mano para ahogar un sollozo que amenaza con escapar.

Todo encaja con una claridad dolorosa. La oferta del hotel, demasiado buena para ser verdad. El "casual" encuentro con Sloane como única monitora de esquí disponible esa mañana. La conveniente propuesta de trabajo de Harper justo cuando estaba considerando quedarme.

¿También el sexo?

¿Ha sido tan solo un juego? ¿Una trampa para contratarme por menos sueldo? No entiendo nada. Solo sé que todo estaba calculado. Todo fue una mentira.

Consigo llegar al ascensor antes de que las piernas me fallen por completo y en el instante en el que las puertas se cierran, me desplomo contra la pared, dejando que el llanto que he estado conteniendo se libere al fin.

Soy una idiota. Una completa idiota.

—Eres una zorra, Sloane Merriweather —mascullo entre dientes.

El ascensor se abre en mi planta y camino hacia mi suite como una zombi.

Tengo que salir de aquí. Ahora.

Pero antes, debo hacer una llamada.

Respiro hondo y dejo escapar el aire lentamente, tratando de calmarme mientras tiemblo al marcar el número de teléfono de Margaret Wilson.

—Margaret, soy Esme Torres —anuncio en cuanto descuelga al primer tono.

—¿Y bien? ¿Cuál es tu decisión? Supongo que me llamas para eso, ¿verdad?

—Acepto la oferta —las palabras salen de mi boca como si fuesen veneno. No quiero ese trabajo, sé que será muy duro para los niños, pero le demostraré a las hermanas Merriweather

que a mí no me pueden manipular, por muchos millones que tengan en el banco—. Envíame los documentos para firmar cuanto antes.

De pronto, se produce un silencio al otro lado de la línea.

—¿En serio? —Margaret parece sorprendida ante mi decisión—. ¿Qué pasó con toda esa mierda de tener más tiempo para tus hijos y todo eso?

—He reconsiderado mis prioridades —miento, mientras me limpio las lágrimas con el reverso de la mano e intento no sollozar—. Podría empezar el lunes si es necesario. Como has dicho, los niños se adaptarán, estoy segura de ello.

—Perfecto. Te envío los contratos por correo electrónico en una hora como máximo. Y deja que te dé la bienvenida como socia del bufete, Esme. Estoy convencida de que serás una gran incorporación.

Cuando cuelgo, me quedo mirando el teléfono durante varios minutos. Acabo de aceptar un trabajo que sé que me hará una persona miserable durante muchos años. Acabo de condenar a mis hijos a un estilo de vida que no quieren. Todo por más dinero y por callar la boca a las hermanas Merriweather.

Pero no puedo quedarme aquí. No después de esto.

Me dirijo al dormitorio como una autómata y empiezo a sacar ropa del armario. Las manos me tiemblan tanto que apenas puedo sujetar las perchas.

—¿Mamá? —la voz de Ana Sofía me sobresalta desde la puerta—. ¿Qué haces?

—Nos vamos, cariño. Recoge tus cosas —murmuro, bajando la cabeza para evitar mirarla a los ojos.

—¿Irnos? —Theo aparece detrás de su hermana, con los ojos muy abiertos—. ¿Ahora? ¡Pero si hemos quedado para cenar con Lumi!

—Ha surgido una emergencia —miento, odiándome por tener que hacerlo—. Tenemos que estar en Denver mañana por la mañana. Salimos ya hacia el aeropuerto.

—¿Qué tipo de emergencia? —insiste Ana Sofía con esa intuición demasiado molesta que tienen a veces los niños—. ¿Le ha pasado algo a la abuela?

—No, cariño. Es... es complicado. Haced las maletas, por favor. Nos vamos en media hora.

—¡Pero mamá! —protesta Theo—. ¡No hemos terminado nuestras vacaciones! ¡Y Lumi nos iba a enseñar su sitio secreto esta noche!

—Nos vamos. Haced las maletas. Ahora.

—¿Podemos despedirnos de Sloane al menos? —pregunta Ana Sofía con lágrimas en los ojos—. ¡Por favor, mamá!

—¡NO! —grito, haciendo saltar a mis hijos cuando escuchan mi tono de voz.

Los gemelos me miran como si no me conociesen. Y seguramente tienen razón, porque yo tampoco me reconozco.

—Perdón, no he querido gritar —susurro—. Solo... solo haced las maletas, por favor.

Se van hacia su habitación en silencio, cabizbajos, y puedo escuchar los susurros de preocupación. Probablemente, están pensando que me he vuelto loca.

Cuando bajamos al vestíbulo del hotel, es tarde y hay poca gente. Perfecto.

—Esperad aquí —les digo, sentándoles en un cómodo sillón junto a una de las chimeneas—. Antes tengo que hacer una cosa en la recepción.

Me acerco al mostrador, donde una chica joven sonríe cortésmente al verme.

—¿En qué puedo ayudarla?

—¿Podría entregar esto a Sloane Merriweather? —le pregunto, entregándole un sobre blanco.

Acabo de escribir la carta más cruel de mi vida. Cada palabra escogida para hacer daño. Llena de odio. Cada frase diseñada para herir tanto como me han herido a mí.

"Sloane,

Felicidades. Tu plan funcionó a la perfección. La universitaria ingenua de 20 años ya no existe, pero parece que aún soy lo suficientemente estúpida como para caer en tus juegos.

Gracias por recordarme por qué no confío en la gente con dinero. Siempre te has creído que puedes comprar lo que quieres. Incluso los sentimientos.

Pues, sorpresa. Ya no es así. No volveré a cometer el mismo error dos veces. Me has dejado claro que efectivamente, sí has cambiado, pero a peor. Ahora te has superado a ti misma. Eres el ser más despreciable que he conocido en toda mi vida.

PD: Dale las gracias a Harper por la actuación. Casi me convenció de que el trabajo era real. Tiene razón, a veces, los mejores planes son los que parecen coincidencias perfectas.

Esme".

—Por supuesto, señorita Torres —dice la recepcionista, guardando el sobre en un casillero—. ¿Desea algo más?

—Debemos irnos, necesito que me prepare la cuenta.

—¿Esta noche? Pero su reserva es hasta mañana…

—Ha surgido un imprevisto —interrumpo muy seria.

Veinte minutos más tarde, conduzco un pequeño coche de alquiler cargado de maletas, alejándome de Silver Peaks por una carretera estrecha y llena de curvas.

En el asiento trasero, Ana Sofía y Theo se han quedado dormidos. No han parado de llorar mientras recogían sus cosas y están cansados.

Les he sacado del paraíso. De risas y chocolate caliente. De clases de esquí con una mujer que creían que les quería.

Una mujer que yo también creía que me quería.

Detengo el coche por unos instantes al llegar a un mirador. A través del espejo retrovisor, puedo ver las luces de Silver Peaks brillando en la distancia como si fuesen un cuento de hadas. Solo que es un cuento de hadas con una bruja malvada incluida.

—Nunca más —susurro hacia la noche mientras lloro al arrancar el coche de nuevo.

Capítulo 18

Sloane

—Buenas noches, mundo perfecto —murmuro mientras me maquillo para ir a buscar a Esme a su suite.

Mientras camino por los pasillos, con un ramo de rosas en la mano, tarareo una vieja canción. En el exterior, la luz del sol comienza a desaparecer y las montañas brillan bajo una luz que parece propia de una película de fantasía.

Hoy, todo parece posible.

—¿Esme? Soy yo. Te traigo una sorpresa —anuncio, balanceándome nerviosa de una pierna a otra como si fuese una niña.

Silencio.

—¿Esme? —insisto, golpeando un poco más fuerte.

Nada.

Tengo un extraño presentimiento y comienzo a sentir una opresión en el pecho que me recuerda demasiado a aquellos meses tras mi lesión, cuando los ataques de ansiedad y las depresiones eran constantes. Temblando, busco en el bolsillo la llave maestra que tenemos todas las hermanas para una emergencia y que nunca en mi vida utilicé.

—¿Esme? ¿Ana Sofía? ¿Theo?

La suite está vacía.

No solo vacía. Vacía como si nunca hubiesen estado allí. No hay rastro de la ropa o las maletas. Tampoco están sus cosas en el baño. Hasta ha dejado abierta una ventana para ventilar.

El ramo de rosas se me cae de las manos y las flores se desparraman por el suelo junto a mis esperanzas.

—No, no, no. Esto no puede estar pasando, joder —murmuro, cerrando con fuerza la puerta del armario.

Salgo de la habitación y corro escaleras abajo, sin ni siquiera molestarme en llamar al ascensor. Necesito una explicación.

—¿Sarah? —jadeo, apoyándome en el mostrador —. Esme Torres, estaba en una de las suites. ¿Por qué ya no está?

La joven recepcionista me mira extrañada.

—Se fue hace una hora más o menos, señorita Merriweather —responde confusa.

—¿Se fue? ¿Dónde? —insisto, alzando la voz más de lo que sería necesario.

—No lo sé. Pero… pero dejó esto.

Sarah me entrega un sobre blanco con mi nombre escrito en letras grandes y mis dedos tiemblan tanto que apenas consigo abrirlo.

La carta es breve, pero dura. Cruel. Es como si hubiese elegido cada palabra nada más que para hacerme daño. Y lo peor es que no entiendo por qué.

"Sloane,

Felicidades. Tu plan funcionó a la perfección. La universitaria ingenua de 20 años ya no existe, pero parece que aún soy lo suficientemente estúpida como para caer en tus juegos.

Gracias por recordarme por qué no confío en la gente con dinero. Siempre te has creído que puedes comprar lo que quieres. Incluso los sentimientos.

Pues, sorpresa. Ya no es así. No volveré a cometer el mismo error dos veces. Me has dejado claro que efectivamente, sí has cambiado, pero a peor. Ahora te has superado a ti misma. Eres el ser más despreciable que he conocido en toda mi vida.

PD: Dale las gracias a Harper por la actuación. Casi me convenció de que el trabajo era real. Tiene razón, a veces, los mejores planes son los que parecen coincidencias perfectas.

Esme".

El mundo se desmorona a mi alrededor.

Leo cada línea una y otra vez, esperando que las letras cambien por arte de magia y de pronto digan algo diferente.

Algo que no me destroce por completo.

"Tu plan funcionó a la perfección."

¿De qué coño habla? Mi respiración se vuelve superficial, demasiado rápida. El aire no llega bien a mis pulmones, luchan por expandirse, como si alguien hubiese puesto una losa de cemento sobre mi pecho.

"La universitaria ingenua de 20 años ya no existe."

Las manos me tiemblan tanto que aprieto con fuerza la carta. El papel cruje entre mis dedos. ¿Plan? ¿Qué plan? Dijo que me amaba. Dijo que la decisión de quedarse estaba ya prácticamente tomada. Sus manos en mi piel, los susurros contra mi oído, la forma en que me miraba tras hacer el amor.

¿Todo mentira?

"Gracias por recordarme por qué no confío en la gente con dinero".

No entiendo nada. Todo esto es una puta locura. Un zumbido agudo perfora mis oídos. El área de recepción comienza a girar a mi alrededor como si fuese un tiovivo enloquecido. Las voces de otros huéspedes se convierten en un murmullo distante. Mi corazón se acelera tanto que siento que va a salirse disparado de mi pecho en cualquier instante.

No puedo respirar.

No puedo respirar.

No puedo respirar.

Me aferro al mostrador con tanta fuerza que mis nudillos duelen. La madera me parece el único material sólido al que puedo sujetarme mientras todo se mueve.

"*Siempre te has creído que puedes comprar lo que quieres. Incluso los sentimientos.*"

El suelo bajo mis pies se vuelve inestable. Se inclina lentamente hacia la izquierda, más tarde hacia la derecha, como si el hotel entero estuviese metido en un barco en plena tormenta.

"No volveré a cometer el mismo error dos veces".

Las palabras explotan en mi mente como bombas. Mi visión se estrecha hasta convertirse en un túnel oscuro. Los

bordes se vuelven negros, avanzando hacia el centro como si viertes tinta negra en un vaso de agua.

Mis dedos se aflojan. Ya no puedo sentir las manos. No siento nada, salvo un dolor agudo en el pecho, como si alguien quisiera arrancarme el corazón con las manos.

"*PD: Dale las gracias a Harper por la actuación. Casi me convenció de que el trabajo era real*."

Y esa última frase destroza lo poco que queda de mí.

El mundo se inclina en un ángulo imposible. Mis rodillas se doblan, pero no hay ya fuerza en ellas para sostenerme. La carta cae al suelo, flota a cámara lenta como una hoja arrastrada por el viento de otoño.

Caigo.

No es una caída elegante. No es como en las películas. Es un colapso. Me estrello contra el suelo con un golpe sordo que hace que los clientes griten.

El impacto resuena a través de mi cráneo como el eco en una catedral vacía. Saboreo la sangre donde me he mordido la lengua, pero el dolor físico es casi un alivio en comparación con la agonía que me desgarra por dentro.

No puedo moverme.

No puedo levantarme.

No puedo hacer nada, excepto quedarme aquí, en el suelo de la recepción de mi propio hotel, temblando como un animal al que han golpeado con tanta crueldad que ya no se atreve a moverse.

—¡Señorita Merriweather! —la voz de Sarah suena como si viniese del otro extremo de un túnel muy largo—. ¡Que alguien llame a un médico, por favor!

Pero ningún médico puede curar esto. Ningún medicamento puede arreglar un corazón que ha sido pisoteado hasta convertirse en polvo.

Cierro los ojos y dejo que la oscuridad me trague. Es más fácil que enfrentarse a un mundo en el que Esme me odia de nuevo y ni siquiera sé por qué.

Un mundo en el que he perdido a la única persona a la que he amado de verdad.

Perdida. La he perdido otra vez.

Y esta vez, para siempre.

—¡Sloane!

Mi hermana mayor intenta levantarme mientras me desintegro en mil pedazos.

—Se ha ido, Harper —sollozo contra su hombro—. Dice que todo fue una mentira.

—¿Qué? ¿De qué coño hablas?

Temblando, señalo torpemente hacia la carta con el dedo índice. Observo cómo la lee, cómo la expresión de su rostro cambia de la confusión al horror.

—Joder, Sloane. ¿Qué pasó?

—No tengo ni idea —reconozco con un suspiro que apenas puede oírse.

—Ay, joder. ¡Qué putada! —masculla Harper entre dientes.

—¿Qué ocurre?

—Creo que ya sé lo que ocurrió —suspira.

—¿Quieres hablar de una jodida vez?

—Tuvo que haber escuchado fragmentos de la conversación en mi despacho. Mira esto —indica, señalando una frase de la carta—. El plan ha funcionado a la perfección. A veces, los mejores planes son los que parecen coincidencias perfectas.

—Joder, el hotel de Suiza —musito.

—Exacto. La adquisición que me recomendaste tras tu viaje hace dos meses —confirma mi hermana—. Pensó que hablábamos de ella.

Harper me abraza con fuerza mientras lloro, pero ya nada puede calmarme.

—Tienes que explicarle que todo ha sido una confusión —insiste.

—Se ha ido a Denver. Probablemente, ya ha aceptado ese trabajo de mierda que la mantendrá alejada de sus hijos.

—Entonces ve tras ella.

La miro como si se hubiese vuelto loca.

—¿Ir tras ella? Harper, acabas de leer la jodida carta. Me odia. Piensa que soy una manipuladora rica que juega con los sentimientos de la gente solo por aburrimiento.

—Demuéstrale que se equivoca.

***

Seis horas más tarde, estoy de pie frente a un edificio de apartamentos de ladrillo rojo en Denver, con los ojos rojos e hinchados de haber llorado tanto en el avión que ya no me quedan más lágrimas.

He ensayado mil veces lo que quería decir. He practicado cada palabra, cada gesto, cada súplica.

Pero ahora, mientras observo la luz en las ventanas del segundo piso, estoy tan nerviosa que lo he olvidado todo.

—Esme. Soy Sloane. Por favor, abre la puerta, necesito hablar contigo —ruego, golpeando con los nudillos.

Silencio.

—Sé que estás ahí. Solo... por favor, solo déjame explicarte. Todo ha sido un malentendido terrible.

Más silencio.

—¡Es Sloane, mamá! —la voz de Ana Sofía llega desde el interior.

—Aléjate de la puerta —escucho—. Ahora.

—Pero mamá…

—¡He dicho que te alejes! ¡A tu habitación!

Escucho el ruido de pequeños pasos corriendo. Una puerta que se cierra con fuerza. Y luego, nada.

Me quedo allí durante dos horas, llamando de vez en cuando, rogando, suplicando, golpeando hasta que mis nudillos se quedan en carne viva.

Un hombre amenaza con llamar a la policía.

Pero Esme no abre la puerta.

Capítulo 19

Sloane

Al día siguiente, la intercepto frente a su despacho. Llevo esperando en el aparcamiento desde las cinco de la mañana.

Camina rápido, con la cabeza gacha, vestida en un traje gris demasiado serio que no le favorece lo más mínimo. Parece haber envejecido diez años en un día.

—¡Esme! —susurro con miedo.

Se detiene en seco y se tensa como si alguien la amenazase de muerte.

—¿Qué parte de "déjame en paz" no has entendido? —gruñe sin darse la vuelta—. Si no te alejas de mí, voy a llamar a la policía, Sloane. Por favor, no me obligues a hacerlo.

—Imagino que escuchaste una conversación en el despacho de Harper, pero no era sobre ti, te lo juro. Hablábamos sobre un hotel en Suiza. Una adquisición empresarial que llevo meses recomendando a Harper. La dueña era demasiado orgullosa como para aceptar que la empresa estaba en la ruina y su hija nos ayudó a que todo pareciese una casualidad para que no sintiese vergüenza al venderlo.

Se gira lentamente, pero el odio en su mirada duele más que un golpe físico.

—Deberías ser guionista de cine, o escritora —dice con una sonrisa amarga—. ¿En serio piensas que soy tan gilipollas como para creerme algo así?

—Puedes preguntarle a cualquiera del consejo de administración. Puedes revisar las actas de las reuniones. Llevamos un tiempo trabajando en esa adquisición.

—Qué conveniente. Tienes respuesta para todo, ¿verdad? ¿O te lo ha preparado también tu hermana mayor?

—Esme, por favor. Todo lo que te dije era verdad. Quiero construir una vida contigo.

—¡BASTA!

El grito resuena como un disparo, haciendo que varios pájaros salgan volando de los árboles cercanos y la gente se nos quede mirando.

—¡Basta de mentiras! ¡Basta de manipulaciones! ¡Basta de jugar conmigo como si fuese una jodida muñeca de trapo!

—No estoy jugando contigo, yo…

—¡Ya, claro que no! —me interrumpe, acercándose hasta que puedo ver las lágrimas de rabia en sus ojos—. Haces esto posiblemente porque todo es un juego para ti. Porque te aburres ahora que ya no puedes competir. Porque necesitas la adrenalina para sentirte viva.

Las palabras me atraviesan como cuchillos.

—¡Eso no es cierto! —murmuro.

—¿No? No tienes ni idea de lo que vale el dinero o el trabajo. No sabes lo que es levantarte cada mañana preocupada por si llegarás a fin de mes. No comprendes lo que significa tomar decisiones pensando en el futuro de tus hijos en lugar de en tus propias necesidades. Toda tu vida ha sido un capricho tras otro. Sí, eras muy buena esquiando, pero has tenido a los mejores entrenadores desde que eras pequeña. Joder, hasta tenías tus propias estaciones de esquí.

—Esme…

—Déjame en paz de una jodida vez, Sloane. Para siempre. Solo te pido eso. Desaparece de mi vida, olvida que existo. No te perdonaré jamás lo que has hecho, pero mucho menos que hayas manipulado a mis hijos haciendo que te cogiesen cariño para convencerme. Eres la persona más despreciable que he conocido jamás.

—Estoy dispuesta a hacer lo que sea para demostrarte que te quiero. Me quedaré aquí contigo, buscaré trabajo como monitora de esquí en Echo Mountain o cualquier otra estación cercana. Déjame ayudarte con los niños, con la casa, con lo que necesites. Solo dame una oportunidad para demostrarte que lo que siento por ti es real —suplico, tratando de acercarme a ella, aunque pone una mano en mi pecho para que no avance.

—Señorita Torres, ¿quiere que avise a la policía? —pregunta un hombre con el pelo cano, caminando hacia nosotras.

—No hace falta, Joe, ya se marcha —replica, dedicándome una última mirada de odio antes de entrar al edificio donde está su despacho.

Capítulo 20

Esme

El sonido del teléfono me distrae de nuevo en la sala de juntas.

Por quinta vez en una hora.

—Perdón, es que mi hija no para de llamar —murmullo, rechazando de nuevo la llamada de Ana Sofía, mientras el abogado de la parte contraria continúa con su alegato.

El despacho entero está volcado en este juicio. Es un cliente que nos puede abrir muchas puertas en el futuro y nada debe salir mal. No puedo permitirme distracciones.

El teléfono vuelve a sonar.

Y otra vez.

Y otra.

—¿Puedes apagar de una vez ese maldito trasto? —gruñe mi jefa en un tono amenazante.

Me disculpo y lo apago sin ni siquiera mirarlo. Ana Sofía tendrá que esperar. Sea lo que sea, puede esperar dos horas hasta que termine esta reunión.

Ana Sofía

—¡Mamá, contesta, por favor! —grito al teléfono, pero salta de nuevo el buzón de voz.

Theo está tirado en el sofá, gritando mientras se retuerce de dolor. Tiene la cara gris y suda mucho.

—Jessica, por favor, haz algo —suplico, pero la niñera de dieciséis años que ha contratado mamá está llorando en la cocina sin saber qué hacer.

Esta mañana, Theo ya se quejaba de un dolor fuerte de barriga. Mamá tenía una reunión muy importante, así que le dio una pastilla y le dijo que se le pasaría pronto.

Pero ahora está mucho peor.

Mucho, mucho peor.

—Jessica, ¿llamamos a una ambulancia? —pregunto entre sollozos.

—No lo sé —admite—. Tu madre me dijo que no la molestase a menos que fuese muy grave. ¿Puedes llamar otra vez? ¿Crees que es grave?

Desvío la mirada hacia mi hermano. Está muy pálido, tiembla. Ya no llora, solo gime muy bajito, como si no tuviese ya fuerzas para gritar.

—Sí, creo que es muy grave —suspiro.

Busco en mi teléfono móvil el número que tengo guardado con un nombre falso. El número que me dijo que solo usase para una emergencia y que no lo viese mi madre.

Lo marco con miedo antes de cambiar de opinión.

—¿Sloane? Soy Ana Sofía. Te…

—¿Ana? ¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —interrumpe.

—Theo está muy mal. Le duele muchísimo la barriga. Está muy pálido y no para de gemir. Mamá está en una reunión muy importante y no contesta mis llamadas.

—¿Estáis solos? —pregunta asustada.

—No, mamá nos dejó con la hija de unos vecinos, pero tiene dieciséis años y no sabe qué hacer.

—Tranquila, lo solucionaremos. ¿Theo está vomitando?

—Sí. Y hace un rato, vomitó algo rojo.

—Joder. Ana, escúchame muy bien. ¿Dónde estáis exactamente? ¿En casa?

—Sí, en casa —sollozo.

—Voy para allá. Quédate con Theo. Intenta mantenerle distraído, háblale, aunque no te conteste, llego en quince minutos —me asegura.

—¿Y si mamá se enfada porque te he llamado? —pregunto con miedo.

—Me da igual. Tu hermano está enfermo y tú me necesitas. Eso es lo único que importa.

Sloane

—Harper, ¿sigues en el Consejo de Administración del Hospital Watson Memorial? —inquiero sin ni siquiera decir buenos días.

—Sí, ¿por qué?

—Tienen un hospital en Denver, ¿verdad? —insisto.

—Es mucho más pequeño que el de Nueva York, pero sí, tienen uno muy bien equipado —responde mi hermana mayor.

—Por favor, necesito que llames a tu amiga, ¿cómo se llama? La doctora Katya Thomas. Su padre es el dueño del hospital, ¿no? Dile que necesito que atiendan de inmediato a un niño de ocho años con dolor abdominal muy fuerte y vómitos. Se trata de Theo, el hijo de Esme, su madre no contesta y Ana Sofía está muerta de miedo. Pero hazlo ya, Harper. Voy de camino a su casa, ya he llamado a una ambulancia y le llevaremos directamente al hospital. Es importante que tengan todo preparado para no perder tiempo.

Conduzco hacia el apartamento de Esme violando todas las normas de tráfico conocidas, prácticamente rezando para que la ambulancia no tarde en llegar.

—¡Sloane! —grita Ana Sofia mientras se lanza a mis brazos—. ¡Theo está súper mal!

La abrazo con fuerza mientras escucho a su hermano quejarse en el salón. No son los quejidos normales de un dolor de barriga. Son gemidos profundos, guturales, de alguien que está sufriendo de verdad.

—¿Dónde está vuestra cuidadora? —pregunto, siguiendo a Ana Sofía hacia el interior.

—En la cocina, llorando. No sabe qué hacer y dice que es todo culpa suya —responde la niña, llevándome hacia donde está su hermano.

Le encuentro tirado en el sofá como un muñeco roto. Su rostro ha perdido todo el color y está empapado en sudor. Se abraza el lado derecho del abdomen con ambas manos, las rodillas dobladas hacia el pecho en posición fetal. Cada pocos segundos, deja escapar un gemido que me atraviesa como una daga.

—Hola, campeón —susurro, arrodillándome junto a él.

Abre los ojos con esfuerzo. Están vidriosos, desenfocados por el dolor.

—Sloane... me duele mucho —jadea—. Mucho, mucho.

Le pongo la mano en la frente. Está ardiendo de fiebre.

—Lo sé, cariño. Pero vamos a llevarte al hospital para que te curen ahora mismo, ¿vale? Ahora tienes que estar lo más tranquilo posible. Te vas a poner bien antes de que te des cuenta —le aseguro, apartando un mechón de pelo que se le ha quedado pegado a la frente por el sudor.

—Ana Sofía, ¿has vuelto a llamar a mamá?

—Sí, pero el teléfono sigue apagado —solloza—. ¿Por qué no contesta? Esto es importante.

—Seguramente no puede tener el teléfono encendido —le explico—. Pero no pasa nada. Yo me encargo de todo.

La cuidadora sale de la cocina llorando, su cuerpo temblando de la cabeza a los pies. A los dieciséis años, está superada por la situación.

—¿Cómo te llamas?

—Jessica —responde entre sollozos.

—Muy bien, Jessica, mírame. Respira. No es culpa tuya, ¿vale? La ambulancia llegará en cualquier momento y le llevarán al hospital. Ya me encargo yo, vete a casa.

En el exterior se escucha el sonido de una sirena.

Dos técnicos de emergencias entran con una camilla. Uno de ellos, un hombre mayor con un enorme bigote gris, evalúa rápidamente a Theo.

—Dolor abdominal agudo en cuadrante inferior derecho, fiebre alta, defensa muscular —le dice a su compañera—. Probable apendicitis que empieza a complicarse.

—¿Al Hospital General? —pregunta la mujer.

—No —interrumpo—. Le esperan en el Watson Memorial.

—Espero que tengan un buen seguro médico, entonces —masculla entre dientes mientras pone los ojos en blanco.

—¿Qué pasa si mamá viene y no nos encuentra aquí? —pregunta Ana Sofía cuando estamos a punto de salir del

apartamento para seguir a la ambulancia.

—Vamos a dejarle una nota —respondo, garabateando rápidamente en un papel—. Pero vamos ya. De todos modos, en cuanto salga de la reunión, verá un montón de llamadas perdidas y sabrá que ha pasado algo.

—¿Y si algo sale mal? —pregunta mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

—Nada va a salir mal —le aseguro, acariciando su pelo—. Tu hermano va a estar perfecto.

Llegamos al hospital con el corazón en un puño y, mientras bajan a Theo de la ambulancia, se acerca a nosotras un hombre alto de pelo muy negro, que viste una bata verde.

—¿Señorita Merriweather? Soy el doctor Harrison, cirujano pediátrico. He recibido una llamada de la doctora Arya Kumari desde Nueva York. Me ha puesto al corriente de la situación y me ha pedido que me haga cargo personalmente del caso.

Simplemente, asiento con la cabeza y se lo agradezco mientras nos conduce hacia una sala a la que han llevado a Theo.

—39,2 de fiebre, pulso acelerado, defensa abdominal marcada en fosa ilíaca derecha —anuncia a su equipo mientras evalúa la condición del niño—. Signo de Blumberg positivo. Leucocitos elevados en analítica rápida.

Se gira hacia nosotras con expresión muy seria.

—Es una peritonitis aguda. El apéndice se ha perforado y presenta una infección generalizada en la cavidad abdominal. Necesitamos llevarle a quirófano de inmediato —informa.

—¿Dónde está la madre? —pregunta una doctora más joven.

—Viene de camino —miento.

El doctor Harrison asiente.

—Cada minuto que perdemos aumenta el riesgo de sepsis. Operamos según la doctrina del consentimiento implícito. Preparen un quirófano de inmediato —ordena.

—¿Te vas a quedar conmigo hasta que venga mamá? —pregunta Ana Sofía, que permanece inusualmente callada.

—Claro que sí. No me iré a ninguna parte —le aseguro con un guiño de ojo.

Se llevan a Theo a través de unas puertas dobles mientras nos conducen a la niña y a mí hacia una enorme habitación VIP que el hospital ha preparado para su recuperación.

Permanezco en silencio, desviando de vez en cuando la mirada hacia un reloj de pared, como si el tiempo pudiese avanzar más rápido cada vez que lo observo. Ana Sofía se acurruca contra mi costado y juega distraídamente con una de mis pulseras.

—¿Cuánto falta? —pregunta por décima vez.

—Un poquito más, peque. Las operaciones llevan tiempo.

—¿Estás segura de que va a estar bien?

—Segurísima.

Pero por dentro estoy muerta de miedo.

Y seguimos sin tener noticias de Esme.

Capítulo 21

Esme

Salgo de la reunión a las siete de la tarde, agotada pero satisfecha. Ha ido todo mejor de lo esperado y los jefes están contentos. Tenemos buenas posibilidades de ganar este caso o al menos de llegar a un acuerdo y eso supondrá un buen bonus a fin de año.

Y al encender el teléfono, me saltan treinta y siete llamadas perdidas de mi hija.

De pronto, me asalta una oleada de pánico.

—¿Ana? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué me has llamado tantas veces? —pregunto con miedo.

—¡MAMÁ! —su grito me perfora los tímpanos—. ¿DÓNDE ESTABAS?

—En una reunión muy importante, no podía hablar. ¿Me quieres decir qué es tan urgente?

—¡Acaban de operar a Theo! ¡Está en el hospital! ¡Casi se muere y tú no estabas! —chilla de nuevo y el mundo se desploma a mi alrededor.

—¿Cómo… cómo que le han operado? —murmuro con el teléfono a punto de caerse de mi mano.

—Le dolía muchísimo la barriga y tenía mucha fiebre y tú no contestabas el teléfono, así que llamé a Sloane y ella vino y organizó todo y…

—¿Sloane? —suspiro.

—Está aquí conmigo, en el hospital.

Cada palabra me duele como si me atravesasen el corazón.

—¿En qué hospital estáis?

—Hospital Watson Memorial —responde mi hija y de inmediato hago memoria, tratando de recordar si es uno de los

hospitales que cubre mi seguro médico, pero juraría que no.

—Voy para allá.

—Date prisa, mamá, por favor. He pasado muchísimo miedo.

Entro en el hospital como un huracán de pánico y culpa, pero pronto, me doy cuenta de que algo no cuadra. Sigo las indicaciones que me han dado en la recepción. Subo en un ascensor demasiado vacío y de inmediato me doy cuenta. Quinto piso. Apenas hay puertas, esto no se parece en nada a los hospitales en los que he estado antes. Hay tranquilidad. Silencio. Un silencio que huele a dinero.

Me detengo frente a la habitación 514 y doy un rápido vistazo a través de la puerta entreabierta, sin estar segura de si estoy en el lugar correcto. Esto es una habitación de un hotel de cinco estrellas que da la casualidad de que tiene aparatos médicos.

—¡Mamá! —el chillido de Ana Sofía me saca del estado de shock.

Theo está tumbado en una cama, pálido, pero despierto, conectado a un monitor que mide sus constantes vitales. Ana Sofía está sentada en una silla junto a él con un montón de latas de refrescos vacías, y Sloane…

Sloane está de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados, observándome con una expresión que no logro descifrar.

—¿Cómo estás? —jadeo, corriendo hacia la cama para coger la mano de Theo entre las mías.

—Bien —responde mi hijo con una voz muy ronca—. Me tuvieron que operar, pero estaba dormido y no me enteré de nada. Ahora ya no me duele y dicen que me va a quedar una cicatriz muy chula.

—¿Una cicatriz?

—Como la de Sloane en la rodilla —responde con orgullo.

—Tenías que haberle visto cuando le trajeron, mamá, hablaba como si estuviese borracho —bromea su hermana.

—Era por la anestesia, idiota —protesta Theo, que parece que ya ha recuperado parte de las ganas de discutir con su gemela.

Observo de nuevo la habitación y comienzo a sentir palpitaciones en el pecho. La enorme cesta de frutas que descansa sobre la mesa auxiliar no me deja más tranquila.

—Sloane —susurro, acercándome a ella—. ¿Por qué está aquí?

—El Hospital Watson Memorial tiene un departamento de cirugía pediátrica excelente —es la única respuesta que recibo.

—¿Todas las habitaciones son así? —pregunto con cautela.

—Es una habitación VIP —contesta sin más.

—Mi seguro no cubre habitaciones VIP, suponiendo que cubra algo en este hospital, que lo dudo mucho.

Sloane no dice nada, simplemente me mira con esa calma irritante que tiene últimamente.

—¿Quién va a pagar por todo esto? ¿Me lo quieres explicar? —insisto, alzando la voz más de lo que sería conveniente en esta situación—. ¿Tienes idea de lo que puede costar una habitación así? ¿Y la operación? ¿Y todos esos médicos?

—Esme…

—¡NO! —exploto—. Si me vas a decir que no me preocupe, no lo hagas. Yo no tengo dinero para esto. No tengo seguros que cubran hospitales privados de lujo o habitaciones VIP. ¿Qué has hecho? Deberías haberme consultado antes. Ahora yo…

Sloane suspira, pasándose una mano por el pelo.

—Harper está en el Consejo de Administración de este hospital. Llamó para asegurarse de que Theo recibiese la mejor atención posible —explica, manteniendo la calma.

—¿Harper llamó? Claro, la hermana multimillonaria cogió el teléfono y lo organizó todo sin contar con la madre del niño. Todo muy normal —me quejo, poniéndome cada vez más nerviosa.

—Esme, era una emergencia y no conseguíamos localizarte. Tuvieron que operar a Theo con consentimiento implícito dada la gravedad. No lo hagas más difícil de lo que es.

El recordatorio de que mi hijo podía haber muerto y yo no estaba a su lado me golpea como si me acabase de atropellar un tren de mercancías.

—¿Más difícil de lo que es? ¿Y quién paga la factura, Sloane? Porque yo no puedo. Yo no puedo permitirme esto y no voy a dejar que tu familia…

—¡Mamá, para ya! —chilla Ana Sofía, levantándose de la silla y colocándose entre nosotras con los ojos llenos de lágrimas.

—Ana, es que tú no lo entiendes. Esto va a costar…

—¡ME DA IGUAL LO QUE CUESTE! —grita de nuevo mi hija—. ¡Theo podría haber muerto! Te llamé un montón de veces —continúa, las lágrimas corriendo por sus mejillas—. Un montón de veces, mamá. Y no me contestaste. Theo estaba gritando de dolor y tú no estabas. Sloane vino. Ella se encargó de todo y se quedó conmigo cuando tenía miedo.

Saber que todo lo que dice es verdad, lejos de calmarme, me pone aún más furiosa. Sobre todo, conmigo misma.

—Y ahora que Theo está bien, lo único que te importa es el dinero. No te preocupa si le sigue doliendo, ni el miedo que hemos pasado. Solo cuánto cuesta —insiste.

—Ana, eso no es… Cuando seas mayor, lo entenderás —susurro, tratando de poner una mano en su hombro, pero mi hija se aparta.

—Sloane ha estado aquí desde el principio, mamá —me interrumpe—. Ha hablado con los médicos, ha firmado papeles, se ha quedado conmigo durante la operación. Ha estado haciendo todo lo que tú deberías haber hecho.

—Eso no es justo, yo… —pero me detengo. No encuentro las palabras adecuadas para continuar mientras me limpio las lágrimas con la palma de la mano.

—Peque, mamá estaba trabajando porque quiere lo mejor para vosotros —explica Sloane, poniéndose de cuclillas

para estar a la altura de la niña.

—Pues yo lo que quiero es una madre que esté a nuestro lado, no trabajando todo el día.

—Lo siento —jadeo—. Lo siento mucho, cariño. Tienes razón yo…

—Esme… —suspira Sloane, levantándose y acercándose a mí para acariciarme la espalda con suavidad.

—Soy una madre horrible —sollozo, escondiendo el rostro en su cuello y derrumbándome por completo—. Dejé que mi trabajo fuese más importante que mis hijos.

—Eso no es cierto. Eres una madre excelente. Una madre que se sacrifica cada día para darles un futuro mejor. Y no te puedes hacer una idea de cuánto te admiro por eso —me asegura.

—Pero tú… tú has cuidado de Ana Sofía. Has buscado un hospital para Theo. Has hecho todo lo que yo tendría que haber hecho.

—Esme, está bien. Theo está bien. Eso es lo único que de verdad importa en estos momentos —me asegura, besando mi frente.

Nos separamos y veo que Ana Sofía nos está observando con una expresión extraña. No de tristeza. Pero sí rara.

—Mamá, ¿sabes lo que me gustaría? —dice de pronto.

—¿Qué, cariño?

—Me gustaría poder tener a las dos como madres. A ti y a Sloane —admite, encogiéndose de hombros y sonriendo.

Sus palabras me dejan de piedra. Desvío la mirada hacia Sloane, que la observa con los ojos muy abiertos.

—Ana Sofía, eso no puede…

—En serio —continúa mi hija—. Tú trabajas mucho para cuidarnos, pero a veces no puedes estar. Y Sloane... Sloane cuando vino a nuestra casa el día que volvimos de Silver Peaks te dijo que quería ayudarte. Como hoy. Es como si fueseis un equipo.

Miro a Sloane que sonríe. A continuación, a mi hijo Theo, que nos observa desde la cama. Luego de nuevo a la niña.

—Un equipo —repito lentamente.

—Sí —asiente Ana Sofía apretando mi mano—. Una familia.

Mientras la niña se queda dormida en una silla, con la cabeza apoyada en la cama de su hermano, aprovecho para hablar con Sloane.

—Ha sido un día duro —suspira, señalando a los niños con la barbilla.

—Para todos —confieso—. ¿Puedo preguntarte algo?

Ella simplemente asiente lentamente con la cabeza y me sonríe.

—¿Por qué sigues en Denver? —pregunto—. Después de todo lo que pasó entre nosotras… Después de todo lo que te dije. ¿Por qué sigues aquí? Han pasado ya tres meses.

—Porque todavía tengo esperanzas de que me dejes explicarte lo que ocurrió con… con aquella conversación que escuchaste. Y porque estos peques se están convirtiendo en mi familia. No debería decírtelo, pero a veces, les llevo a tomar un helado cuando salen del colegio. Así, la cuidadora esa que contratas puede pasar un rato con su novio.

—Joder —suspiro, poniendo los ojos en blanco.

—Esme, puede que tú no quieras saber nada de mí, que ni siquiera quieras darme una oportunidad para explicarte lo que ocurrió, pero esos niños... a esos niños empiezo a quererles tanto como si fuesen míos.

—Sloane…

—Solo déjame que te explique. Luego, si quieres, me marcho de aquí, pero déjame explicarte —me interrumpe, levantando una mano—. La conversación que escuchaste aquel día era sobre un hotel en Suiza. Una adquisición empresarial. Nada que ver contigo.

—¿Eso es verdad? —inquiero confusa.

—Vine hasta Denver para explicártelo, aun así, ni siquiera me diste una oportunidad para hacerlo.

Nos quedamos en silencio un instante. Theo se mueve en la cama, susurra algo sobre aventuras antes de volver a

dormirse.

—¿Llevas tres meses aquí, solo esperando a ver si un día podías hablar conmigo?

—Sí. Bueno, trabajo en una tienda de deportes y doy clases de esquí los fines de semana —explica.

—¿Dejaste Silver Peaks y ahora trabajas como una persona normal?

—Sí, si tú quieres quedarte aquí, si eres feliz en tu trabajo, yo estoy dispuesta a quedarme contigo. No necesito la vida de Silver Peaks, aquí también hay pistas de esquí. Incluso si no las hubiese, estáis tú y los niños, y eso es lo importante —me asegura con un guiño de ojo.

—Joder, creo que he sido una gilipollas —susurro.

—No más que yo hace once años. Dejé escapar a una mujer única y no pienso volver a hacerlo. Estoy dispuesta a hacer todo lo que haga falta para demostrarte que te quiero de verdad —suspira, inclinándose hacia mí para abrazarme.

—¿Crees que podríamos... intentarlo otra vez? —propongo con algo de miedo—. Empezar despacio. Ver poco a poco si puede llegar a funcionar.

—Me encantaría —admite, acercándose más para besar mis labios.

Justo en ese instante, Ana Sofía abre los ojos y nos mira con una sonrisa.

—¿Sloane se va a quedar con nosotros? —pregunta con un bostezo.

—Sí, cariño —respondo—. Sloane se queda.

Capítulo 22

Esme — varios meses más tarde.

Hay lugares que te esperan, que guardan silencio mientras encuentras en otro sitio lo que de verdad necesitas. Más tarde, te reciben con los brazos abiertos una vez que estás lista para volver.

Y regresar a Silver Peaks es casi como leer el último capítulo de un libro que pensabas que acabaría mal, para luego descubrir que solo era el comienzo de algo mucho mejor.

River está preciosa con su vestido de novia, aunque para ser honestos, esa mujer podría vestirse con un saco de harina y lo seguiría estando. Anika no ha parado de llorar y la ceremonia de boda ha sido perfecta: íntima, emocionante, con lágrimas de felicidad y muchas risas.

—¿Sabes? Cuando salí de aquí hace seis meses, estaba tan enfadada que juré por mis hijos que no volvería nunca a este lugar —confieso, apoyando la cabeza en el hombro de Sloane.

—¿Te arrepientes?

—Para nada. Algunos juramentos pueden romperse si es por una buena causa —confieso con un guiño de ojo.

Los últimos meses han sido un proceso lento de reconstrucción. En todos los sentidos. Tras del susto de Theo, algo ha cambiado en mí. Presenté mi dimisión. Necesitaba pasar más tiempo con mis hijos.

Y con Sloane.

Encontré trabajo en un pequeño bufete de Denver con horarios flexibles y menos horas.

Sloane se mudó a nuestra casa dos semanas más tarde de que Theo saliese del hospital. No fue una decisión dramática ni premeditada. Simplemente, una noche estaba cenando con

nosotros y Ana Sofía preguntó por qué no se quedaba a dormir. Y tras esa noche, ninguno de nosotros quiso que se fuese.

—Se les ve tan felices —suspiro, señalando con la barbilla hacia mis hijos.

Están sentados con Lumi, que se ha convertido en la hermana mayor que nunca han tenido. Sobre todo para Ana Sofía, que la adora.

—¿En qué piensas? —murmura Sloane, siguiendo mi mirada.

—En lo diferente que es todo. En lo diferente que soy yo —confieso, dejando escapar un suspiro mientras desvío la mirada a las montañas que rodean el hotel.

—Sigues siendo la misma Esme valiente que conocí. Solo que ahora sabes que no tienes que llevar toda la carga tú sola.

—¿Puedo hablar contigo un instante? —interrumpe Harper, que se acerca con una sonrisa extraña.

—Es la boda de nuestra hermana —le recuerda Sloane.

—Los negocios no descansan —se defiende, encogiéndose de hombros con naturalidad—. Solo quería recordarte que la oferta de trabajo sigue en pie. El proyecto de Utah ha sido aprobado definitivamente y necesitamos a una abogada que sepa lo que hace.

Sloane y yo nos miramos. Hemos hablado de esto muchas veces en los últimos meses. La posibilidad de regresar a Silver Peaks, de construir una vida aquí, de que los niños crezcan rodeados de estas montañas.

—Y tú, Sloane Merriweather —continúa, señalando ahora a su hermana con el dedo índice—. Técnicamente, sigues siendo la directora de nuestra escuela de esquí y llevas seis meses sin presentarte al trabajo. No me obligues a despedirte.

A continuación, nos guiña un ojo y se aleja para bailar con Julie.

—¿Qué crees que dirían los niños? —pregunto, sintiendo que los ojos se me llenan de lágrimas de alegría.

—Algo me dice que no dudarían en quedarse aquí —confieso, cogiéndola por la cintura para besar sus labios.

River y Anika siguen girando en la pista como si fuesen las únicas personas en el mundo. Harper baila con un hombre mayor, posiblemente algún inversor importante. Y nosotras estamos aquí, observando en nuestra pequeña burbuja de felicidad.

—Perdón por interrumpir —corta Ivy, llevándose un momento a su hermana gemela por el brazo.

Las observo desde lejos. Ivy gesticula de manera dramática, ha bebido más champán del que sería conveniente. Sloane se ríe, negando con la cabeza y poniendo los ojos en blanco.

Cinco minutos más tarde, Sloane regresa a mi lado, riéndose.

—¿Qué ha pasado?

—Ivy dice que damos asco de lo enamoradas que estamos —confiesa entre risas.

—¿Eso ha dicho? —pregunto, alzando las cejas.

—Sí, y el comentario incluye a todas las hermanas, pero ha bebido un poco más de la cuenta. Ojalá ella empiece a tener mejor suerte. Se lo merece. Últimamente no le duran nada las relaciones.

Nos besamos de nuevo y Sloane me saca a bailar. Pronto, Theo y Ana Sofía se juntan a nosotras y los cuatro damos vueltas por la pista, molestando un poco al resto de las parejas.

Y en ese momento, comprendo que soy plenamente feliz.

Porque al final, después de todos los errores y malentendidos, he aprendido que la felicidad es algo que se construye. Día a día, decisión a decisión, con una persona que esté dispuesta a quedarse en los peores momentos, en esos en los que todo se complica.

Y Sloane se quedó. Cuando yo no podía estar, cuando mis hijos me necesitaban, cuando el mundo se volvía demasiado complicado para manejarlo sola. Se quedó.

Y mientras observo a mis hijos reír felices, mientras siento los dedos de Sloane entrelazados con los míos, comprendo que algunas historias de amor no están destinadas a

ser fáciles desde el principio. Algunas deben romperse primero, deben perderse entre malentendidos y miedo para crecer más fuertes. Tienen que atravesar la oscuridad para encontrar la luz.

Pero cuando finalmente lo hacen, brillan con una intensidad que justifica cada lágrima, cada noche en vela, cada momento de desesperación. Porque al final, las mejores relaciones no son las que nunca tienen problemas, sino las que se enfrentan a ellos. Y ahora sé que si el mundo se tambalea, Sloane no soltará mi mano.